



DGCL

A

f. 173984

c. 1226150







*fol.  
pud*

**HISTORIA CÒMICA DE ESPAÑA**



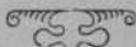
HISTORIA COMICA

DE

ESPAÑA

POR

LUIS TABOADA, JUAN PÉREZ ZÚNIGA,  
SINESIO DELGADO, TOMÁS LUCEÑO, VITAL AZA,  
PABLO PARELLADA, MANUEL DEL PALACIO, JOSÉ ESTRAÑA,  
MIGUEL RAMOS CARRIÓN, CARLOS LUIS DE CUENCA,  
LUIS DE TAPIA, AGUSTÍN R. BONNAT,  
ZADIG Y JOAQUÍN BELDA



MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1911

ES PROPIEDAD



R. 139428



## Cuatro palabras del recopilador.

---

Un manajo de historiadores, desconocidos como tales hasta la fecha por la presente generación y aun por las anteriores, propúsose demostrar su vasta erudición en los asuntos históricos de nuestra patria, legando á la posteridad curiosísimos apuntes que yo he considerado pertinente dar á conocer á mis apreciables contemporáneos.

Así lo hago, pues, previa la correspondiente autorización de cuantos pusieron mano en esta verdadera Historia, parte de la cual vió la luz antes de ahora, explotada como atrayente elemento de una revista que dirigían los distinguidos escritores D. Juan V. Alonso y D. Pelayo Vizquete, casi desconocida para el público, aunque culta y elegante como pocas; y teniendo

reunidos hoy los datos que aportaran al efecto tan sabios narradores como Luis Taboada, un servidor, Sinesio Delgado, Tomás Luceño, Vital Aza, Parellada, Manuel del Palacio, Estrañi y Ramos Carrión, completados (los datos) por Cuenca, Tapia, Bonnat, Zadig y Belda, llego ufano á la realización de mi propósito.

Fuera, desgraciadamente, del mundo de los vivos Taboada y Palacio y en la plenitud de su vigor intelectual los restantes autores mencionados, ofrecen hoy al curioso lector, en colaboración conmigo, unos conocimientos históricos que nada tienen que envidiar á muchos de los que andan rodando por esas escuelas de Dios, y yo, prudente recopilador de aquéllos, dejo suspenso la narración en los comienzos del pasado siglo, porque no quiero incurrir á sabiendas en el desagrado de altas y, para mí, respetabilísimas personas, poniendo en solfa más de cuatro hazañas debidas á sus augustos progenitores y á no pocos encumbrados próceres que les ayudaron, bien á caer paulatinamente, bien á caer de cabeza. ¡Plumas, si no mejor tajadas, más atrevidas que las nuestras, se encargarán, si gustan, de historiar recientes períodos de la vida nacional española, que guarde Dios muchos años!

Harto sé que la forma cómica (bufa por mejor decir) en que aquí aparecen tratados los más sublimes y trascendentales acontecimientos de la historia de España, provocará el enojo de al-

gunos ridículos ciudadanos que no ven la vida más que por su insoportable y cursi aspecto serio. Pero debo hacer constar que, tanto los demás sabios historiadores aquí congregados, como yo, recopilador de sus notas y sin duda el más eminente de todos, sentimos amor á la patria y respeto á sus glorias y á sus catástrofes como pueda sentirlo el más intransigente y grave de los que censuren esta interesantísima obra.

Lo que hay es que miramos la vida en general por el prisma de la sátira y del humorismo, y en este amable ambiente de frívola jocosidad es en el que también como historiadores nos movemos, bien seguros de que la mayoría de nuestros lectores, sensatos de suyo, se solazarán con nuestras bromas, concediéndolas el inofensivo alcance que tienen y nada más.

Y esto dicho y realizadas por mis pecadoras manos no pocas reformas en el ajeno relato de los hechos, pues la evolución de los tiempos ha convertido muchos de los que fueron chistes en motivo de abuceo amilanador, demos principio con ánimo sereno á tan ardua tarea, no sin antes implorar los auxilios de la divina gracia por si la gracia humana no se dignase acudir á nuestras ilustres plumas en la deseada proporción.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

---





## PARTE PRIMERA

---

### PREHISTORIA Y ESPAÑA PRIMITIVA

POR

**Luis Taboada.**

---

#### **Ojeada protohistórica.**

Todos los historiadores *hemos* convenido en que el suelo de España estaba ya habitado cuando vinieron á residir á él los chicos iberos.

Nuestras investigaciones, á las que hemos dedicado una gran parte de la existencia, renunciando en el ínterin á toda clase de placeres, lo mismo á los espirituales que á los profanos, no han conseguido recorrer el espeso tapiz que oculta la suprema verdad; pero hay indicios vehementes para creer que el hombre existía ya en el período terciario, y, por consiguiente, los iberos llegaron á España algo retrasados.

El antropólogo Mortillet, que tuvo la fortuna de precederme en esta clase de estudios, dice que "durante los tiempos terciarios existieron seres bastante inteligentes para tallar la piedra y encender la lumbre; pero que estos seres no podían ser aún hombres, sino precursores del hombre".

Mi opinión, de acuerdo casi siempre con la de mi precitado colega, difiere, sin embargo, en un punto esencial, á saber: los seres que vivían en la época terciaria no eran precursores del hombre, sino *estetas* rudimentarios; y suponiendo, muy cuerdaamente, que antes de la incursión de los iberos ya la Península había estado habitada por aquellos seres afeminados, lógico es deducir que nuestros antecesores han sido *estetas* en su gran mayoría.

No me detendré á examinar las edades *primaria*, *secundaria* y *terciaria*, por suponer que no tienen en este lugar importancia alguna; pero sí diré que uno de los períodos de la edad *cuaternaria* más interesantes es el que se suele llamar de la *pedra tallada*.

Es verdaderamente admirable la habilidad con que tallaban piedras aquellos brutos. Véase, si no, los objetos encontrados en el valle del río Manzanares, cerca de San Isidro de Madrid, donde han aparecido en diferentes ocasiones restos de la industria humana, representados por diferentes sílex tallados y varias rosquillas sin tallar porque no hay buril que las entre.

De la edad cuaternaria son también otros objetos hallados en la cueva de Altamira (Santander), donde abundan osamentas de ciervo, de caballo, de buey, de rengífero y de otros animales de marca mayor anteriores al guardia de Seguridad.

En España hay vestigios muy interesantes, entre los que merecen especial mención, como correspondientes al período neolítico ó de la *pedra pulimentada*, los hallados en la Cueva de la Mujer, cerca de Alhama de Granada, y los de la Cueva de los Murciélagos, no lejos de Albuñol.

En esta última fueron descubiertos, entre otros, según testimonio del doctor Góngora, una diadema

ó collar de oro, una túnica fina de esparto, algunas cestas muy bien tejidas, de esparto también, y esqueletos humanos, uno de ellos vestido y adornado con collares de conchas marinas perforadas que debía de estar precioso. Además, se han recogido allí hachas de piedra pulimentada, punzones de hueso, una cuchara de madera, vasijas de barro y una especie de cítara que perteneció, según todos los indicios, al conde de Chestre, que ya hacía versos antes del diluvio.

Ha habido un período, que los arqueólogos llamamos de los metales, y á él corresponden, sin duda alguna, los martillos de formas extrañas hallados en las minas de cobre de Cerro Murciano, á ocho kilómetros de Córdoba; pero más bien que martillos debemos llamarlos *elipsoides* si hemos de dar una prueba de nuestros conocimientos prehistóricos. Los elipsoides, digámoslo desde luego, eran simples guijarros rodados, presentando una ranura circular en su parte media.

Respecto al período del *bronce*, los testimonios en la Península son poco frecuentes. Sin embargo, en Portugal se han encontrado algunas espadas y hachas de aquella materia metalúrgica, prueba evidente de que ya por entonces la que se llamó más tarde tierra lusitana producía instrumentos de guerra, como demostración elocuente del ardor bélico de sus habitantes.

En Galicia y Andalucía han sido encontrados varios objetos pertenecientes á la edad de *hierro*, tales como un puñal, puntas de lanza y sables, que algunos arqueólogos han clasificado como utensilios para asar sardinas y pinchar lagartos.

Resumiendo: España es anterior á Pepe Laserina y á Saint-Aubin, por más que aseguren lo contrario la mayoría de los historiadores.

### **Vestigios de razas: ligeras noticias sobre las mismas.**

De algunas razas pertenecientes á la época cuaternaria (período del mammoth) han quedado vestigios sobre la tierra.

Consérvanse varios huesos, tales como cráneos, mandíbulas, peronés y muelas del juicio pertenecientes á la raza llamada de Canstadt.

Era esta raza dolicocefala y platicéfala, esto es, tenía la cabeza larga y estrecha, semejante á los quesos de Villalón, tan conocidos en nuestras coetáneas casas de huéspedes. La frente estrecha y deprimida; las fosas nasales anchas y bajas; los pómulos salientes y muy separados; las mandíbulas voluminosas; el hueso de la barba rudimentario y la línea del perfil oblicua, ofreciendo el todo un conjunto rudo y macizo, según dijo muy cuerdamente el Sr. Sales y Ferré, distinguido profesor de la Universidad de Madrid. En fin, debían de ser cosa preciosa.

Para dar una idea exacta de cómo serían aquellos brutos, bastará decir que tenían la cara, poco más ó menos, como esas chicas alcarreñas que vienen á servir á la corte por el módico estipendio de treinta reales al mes y constituyen el martirio de las amas de casa.

Las tribus de Canstadt vivían en los valles á orillas de los ríos, donde con hojas y ramas se construían pequeñas chozas. Andando el tiempo, se alojaron en grutas, más ó menos decentes, según el gusto y las disposiciones naturales de cada propietario.

Por entonces el casero no existía, gracias á Dios, y el que quería dormir bajo techado se fabricaba la habitación por sí mismo ó con la ayuda de algún amigo cariñoso, á quien le decía, verbigracia:

—Fulano, ¿me quieres ayudar á hacer la casa, que yo tengo un dedo malo?

Y el otro, si tenía buen corazón, le veía el dedo, y convencido de que estaba malo efectivamente, se ponía á trabajar á beneficio del prójimo, diciendo para sus adentros:

—Hoy por ti y mañana por mí.

La raza de Canstadt conocía el fuego. Ignoramos quién fué el primer hombre que lo descubrió, pero que ya era conocido en tiempo de los de Canstadt es cosa innegable.

Se han distinguido tres fases en este descubrimiento: la de conocerlo, la de usarlo y la de producirlo.

¿Cómo se produjo? Por frotación.

El hombre salvaje—y no aludo á los empleados en las prevenciones de Seguridad—cogió dos maderos, frotólos sin saber lo que se hacía y vió con asombro que la chispa brotaba.

—¡*Kaiputchimcop!*—exclamó sorprendido. (*Kaiputchimcop* en lengua primitiva quiere decir *carape*).—¿Qué es esto?

Y la mujer salvaje, algo más perspicaz que el hombre, comprendió desde luego que aquella chispa podía ser utilizada en el seno del hogar, y á su vez se frotó las manos de gusto.

De esta manera, y gracias al fuego, empezó la sociedad y el deseo de reunirse por las noches las familias á hablar mal unas de otras y á jugar al *zipetuti*, que era una especie de brisca de la tribu de Canstadt.

El descubrimiento del fuego ejerció gran influencia en el bienestar material, en el adelanto de la industria y en el desarrollo del sentimiento religioso y del cocido.

Las tribus de Canstadt eran cazadoras y pescadoras y se alimentaban de los animales y peces que cogían. Mientras no hubo fuego veíanse en la triste necesidad de comer crudos los besugos y les sabían á demonios; pero después comenzaron a asarlos, envueltos en hojas aromáticas, y se chupaban los dedos.

Mas como los productos de la caza y de la pesca no eran seguros, en los días aciagos comían raíces, hierbas, moscas y otras porquerías.

Para pasarlas mejor solían cocerlas, y de este modo se engullían todo lo que pillaban por delante: apio silvestre, algarroba, lechuga, regaliz y linaza, y como por aquel entonces se desconocían las virtudes medicinales de esta semilla y aún no había sido aplicada á las inflamaciones, los de Canstadt comían cataplasmas sin saberlo.

El primer hombre en quien nació la idea de asar la carne llamábase *Carniásico* ó *Carnusico*—los historiadores no están de acuerdo en este punto;—pero es indudable que á él se debe aquel importante descubrimiento.

Regresando de una cacería, los hombres de Canstadt reuniéronse en torno de una hoguera y comenzaron á comer cabrito ensangrentado. De pronto Carniásico arrojó al fuego un huesecillo que llevaba adherida alguna carne. Pronto se extendió por la atmósfera un olorillo grato que hizo exclamar á uno de los patriarcas de la tribu:

—¡Córcholis! ¡Qué bien huele!

Carniásico, hombre listo y delicado, aunque sin instrucción, concibió entonces la idea de arrojar á

la lumbre otro trozo escogido de carne; hízolo así, probólo y dijo:

—¡Qué rico está esto!

Y desde aquel día no volvió á comer la carne cruda ni á tratarse con aquellos que la comían sin asar, y á los que calificaba de ordinarios.

Una anciana de la tribu, cuyo nombre se ha perdido en la noche de los tiempos, fué quien descubrió la cocción. Había dejado cerca del fuego una piedra cóncava, de la que se servía para machacar en ella las raices que no podía comer enteras, por faltarle los cuatro dientes de arriba.

En aquel almirez rudimentario había agua, y por hallarse próxima á la lumbre, comenzó á hervir. De un árbol que estaba inmediato se desprendió una pera, que fué á caer dentro de la improvisada cacerola, y la vieja notó con asombro que por efecto de la cocción la pera se ablandaba. Llevóse la á los labios, súpole bien y ya no le cupo la menor duda de que había realizado un importante descubrimiento.

Algunos días después la vieja había inventado el cocimiento de anís contra el flato y estableció una especie de farmacia debajo de una peña, donde, á cambio de carnes y peces, vendía cerato para los diviesos y aguas cocidas para diferentes usos.

Las tribus de Canstadt no usaban vestido alguno; iban completamente desnudas; pero en cambio se adornaban con collares, brazaletes y pendientes, que formaban de conchas fósiles y pequeños cantos taladrados.

Esto nos enseña que antes que el pudor, se desarrolló en el hombre el sentimiento estético y que, con tal de embellecerse, dejaban las mujeres que se les viera una porción de cosas.

Lo único que solían taparse los de Canstadt en días de lluvia era la cabeza, valiéndose de un pañuelo tejido con filamentos de plantas textiles. Se lo colocaban en forma de triángulo, haciendo caer una de las puntas sobre el cogote y atándose las otras dos debajo de la barba; de modo que si hoy viésemos de esta guisa á un individuo de la tribu de Canstadt le tomaríamos seguramente por una portera que se había vuelto loca.

De otra raza muy interesante quedan también vestigios: la raza de Cro-Magnon, perteneciente á los períodos de transición y del reno.

Distinguíase por su constitución robusta y alta talla. Su estatura media era en los hombres de un metro 78 ó 79 centímetros; no hay completa seguridad en esta última cifra.

Su cráneo tenía la forma dolicocefala, pero no la platicéfala. Esto es muy interesante y por eso lo consignamos: nada de platicéfala, para que después no haya torcidas interpretaciones.

La frente ancha, recta y espaciosa; la nariz delgada y prominente afectaba la forma leptoriniana, que no sabemos cómo es.

De las extremidades podemos mencionar, como caracteres normales: el fémur de pilastra, la tibia platicnémica y el peroné acanalado, cosa esta última que nos apena bastante, considerando lo incómodos que estarían aquellos hombres con el peroné en forma de canal.

Dedúcese de las precedentes explicaciones que los de Cro-Magnon eran bastante guapos, y más que salvajes, parecían chicos de la aristocracia, puesto que su nariz era fina y prominente y sus extremidades delicadas.

La raza de Furfooz, correspondiente al período neolítico, se extendió por el Occidente de Europa

y se cree que fué la que trajo el uso de la piedra pulimentada y quizás el de la piedra pómez.

Con ella (con la raza) aparece el cráneo redondo, mesaticéfalo y braquicéfalo (eche usted *céfalos*).

El hombre de Furfooz es chiquito; de frente estrecha, baja y deprimida; los pies grandes y anchos, á manera de panecillo francés, y la nariz en forma de boliche.

Vive en moradas ingeniosamente construídas; en estrechas canoas cruza los lagos y las costas de los mares; dispone de alimentación abundante y variada: carne, pescado, leche, frutas de todas clases, legumbres, tubérculos y ancas de rana virgen.

Posee animales domésticos: el perro, el buey, la cabra, la oveja, el cerdo y el galápago. Caza, pesca, labra el campo y toca la flauta en sus ratos de ocio.

Talla la piedra, la pulimenta con arte, elabora objetos de cerámica y germina en su mente el deseo de echar de casa á la suegra.

Fabrica cestos, hila cuerdas y objetos de pasamanería: se viste, no ya de pieles, sino de telas de hilo artísticamente tejidas y adorna sus vestidos con botones como cualquier hija de patrona barata.

Con el coral y el ámbar hace pendientes, collares, pulseras y guardapelos; vive en sociedades bastante numerosas, organizadas en clases por la división del trabajo y entre las que existe vasto y activo comercio; considera y acaricia á la mujer convenientemente, que esto nunca está de más; construye cuevas para enterrar á los muertos; cree en la inmortalidad del alma y da reuniones en donde se baila y se juega á la perejila.

La raza de Furfooz es, en suma, la más inteligente, la más laboriosa y la más civilizada. A ella se atribuye el descubrimiento del garbanzo y del brasero, y ella nos ha legado ese manjar delicioso llamado arroz con leche, que se sigue sirviendo en las mesas de nuestras apreciables cursis.

**España primitiva. — Primeros pobladores. Iberos. — ¿Su origen? — Pelasgos, beres, libios y egipcios. — Celtas.**

Está claramente demostrado que Noé no vino á España, como aseguran varios autores de cantares andaluces y un famoso dramaturgo contemporáneo, el cual dramaturgo escribió lo siguiente:

Por lo mucho que las uvas  
le gustaban á Noé,  
de seguro que la viña  
debió estar junto á Jerez.

Ni á Noé le gustaban las uvas, ni aunque le gustaran pudo probar las que se criaban en Hispania, pues él jamás pisó nuestro suelo, ni pudo, por consiguiente, fundar en él poblaciones, como afirman los mal informados.

Tampoco es cierto que Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé, ó Tarsis, hijo de Javán y nieto de Jafet, hayan venido á poblar á España.

Aquí los primeros que entraron, y estoy dispuesto á probarlo, haciéndolo, si me apuran, cuestión personal, han sido los iberos.

Lo de la venida de Noé es una ficción mitológica; y respecto de Túbal no hay más testimonio que el de un tal Josefo, que sabe Dios quién sería. Dicho Josefo escribe lo siguiente: "Thobe-

lus Thobelis sedem dedit qui nostra aetate Iberi vocantur.”

Esto, que yo no he entendido ni quizá ustedes, es lo único que ha servido de base á algún historiador para afirmar que Túbal y su familia fueron los primeros pobladores de España; pero ¿qué fe puede inspirarnos un hombre que se llama Josefo?

Quedamos, pues, en que los primeros pobladores han sido los iberos, de origen turanio ú oriental escita, desde cuyo punto vinieron al Mediodía de Europa, á Grecia, Francia, Italia y España.

Los iberos, según Fritz Hommel, descienden de una raza asiática llamada *alavodiana* y á la cual pertenecen también los *lazeses*, *mingrelianos* y *georgianos* del Cáucaso, y del mismo modo los *hititas* y *etruscos*, cosa que me molesta bastante, pues, francamente, no me gusta tener sangre *hitita*, ni quisiera que el día de mañana me tapase la boca algún enemigo mío de otra raza diciéndome:!

—¡Cállese usted, so *etrusco*!

Sobre la procedencia de los iberos hay ciertas dudas.

D'Arbois de Jubainville, historiador moderno, cree que son naturales de la isla Atlántida, una tierra más vasta que el Asia Menor y la Libia reunidas, dotada de aire puro, clima suave y fértil suelo. Allí, junto al verde tomillo, crecía el *trepador* jaramago, que dijo un poeta cojo, de Vendrell, ya difunto.

La isla estaba situada más allá de las columnas de Hércules y se extendía á lo lejos por el Océano Atlántico. Sus moradores, ó sean los atlantes, vivían sometidos á reyes caprichosos y

mal encarados, cuyas victorias habían hecho cruenta y terrible su dominación. Eran valerosos, si bien algo ordinarios, y no brillaban por su aseo.

Ellos, con tal de salirse con la suya, ni se lavaban ni se cortaban el pelo, y venga pelear y venga matar atenienses, hasta que el cielo, irritado, les envió, entre otros castigos, la erupción de un volcán, un terrible temblor de tierra y por fin un diluvio que dió al traste con la isla en una sola noche, siendo aún testigos de aquella catástrofe las Canarias, las Azores regentadas por *Azorín*, y las islas de Cabo Verde y Madera.

Otro historiador, Bory de Saint Vicent, dice que los iberos son originarios de Africa... En fin, que se sumerge uno en un mar de suposiciones y, en resumen, aún no hemos podido averiguar de dónde son los tales iberos.

Lo que está fuera de toda duda es que, expulsados del Sur de España por los fenicios, tuvieron que refugiarse en los Pirineos, y de aquí que los modernos vascongados sean descendientes directos suyos y hablen hoy un idioma que ni Dios lo entiende.

Sus costumbres siguieron siendo rudas, pero al propio tiempo eran muy respetuosos con las personas de edad y con las señoras en estado interesante. La tribu ibérica más culta fué la de los tartesios ó turdetanos, los cuales, como dice Estrabón, tenían gramática, contra lo que suele ocurrir en muchas redacciones de periódicos, y además poseían leyes antiquísimas y poemas en verso de 6.000 años de antigüedad, que venían á ser poemas en estado de mojama.

Entre los diferentes pueblos que vinieron á España originarios de Asia y del Africa, figuran los pelasgos, beres, libios y egipcios.

Plinio, el gran Plinio, apoyándose en la autoridad de Varrón, dice que después de los iberos llegaron aquí los persas y los fenicios y más tarde de los celtas y púnicos.

Se conoce que siempre estaba llegando gente á esta tierra, á pesar de la falta de vías de comunicación.

Los celtas se establecieron en parte de la antigua Galia y en España, y se cree que procedían de Circasia, de las llanuras moscovitas, del Turquestán y de las márgenes del Indo. Más tarde se dividieron en celtas galos (celtogalos) y celtas iberos (celtíberos), y según opinión del Sr. Fernández-Guerra, que les trató á todos íntimamente, invadieron á España en el siglo xv antes de Jesucristo; como quien dice, ayer por la tarde.

Los celtas españoles practicaban el culto de los muertos; y de tal modo quedó arraigada la afición en este país, que aun hoy existe gran número de personas que *los levantan* en las casas de juego.

Su dios principal se llamaba *Yun*, que parece nombre de perro; pero era un dios de cuarta clase, y como dejaba sin apoyo á sus criaturas, éstas comenzaron á faltarle de palabra, y desde entonces viene aquello de *Misté qué Dios, Rediós* y otras expresiones semejantes que menoscaban la dignidad de los dioses aludidos.

Los celtas cultivaban la poesía, con lo cual han dado á entender que eran bastante majaderos, pues está fuera de toda duda que la versificación es una de las manifestaciones de la majadería humana, salvo honrosas y muy contadas excepciones.

Acerca de los nombres antiguos de España,

los arqueólogos sabemos solamente que fué llamada por los griegos *Iberia*, previendo sin duda que debía publicarse, andando el tiempo, un periódico con el mismo título, genuinamente progresista, en el cual periódico apareció el inolvidable artículo *Volvamos en sí*. Los fenicios la llamaron *Spania* y los latinos *Hispania*. A su vez los clásicos la denominaron *Hesperia*, y una literata de cerca del Porriño, que se dedicaba á los estudios históricos, la estuvo llamando *Esperma* hasta que fué sacada de su error por un tal Teófilo, periodista vigués, hombre culto y borracho.

Los estudios que hemos realizado sobre este interesante punto nos permiten afirmar que el nombre de *Iberia* trae su origen, ó del río *Iber* ó *Iberus*, ó de las palabras vascas *ibaya eroa* (río espumoso), ó de otra cosa cualquiera.

Sobre esta última opinión no todos los historiadores estamos de acuerdo.

No falta quien dice que la denominación referida viene de la palabra *beres*, con que eran conocidos en la Edad Antigua los africanos y berberiscos, á la cual palabra fué agregado el artículo *he* ó *hi*.

*Spania*, según algunos, pocos por fortuna—pues la mayoría de los historiadores nos declaramos enemigos de esta versión,—trae su origen de *span* ó *sfan*, que en lengua semítica quiere decir *tesoro escondido*. Según otros—entre los cuales nos incluimos,—la misma palabra tiene esta segunda acepción: *conejo*, y con ella nos quedamos, suponiéndola más lógica.

*Spania* quiere decir, por consiguiente, *país de conejos*, y si alguna duda quedase sobre la legitimidad de la denominación, bastará recordar que

en las medallas de Adriano aparece España representada por una matrona á cuyos pies hay un conejo inocente con las patitas cruzadas y el ojo mortecino.

Nuestra afirmación no tiene, pues, vuelta de hoja, por más que resulte un tanto depresiva para los que creen descender simbólicamente de un león rapante ó de un águila caudal.

### **Los fenicios y los griegos en España.**

Los fenicios habitaban un país montuoso y malsano, al N. de la Palestina y al O. del Mediterráneo, conforme se va á mano derecha.

Disponían de ríos para lavarse, para pescar y para obtener arena fina, con la cual fregaban algunos, aunque pocos, los cacharros domésticos.

Sus ciudades principales fueron Sidón y Tiro.

Comerciantes por vocación y *vivos* por naturaleza, vieron en las faldas del Líbano árboles frondosos y germinó en su mente la idea de convertirlos en naves y cruzar con ellas el anchuroso mar para dedicarse á la venta y compra de objetos más ó menos usados.

Antes de decidirse á emprender el viaje tuvieron la precaución de inventar varias cosas. entre ellas la fabricación de la púrpura y de la seda.

También inventaron la escritura, la moneda y los prestamistas.

Quince siglos antes de Jesucristo, siglo más, siglo menos, los fenicios llegaron al Africa y á la isla *Eritrea* (Santi Petri) y desde aquí pasaron á *Gadir*, ó Cádiz, como decimos ahora, donde lo

primero que hicieron fué colocar en sitio visible dos columnas de bronce de ocho codos de altura, como testimonio de su culto á Hércules.

En Cádiz estuvieron una temporada, comiendo *ostiones* y pescadillas, hasta que decidieron extenderse por todo el país, habitado entonces por los turdetanos; y como éstos eran unos infelices sin hiel y muy respetuosos con los forasteros, no tardaron en apoderarse de las minas, del oro de los ríos y de los productos del suelo.

Con dijes y bagatelas se captaban el aprecio de los indígenas bonachones, y pronto se hallaron en posesión de grandes riquezas.

—Turdetano—decían con fingida amabilidad,—toma esta bagatela, que es muy bonita, y déjame que escarbe en el suelo.

El turdetano, unas veces por bondad y otras por educación, dejaba que el fenicio cavase la tierra y éste se llevaba el rico mineral.

Puede decirse que el *timo* germinó entonces y que los que ahora lo cultivan no son más que unos fenicios perfeccionados.

Hay que convenir en que, al propio tiempo que explotaban la sencillez del vecindario, propagaban las aficiones mercantiles, fomentaban la navegación y extendían el amor á las artes; pero, de todos modos, los fenicios eran unos bribones de lo que no hay.

Ellos fundaron las casas de préstamos tasando á su gusto las ropas y alhajas; ellos inventaron las escrituras á *retro* y á ellos se deben las primeras falsificaciones de embutidos y la introducción de materias impuras en los chocolates baratos.

La primera casa de huéspedes con principio la estableció en Málaga una fenicia viuda, dando

lugar á que poco á poco fuese extendiéndose este azote de la humanidad.

Otro pueblo menos mercantil que el fenicio vino también á España: el griego, que residía en una eminencia de suave pendiente, al lado del Mediterráneo. Allí la tierra producía poco y además soplabá el Levante que era un horror, por lo cual los griegos pensaron en trasladarse á un punto más abrigado y eligieron este suelo feraz, si que también sonriente.

Novecientos años y dos meses antes de la Era Cristiana, los rodios fundaron á *Rodas* (Rosas), entre los Pirineos y Gerona, y poblaron las Baleares; los focenses á *Emporió*n (Ampurias) y erigieron un templo á *Diana* en el sitio que hoy ocupa Denia, y los de Zante fundaron á Sagunto.

Aunque comerciantes, también eran en sus tratos mucho más decentes que los fenicios y no abusaban tanto de la clase necesitada.

Como ya se habían concluído los tiempos heroicos de la *Iliada*, los griegos se dejaron sugerir por la *Odisea* de Homero y adoptaron el sistema de buscar la alimentación por medio del trabajo honrado, sin perjuicio de sacar de este mundo todo lo que pudieran.

Pero sin dejar de ser mercaderes cultivaban las artes, y lo mismo manejaban la vara de medir que el plectro. No había comerciante que no supiera tocar el *corcius*, una especie de acordeón rudimentario con las llaves de hueso y las tapas de pinabete. Muchos se dedicaban también á la escultura, y raro era el que no tenía sobre el mostrador el busto de su señora en barro cocido, ó bien crudo, según las aficiones de cada cual.

Los griegos se dedicaron asimismo á difundir entre los iberos el culto de sus dioses, princi-

palmente el de una tal Diana, é introdujeron el alfabeto fenicio, recibido de Cadmo y modificado y corregido por ellos, del cual resultó la base del alfabeto celtíbero, como el fenicio lo había sido del turdetano.

Todo esto lo consigno aquí, ya por haberlo copiado, ya porque lo considero de grandísimo interés para los maestros de escuela de algunas provincias, que no cobran puntualmente sus asignaciones. Siempre es consolador esto de conocer el origen de los alfabetos.

A los griegos se debe también—¡y Dios se lo pague!—el método de escribir de izquierda á derecha, al contrario de los fenicios, que, por ser irregulares en todo, escribían al revés.

Estos y los griegos se encontraban en España como en su propio domicilio, y se habían creado excelentes relaciones, siendo muy bien recibidos en todas las casas; pero los de Gadir comenzaron á abusar de su posición, y tanto y tanto quisieron estrujar á los turdetanos, que á éstos se les subió la mostaza á las narices y comenzaron á repartir guantadas entre griegos y fenicios.

Entonces los gaditanos pidieron ayuda á Cartago, ciudad de la costa de Africa...

Y lo demás ya lo irá sabiendo el lector por los ilustres historiadores encargados de escribir la presente obra.

El que venga detrás que arree, como dijo el filósofo.





## PARTE SEGUNDA

---

PERÍODO CARTAGINÉS Y DOMINACIÓN ROMANA

POR

**Juan Pérez Zúñiga.**

### **Dominación cartaginesa.**

Las colonias griegas, tales como *Rodas* (hoy *Rosas*), *Zacunthos*, *Homeroscopeum*, *Emporium* y *Artemisum*, cuyos nombres parecen trinos de ruiseñores, y de las cuales existen todavía las que no han desaparecido, vivían independientes unas de otras al advenimiento de los cartagineses; pero se asemejaban mucho entre sí respecto á costumbres, religión y otras frioleras; y la estrecha unión que tenían había robustecido su influencia moral sobre los celtíberos, quienes realmente debieron quedar muy agradecidos á los griegos, pues merced á éstos aprendieron el idioma helénico, que es por cierto de una claridad pasmosa, y se inicia-

ron en las ciencias y en las artes de Grecia después de haber vivido bastante tiempo en un deplorable atraso, hasta el extremo de haber individuo celta que estaba atrasado con su casero en trece mensualidades.

Aunque el ilustre historiador precedente ha omitido este detalle, por no molestar á los lectores indudablemente, debemos consignar que los griegos y los celtíberos, unidos por lazos de cultura y nudos de raza, ensayaron el cultivo del olivo hasta el extremo de hacerle producir aceitunas, y el de la vid, que más tarde los indujo al cultivo de la borrachera, circunstancia á la que debieron sus bríos cuando les llegó la hora de defender el territorio contra los audaces cartagineses, quienes comenzaron su conquista atraídos realmente (aunque en esto nos contradigan otros historiadores menos ilustres) por la corrección de la nariz griega de las damas y por la introducción de los gorros griegos en las modas españolas .

Los cartagineses, criados en pañales asiáticos, emigraron de su amarillento país nueve siglos antes de Jesucristo á consecuencia de una cuestión de familia, pues dicese que Pigmalión y su señora hermana doña Elissa andaban siempre á la greña disputándose la corona.

Vencida la encantadora Elissa y haciéndose llamar *Dido* por sus amigos y admiradores, establecióse en la costa de Africa (donde hoy está Túnez), y á costa de grandes apuros y teniendo que empeñar hasta la camisa, fundó á *Cartago*, con instituciones, leyes y costumbres iguales á las de los fenicios, pero imprimiendo á su pueblo mayor actividad mercantil, tanto que de aquella época data precisamente el uso de los libros comerciales y la invención de los sabañones.

Progresaron aquellos benditos con vertiginosa rapidez, y á los pocos años de la fundación de Cartago ya se habían hecho dueños de numerosos y bien cuidados territorios, entre ellos las islas Baleares y el Puente de Vallecas.

Cuando los cartagineses habían llegado á su mayor apogeo, se trasladaron á España sin avisar, pues los fenicios que se habían quedado arrinconados en la ciudad de Cádiz, queriendo volver á hacer pinitos en la Península, pretendieron el auxilio de los de Cartago; pero lo que hicieron éstos, que no eran ranas, fué irse apoderando bonitamente del territorio de aquéllos, que aunque parecían comerciantes vivos, no eran sino cándidas palomas con casa abierta.

El año 501 antes de Jesucristo terminó la dominación fenicia, la cual cedió los trastos á la cartaginesa, que, si bien empezó con suavidad y por el toma y daca del mercantilismo, pronto llegó á ser avasalladora para griegos, fenicios y demás golfería de la Península. Esta fué ocupada militarmente y no había lugar donde no se encontrase un destacamento de tropas con su personal facultativo y su telégrafo de campaña.

Cartago cuando se ponía á discurrir planes de dominio era atroz, y no se contentaba con cualquier cosa. El año 238 envió á España un ejército mandado nada menos que por *Amílcar Barca*, bisabuelo (según autorizadas opiniones) de Calderón de la Barca, y hombre de escasa nariz, pero de mucho nervio y de no menos pupila, y con gran reputación de general valeroso merced á sus famosas conquistas en el Africa, reputación que después hubo de consolidar en las costas andaluzas luchando él solo contra un gato rabioso y una cigarrera gaditana.

Al bueno de Amílcar se le debe (y por cierto que todavía no se le ha pagado) la fundación de Peñíscola y de Barcelona (antes *Barcino*), operación que llevó á efecto después de conquistar palmo á palmo todas aquellas costas, á las cuales tuvo á bien saludar exclamando, con acompañamiento de una murga cartaginesa:

Costas las de Levante,  
dueño vuestro seré.  
¡Dichosos los ojos  
que os vienen á ver!

frase rimada que poco más tarde pasó del teatro de la guerra al de Jovellanos.

Los españoles, que en un principio parecían achicarse ante los victoriosos avances de Amílcar, se repusieron un día y se dijeron: "¿Por qué razón estos intrusos han de seguir cortando el bacalao?" (Se nos ha escapado esta frase, que quizás no se empleaba entonces. De ella no existiría más que el bacalao, probablemente.) Ello es que los celtíberos recordaron su acreditado valor, y sin andarse en chiquitas, propusieron á *Indortes* é *Istolacio* que los acaudillasen bienamente, si no les servía de molestia. Estos dos jóvenes, pertenecientes á la *hig-life* celtíbera, eran enamoradizos y muy aficionados á comer golosinas, tanto que, según algunos de los historiadores que indignamente nos han precedido, el amigo Istolacio no salía jamás á operaciones sin su correspondiente cargamento de mantecadas de Astorga. Indortes era menos goloso; pero más aficionado á las modistas.

Sea por causa de estas debilidades, muy disculpables en un guerrero, sea porque no todos los in-

dígenas quisieran unirse en apretado haz para luchar juntos contra el bestia de Amílcar, el caso fué que éste logró la victoria más completa.

Parecía natural que á los mencionados caudillos aristocráticos se les hubiera caído la cara de vergüenza; pero no tuvieron tiempo para ello, toda vez que D. Istolacio murió, sin querer, en el campo de batalla, y al pobre Indortes me lo crucificaron, también contra su voluntad, pero inmediatamente.

Estas brutalidades enardecieron los ánimos de los indígenas, particularmente de los de Belchite, y teniendo en cuenta que la venganza es muy sabrosa, volvieron á luchar con los cartagineses, cuyo jefe Amílcar, no sólo fué derrotado, sino que falleció en el combate, yendo á caer en los brazos de una cantinera bizca que le acompañaba siempre y le seguía en sus marchas con la lengua fuera.

*Asdrúbal*, que sobre ser poco amigo de broma era hijo político de Amílcar, sucedió á éste en el mando de los ejércitos; y aunque al principio parecía que iba á comerse á los celtíberos con salsa mayonesa, luego varió de procedimientos y adoptó los diplomáticos, porque se le venía encima una guerra con Roma, y dijo para sí: "¡Caracoles! ¡Esto se pone feo!" Por otra parte, la fundación que llevó á cabo de *Cartago-Nova* (Cartagena), ciudad preciosa, á la que dotó de circo ecuestre y todo, les pareció de perlas á celtas y romanos. Y por si esto no bastaba para consolidar su amistad con los españoles, se enamoró de una chica celtíbera algo sorda, si bien tirando á rubia, hija de un guardafreno y llamada Telesfora, con la cual se casó por la iglesia, según malas lenguas.

*Aníbal* (ó Almíbar, según otros) fué el caudillo

designado por el Senado cartaginés como sucesor de Asdrúbal.

Hijo de Amílcar Barca y nacido en el riñón de España (se cree que entre Pinto y Valdemoro), cursó con aprovechamiento la carrera militar, y á los veintiséis años menos tres días ya le querían los cartagineses como si todos, uno por uno, le hubieran llevado en las entrañas.

Lo cierto es que el tal Aníbal nos resultó un caudillo de primer orden. Su odio á los romanos era tan terrible, que á lo mejor ordenaba que le sirvieran media docena de ellos asados á la parrilla. En cambio, no quería meterse con los celtíberos para nada; pero este propósito se estrelló contra el espíritu independiente de aquéllos, que se rebelaban como condenados, hasta que, al fin, los venció, los acorraló en Salamanca, donde de paso hizo gran provisión de chorizos, y quedó dueño y señor del territorio, después de reventar á unos y procurar que otros se achantasen por la buena.

Con estos últimos alardes de fuerza, reconocidos en Aníbal por todos los historiadores, coincidió precisamente la invención de las lendreras y de los peones de música.

Surgió á la sazón un pleito sobre aprovechamiento de pastos (á los cuales eran muy aficionados los cartagineses) entre *Sagunto*, colonia griega aliada de Roma, y *Turba ó Turbia* (hoy Teruel), aliada de Cartago.

Aníbal dictó sentencia sin saber lo que se pescaba. Halláronla injusta los saguntinos, que eran unos cascarrabias, y protestaron contra ella con malos modos, sin percatarse de que Aníbal era bastante bruto y les podía. En efecto, púsoles sitio á la ciudad, y Sagunto, entregada á sus poquísimos recursos de guerra (pues no contaba con

más cartuchos que los que había en las confiterías para el envase de las yemas) y abandonada por los griegos y por los romanos, que andaban entretenidos en organizar banquetes en honor de Aníbal para disuadirle de que hiciera más disparates; Sagunto, repetimos, vióse obligada á oponer una resistencia heroica que llenó de asombro al mundo entero, pues bien segura de su exterminio y sin temor á los horrores del hambre (que deben de ser morrocotudos), luchó desesperadamente por espacio de ciento cincuenta mil meses contra un ejército de ocho hombres.

(Respecto á este glorioso acontecimiento nos parece que hay alguna equivocación en los datos que hemos adquirido.)

Por dos veces se suspendieron las hostilidades: la primera para que Aníbal pudiera curarse de una conmoción cerebral que recibió en el bajo vientre, y la segunda para ver en qué paraban ciertas negociaciones entabladas, con mal éxito, por *Alcón* y *Aterco*, dos caudillos saguntinos muy rubios y muy guapos.

La lucha se reanudó ambas veces con gran furia, y como unos y otros eran muy testarudos, al par que muy pundonorosos, no quisieron ceder.

Por fin, los de Sagunto sufrieron las horribles penalidades del sitio y en el sitio quedaron.

Daba pena ver aquellas calles. Después de cerrar las tiendas y suspender la circulación de tranvías, porque los escombros estorbaban su paso, unos vecinos suicidábanse antes de rendirse, clavándose puñales ó tomando chocolate de á peseta, y otros formaban elevadas piras (piaras, según algunos), y después de rociarlas con petróleo, las convertían en inmensas hogueras y se arrojaban á ellas valerosamente y en unión de sus aprecia-

bles familias, quedando todos chamuscados en el acto.

Esta es la mayor prueba del calor con que tomaron su defensa aquellos héroes, cuyos menudos despojos (año 319 antes de J. C.) fueron recogidos en espuestas cartaginesas por los secuaces de nuestro pobre amigo Aníbal (q. e. p. d.).

Antes de referir más hechos (que bien pudieran ser infundios históricos) consideramos oportuno decir algo acerca de los romanos, puesto que por entonces comenzaron á quitar el sueño, y aun el apetito, á los cartagineses.

¿Quiénes eran los romanos? Los naturales de Roma y algunos otros caballeros de las afueras. ¿Y qué era Roma? Una mezcolanza de pueblos diferentes, entre los cuales puede citarse como los más sandungueros los *latinos*, los *sabinos* y los *etruscos*, particularmente estos últimos, que se traían unos andares verdaderamente jacarandosos.

Roma, que se alzaba cerca de la desembocadura del río Tíber (llamado así por los tiberios que armaban las lavanderas en sus orillas), llegó á ser por su emplazamiento un gran centro comercial, mayor, si cabe, que el Bazar de la Unión, según Plinio, y un pueblo de agricultores campestres y de guerreros de tropa capaz de dominar al mundo gracias á su potencia y á su civilización. Era gente aquélla que realizaba todo cuanto se le ponía en las narices, y eso que éstas eran *romas* por naturaleza. Romano había que por la mañana tocaba la flauta y por la tarde se conquistaba toda una provincia él solito y sin el auxilio de la Guardia civil.

Cuando Roma puso los puntos á España, se hallaba gobernada por la república. Dentro de la ciudad las broncas entre patricios y plebeyos no te-

nían fin, y fuera de ella, los romanos habían sujetado á sabinos, latinos y etruscos; se habían salvado de los galos, habían vencido á los tarentinos. á los epirotas y á los gurriatos y se habían hecho dueños de Italia, con macarrones y todo.

Excusado es decir que, tras de semejantes faenas, los infelices hallábanse cansadísimos; así es que en cuanto tropezaban con una silla, se dejaban caer en ella muy á gusto.

Les faltaba únicamente apoderarse de la isla de Sicilia, y un día que se levantaron de buen humor, fueron y se la quitaron á los cartagineses, quedando todos pasmados al posesionarse del territorio. Desde entonces fué considerado el pasmo de Sicilia como el más pasmoso de todos los pasmos conocidos.

Mientras Aníbal, que era enredador de suyo y no veía con agrado que Roma echase roncás en España, marchaba con un gran ejército á Italia en busca de aventuras y de óperas nuevas, los romanos, para tomarse la revancha, organizaron dos ejércitos, cuyo mando asumieron respectivamente dos apreciables hermanos conocidos por los *Scipiones*: *Cneo* y *Publio*. El primero, ó sea Cneo Scipión, padecía mucho de los callos y tenía cuatro meses más que su hermano Publio, y éste á más de ser un bravo guerrero, era una verdadera notabilidad construyendo jaulas para grillos.

Ambos Scipiones, favorecidos por la suerte, cometieron innumerables horrores en nuestra Península. Se entretuvieron en cebar á la guarnición cartaginesa para pasarla después á cuchillo y hacer embuchados; arrasaron á Teruel, cortando las orejas al juez municipal, y obtuvieron triunfos en *Illiturgo*, *Indíbil* y *Munda* (mujer de mundo) sobre un general llamado por mal nombre *Magón* ó *Mo-*

gón, que tenía la gran cruz de San Hermenegildo y una nube en un ojo.

Pero no todo había de ser favorable á las armas romanas. Un príncipe nómada llamado *Massinisa*, como podía haberse llamado Petronila ó Sinfoniana, se entendió y alió con los cartagineses para ver si pescaba algo, porque estaba entrapado hasta los ojos, y dió una soberana paliza á los dos Scipiones, que fallecieron entonces para siempre jamás: Cneo de un golpe de maza en la rabadilla y Publio de un volapié en todo lo alto.

Si no llega á ser por el centurión *Lucio Marcio* (tío de Celso Lucio), que tomó el mando de aquel ejército desvencijado, Asdrúbal y Mogón se hubieran hartado de cometer atrocidades bélicas. Mas desde aquel momento los cartagineses anduvieron de cabeza, pues empresa que acometían los romanos era empresa ganada. Baste decir que para seducir á las más nobles damas ibéricas no tenían más que guñarlas un ojo ú ofrecerlas dos pesetas ó un par de ligas. Los terrenos se les venían á las manos, y muchos cartagineses veíanse obligados á esconderse detrás de los armarios para no ser escupidos á traición por los de Roma.

Don Publio Cornelio Scipión, hijo del gran Publio, sobrino del buen Cornelio y hermano de leche de Claudio Nerón, hizo al frente de su ejército soberbias campañas en la Península. Llegó á Cartagena y se la metió en el bolsillo. Alcanzó en *Becula* á Asdrúbal y Magón y allí los batió como quien bate un par de huevos, persiguiéndolos hasta Cádiz y obligando al primero de dichos caudillos á embarcarse con rumbo á Italia, para lo cual le facilitó una modesta nave, porque en los vapores de la Trasatlántica le hubiera salido carísimo el viaje. Sometió el joven Scipión á todas las

ciudades cartaginesas é independientes, entre ellas *Illiturgo* (hoy Alcorcón), *Castulo de Arriba* y *Astapa*, célebre por su exquisito pan de higos; redujo á la obediencia parte de sus tropas que habían hecho la gracia de sublevarse á instancia de dos granujas, *Sánchez Indibil* y *López Mandonio*; y finalmente, se apoderó de Cádiz con la mayor facilidad, pues el famoso *Massinisa*, que era por cierto un esteta de primer orden, entregó á los romanos la plaza, con árboles y todo, desatendiendo los sanos consejos de Luis Alonso, maestro de baile de las hijas de Asdrúbal.

Para que los naturales de España olvidasen lo de Sagunto, acordaron los Scipiones dominar con una política suave y diplomática. Sus actos eran *coldcream* puro. Todo se volvía rasgos generosos y de verdadera atracción, hasta el punto de volver locos de gusto á celtíberos y griegos.

Entre estos rasgos se cuenta la devolución de una princesa celtíbera tartamuda al seno de su apreciable familia, después de haber estado prisionera entre los soldados romanos, quienes tuvieron á bien respetarla en absoluto y devolverla incólume. Probablemente sería muy fea.

También los tunantes de Indibil y Mandonio fueron perdonados y obtuvieron del buen corazón de Publio Cornelio la devolución no sólo de sus distinguidas esposas y bellas hijas, sino también de una perra de aguas y un mochuelo viudo que les pertenecían y que habían caído prisioneros sin querer.

Esta política generosa no era, sin embargo, desinteresada. ¡Quiá! La vil astucia y los automóviles egoístas dominaban entre los romanos y no tenían éstos más afán que irse apoderando de todo, cosa que lograron fácilmente, porque los españoles

de aquella época eran cándidos y bobalicones hasta más no poder.

La última ciudad que los cartagineses fundaron fué *Mahón*, en las Baleares, poco más allá de Cuenca. Ultimamente perdieron la batalla de *Zama*, de donde proviene el apellido Zama-cois y la extensa familia de los Zama-cucos; y después de ver que, tanto en España como en Italia y en Africa, los romanos zurraban de lo lindo á todo bicho viviente, llegaron á convencerse de que no podían levantar cabeza, sobre que no contaban con la simpatía de los celtíberos, pues, sobre ser avariciosos, eran groserotes y olían bastante mal.

La dominación cartaginesa terminó en España 20.500 años antes de Jesucristo (cero más, cero menos).

### **Dominación romana.**

Los pícaros romanos no podían hacer las cosas á medias. Poseían ya una buena parte de España y, sabiéndoles á poco, quisieron hacerse dueños de todos los montes, valles, poblados, castillos, horchaterías, vías férreas, ganados, mujeres, niños y demás enseres que para su recreo y satisfacción tenían nuestros respetables antecesores los iberos.

Estos, como era natural, no querían verse despojados de lo suyo y estuvieron resistiendo tenazmente el empuje de los romanos durante ciento setenta y seis años mortales, quedándose tan flojos y extenuados que á más de un guerrero celta

se le podían contar todas las costillas por encima de la coraza.

Lo primero que hicieron los nuevos dominadores, después de persignarse y tomar el desayuno, fué dividir la Península en dos regiones: la *Citerior* y la *Ulterior*.

El Ebro las separaba desinteresadamente, y comprendía la primera (cuya capital era *Tarragona*) el pequeño territorio existente entre dicho río, que es muy antiguo por cierto, y los Pirineos, construídos algún tiempo después, y abarcaba la parte segunda (que era muy buena, aun siendo segunda parte), con su capital en *Cádiz*, el extenso espacio restante, incluso la Mancha, que por entonces era un bosque de cocoteros, habitado por leones, cocodrilos, suegras, leopardos, críticos desautorizados y otras fieras.

A consecuencia de un grave rozamiento entre los caudalosos ríos Ebro y Duero, precisamente por cuestiones de caudal (¡siempre las hubo!) quedó el último de dichos ríos con la honra de ser la línea divisoria de ambas regiones, en cada una de las cuales ejercía la suprema autoridad un *pretor*, sin sueldo fijo, pero con casa, leña y las propinas que cayesen.

Por supuesto que á tales pretores maldita la falta que les hacía figurar en nómina, pues sin pedir permiso á nadie se instalaban en los mejores hoteles, se hacían servir por las mejores chicas peninsulares los más suculentos almuerzos celtíberos y se divertían grandemente sin desembolsar un céntimo. Pagarle al pretor unas copas, por ejemplo, era un honor inmenso, y al regalarle un remontoir ó unos calzoncillos, no sólo se honraba el donante muchísimo, sino que inmediatamente veía publicado su desprendimien-

to, al par que su retrato, en los principales periódicos de la región.

Los pretores más desahogados fueron *Léntulo*, inventor de los lentes, y *Accidino*, creador de los ácidos. Cada uno de ellos sacó hasta los hígados á los moradores de su provincia, como el más vulgar comisionado de apremios, y llegó, por fin, un día en que los explotados, hartos de tanta frescura pretoriana, comenzaron á sacudirse las moscas (suponiendo que entonces las hubiera) y se alzaron en armas contra los opresores, en lo cual hicieron perfectamente.

Ya hemos hablado del *sportman* Indíbil y del chico de las de Mandonio; pero los volvemos á recordar aquí, en primer lugar, porque los historiadores de cierto prestigio podemos recordar lo que nos dé la gana, y en segundo, porque dichos individuos fueron los que realmente iniciaron los movimientos revolucionarios en contra de los romanos, siendo después imitados... ¿por quién dirán ustedes? Por los tartesios ó tartajosos, por los lusitanos y los vettones y, sobre todo, por los arevacos (oriundos de Pozuelo de Aravaca) y por los carpetanos, ó sea por los hijos naturales de las carpetas.

Mucho dieron que hacer estos pueblos á los *pretores*, y Roma, un tanto alarmada, se dijo: "Aquí no hay que andarse con paños calientes. ¿Que hacen falta grandes refuerzos? Pues vayan para España". Y en efecto, envió un formidable ejército, compuesto de veintiocho infantes, siete caballerías mayores, dos piezas de artillería en un acto y en verso y un par de zapadores minadores de cada especie.

Como quiera que Roma no encontró por allí al general Weyler para encargarle del mando

del ejército, hubo de echar mano de un apreciable cónsul, llamado *Marco Porcio Catón*.

El tal Catón, hijo de una fiadora murciana á quien llamaban la Cartilla, y cuyo nombre de Catón le fué dado porque todo lo cataba, modificó algo la táctica de la guerra; pero el resultado de ésta fué igual: los pobres españoles recibían el mismo trato que los huéspedes de dos pesetas con principio y pulgas, y por lo tanto, las sublevaciones de tribus y ciudades menudeaban que era una bendición.

En el Senado de Roma, á cuyas sesiones presumen los historiadores que ya concurría el conde de Casa-Valencia, surgió un partido español que pretendió mejorar la situación de nuestra asendreada Península, pero que en realidad la favoreció bien poco.

Dicho partido, algo más antiguo aunque menos numeroso que el jaimista, obtuvo la supresión de las preturas (no de las apreturas), sustituyendo al pretor por un *procónsul*, ó sea por un cónsul que trabajaba en pro de sí mismo; obtuvo también la rebaja del impuesto sobre las cajas de cerillas y los naipes, así como el reconocimiento del parentesco entre españoles y romanos, del cual resultaba que había más tíos que primos, aunque éstos nunca escasearon en la historia. También tuvieron á bien acordar la fundación de dos ciudades: *Carteya*, sobre el estrecho de Gibraltar (entre Mondoñedo y Lorca), y otra más aristocrática, *Córdoba*, la sultana, con su *Lagartijo* y todo.

De manera que tenemos en vez de pretor otro funcionario por el estilo. Debíamos llamarle procónsul, pero llamémosle hache. Porque tan bueno era Juan como Pedro. Tan granujas fueron

los procónsules como los pretores. Sin ir más lejos. *Lúculo*, á quien antes hemos tenido el honor de citar, fué un bandido de siete suelas pretorianas, pues cogió por su cuenta á los pobres habitantes de *Cauca* (hoy Coca) con el buen fin de apoderarse de sus riquezas, y no dejó un coco sano; á todos les rebanó el pescuezo, intentando hacer lo mismo con los vecinos de *Intercacia* ó *Intercadencia* (hoy Rioseco) y *Pallancia* (hoy Palencia) en donde no dejó viva una sola manta.

Finalmente, hallamos otro modelo de pretores sinvergüenzas en *Galba* (inventor de la galbana), que se fingió amigo de los lusitanos, cedió á éste un melonar, al otro una viñita y al de más allá un garbanzal, y cuando más entretenidos estaban regando lo que habían plantado, se plantó allí Galba con su gente y los hizo polvo. No sabemos si todavía se estará riendo de la gracia.

No logró dominar á estas fieras el señor de *Catón*, que, en vez de procurarlo, se entregaba á los chicos de las escuelas para que aprendiesen á leer; y llegaron á tal punto los crímenes de los pretores, que surgió de entre los zurrados la figura de su vengador, de un barbián de la Lusitania, que se llamó *Viriato* cuando vivía y hoy sigue llamándose *Viriato* en la historia, porque no hay motivos para llamarle de otra manera.

¿Quién fué el *Viriato*? No están acordes todos los historiadores respecto á este punto (y no crea *Viriato* que este punto es él). Hay quien afirma que fué un bandolero de malísima catadura; hay quien asegura que fué un barítono de zarzuela grande, y no falta, por fin, quien supone que de ordenanza de la Tabacalera pasó á ser sacristán de una parroquia portuguesa.

Todo esto es falso. Mejor informados y con me-

mejor criterio que la mayoría de los historiadores, podemos asegurar, valiéndonos hasta de testigos oculares, que el Viriato fué pastor de nacimiento; mejor dicho, que nació ya siendo pastor de ganados, y menos mal que no lo fué de perdidos.

En sus primeros años únicamente se ocupaba de sus cabezas, sus cabezas de ganado, que realmente no eran muy numerosas ni muy distinguidas, pues sólo se componían de siete ovejas, doce cabras y un murciélago; pero así que comenzó á enterarse por los periódicos de que los romanos eran unos tiranos y unos traidores, sintió bullir dentro de su ser pastoril una indignación profunda y un deseo muy vivo de sacudir el yugo romano, tanto que cierto día, después de echar la siesta y tocar el pífano un ratito, consultó con su ganado el atrevido proyecto que abrigaba y resolvió, por fin, enseñar á Roma lo que pueden el patriotismo y la nobleza de un espíritu que, aunque tosco é inculto, encuéntrase templado para grandes empresas guerreras. Y como no halló oposición más que en el murciélago, que, después de todo, era un imbécil, llevó á la práctica sus laudables propósitos.

Llamó el Viriato á todos los españoles, á todos absolutamente, por medio de volante á domicilio, y organizó un ejército de lusitanos valerosos que daba la hora, sin que esto quiera decir que fuera un ejército de relojeros. No eran muchos los soldados; pero la astucia del jefe suplía el escaso número de aquéllos, y aparentando el Viriato una huida, llevó á las legiones romanas á un punto estratégico cerca de Tríbola (bola triple) y allí puso á parir (metafóricamente hablando) á un tal *Vitelio*, pretor romano de caballería que mandaba las tropas, las cuales, así como su general, sucum-

bieron en la pelea, sin que sus cadáveres pudieran articular una sola palabra.

El mismo desastroso fin tuvieron los generales *Plancio*, *Unamuno*, *Nigidio* y *Lachambre* en las batallas de *Evora*, *Ourique*, *Alcotea* y *Ladysmith*, respectivamente, y no hubiera dejado el Viriato un solo romano en pie si no hubiera sido porque Roma, haciendo un esfuerzo titánico, facturó en gran velocidad con destino á España, nada menos que al cónsul *Quinto Fabio Máximo Emiliano*, quien además de traerse un nombre que valía por cuatro, se trajo á la Península un ejército de cuatro pares de bemoles que derrotó al Viriato más de cuatro veces.

En cambio el Senado de Roma ratificó la paz deshonrosa que el ex pastor lusitano impuso en *Erisana* (hoy venta de Eritaña) al cónsul *Fabio Serviliano* (hombre no sólo servil, sino algo más). En virtud de esta paz quedaba en poder del Viriato nada menos que casi toda la España ulterior, que comprendía un territorio de más de noventa pies cuadrados, y los romanos se comprometían á no molestar á los españoles con hostilidades bélicas de mal género ni con frases ambiguas ó mal sonantes.

El Viriato se había mostrado realmente generoso, porque pudo haber hecho albóndigas de carne romana; pero Roma no entendía de estas cosas y correspondió villanamente, mandando á España otro Quinto con orden de hacer traición al Viriato y fastidiarle.

Según se desprende de lo expuesto, hay gran diferencia entre lo que ocurría en las guerras de entonces y lo que sucede en las actuales, pues ahora para las operaciones bélicas de importancia se encomienda el mando de las tropas á un tenien-

te general, y entonces se encomendaba á un quinto, siendo el quinto de las últimas luchas con el Viriato un tal *Quinto Servio Cepión*. Este buena pieza sobornó á *Ditalcón*, *Alauco* y *Minuro*, tres capitanes muy antipáticos, que tenían todas las entrañas echadas á perder, y estos tres golfos de la milicia se encargaron de descabellar al pobre Viriato precisamente cuando se acababa de echar sobre el catre para hacer bien la digestión de unos caracoles que había merendado en compañía de su prima Flavia Minucia.

Los soldados del pobre Viriato (que santa gloria *haiga*, como ellos decían) se dispersaron á la muerte de su jefe; y particularmente los que le vieron hacer el gesto final, anduvieron largo tiempo de acá para allá como palominos atontados sin saber lo que hacían á consecuencia de la amargura que les causó tan triste suceso. Sargento hubo que, sin darse cuenta de lo que hacía, se ponía el casco en la rabadilla y los zapatos encima de la cabeza, ó salía al campo de operaciones con su señora en ristre y luego pasaba la noche acariciando á su lanza en el casto lecho. Aquella situación producía verdadera lástima, pues parecía que se trataba de un ejército de locos desparramados (año 140 antes de Jesucristo).

### **Continúa la dominación romana.**

Al gran Viriato sucedió el famoso *Tántalo* (ó *Tiéntalo*, según otros), célebre por su horrible suplicio y hombre de buena voluntad; pero de tan cortos alcances, que por poco fué alcanzado por las huestes romanas, las cuales le obligaron á re-

fugiarse más que á paso en *Numancia*, pequeña ciudad situada cerca de Soria; y bien fuera por la rica y abundante mantequilla que de Soria suministraban á los refugiados, ya por las muchas agallas que éstos tenían, el caso fué que *Numancia* resistió heroicamente el sitio, y que este acontecimiento quedó esculpido con letras de oro en las páginas de la historia.

No sólo en España, en el mundo entero hay muchos patriotas que aún están con la boca abierta ante el recuerdo de la defensa de *Numancia*, por delante de la cual desfilaron vencidos y cabizbajos generales y pretores de tanto prestigio como *Quinto Pompeyo Rufo*, *Popilio Leznas*, *Cayo Hostilio Mancino*, *Leopoldo Frégoli*, y últimamente *Fabio López Bertoldino*.

¡Valiente paz fué la que se firmó entonces! Por ella se ratificaba la independendencia de *Numancia* á cambio de la vida del ejército romano, que estaba reventado por las caricias bélicas de los numantinos. Pero volvieron á dar otra prueba de candor los españoles, pues los comisionados que fueron á Roma por todo, es decir, por la sanción de la paz, sufrieron un desaire de padre y muy señor mío, obteniendo por única satisfacción la persona de *Mancino*, que *Numancia* no quiso aceptar, entre otras razones, porque *Mancino* era rechoncho y estaba lleno de lunares con pelos.

Continuaron los romanos recibiendo disgustos, pues arrimarse á la plaza sitiada y ser barridos por las escobas Krupp de tiro rápido que los numantinos disparaban, era todo uno. Gracias á que tomó la dirección del sitio *Scipión Emiliano*, nieto del gran *Scipión* y más malo que la quina. No se metió en dibujos. Se limitó á aislar la ciudad en absoluto, con la idea perra de que los sitiados tu-

vieran que padecer hambre, hasta el punto de comerse á sus tiernos hijos con pimienta y tomate.

Por el pronto no consiguió D. Emiliano lo que se proponía, pues para impedirlo estaban allí Daoiz y Velarde, ó sean *Megara y Aluro*, que realizaron nuevas salidas, pero se estrellaron al fin contra las obras inexpugnables de los sitiadores.

Fracasaron las negociaciones de paz, fracasó también la demanda de auxilio que hicieron á los arevacos los numantinos, y éstos (¡al demonio se le ocurre pedir apoyo á los arevacos!) viéronse por fin tan apurados que no tuvieron más remedio que imitar á Sagunto y hacer verdaderas atrocidades en alas de su desesperación.

Claro es que Scipion, valido de la fuerza bruta, conquistó á Numancia; pero, á no tener en vez de corazón una chocolatera, ó cosa parecida, le hubiera horrorizado entrar en la ciudad después de su prolongada resistencia, pues el cuadro que presentaba era de esos que espeluznan al individuo menos impresionable.

Describiríamos el triste cuadro; pero las lágrimas afluyen á nuestros ojos, caen sobre el papel y entorpecen el rasgueo de la pluma.

No hablemos, pues, de cadáveres insepultos, edificios derruidos, cenizas humeantes, familias tostadas, generales fritos, escombros en montón, patronas despachurradas y otras menudencias. Téjamos, eso sí, una corona en loor de aquellos héroes, y después de tomar un piscolabis, prosigamos esta á ratos verídica historia.

La conquista de Numancia sembró el terror entre los españoles y de ello se aprovecharon los romanos para apoderarse de las islas Baleares y dedicarse allí al cultivo de la sobreasada de Mallorca; pero repuestos los lusitanos y los celtíberos por

la acción del tiempo y por los efectos de la emulsión Scott, volvieron á la lucha, que iba resultando enérgica por parte de los españoles y cruel por parte de los romanos, cuando apareció en escena otro quinto: *Quinto Sertorio*.

Este buen señor era muy conocido en Roma como subsecretario de *Mario*, jefe del partido liberal y reputado tenor de ópera, y también era conocido en España por haber sido jefe de Orden público.

Perseguido por *Sila*, que era hijo musical de *Mido* y de *Solfa* y jefe del partido conservador de Roma, vino Sertorio á la Península, no por amor á los españoles, que le importaban un comino, sino por ver si engrosaba las filas de su partido; pero no logró nada y tuvo que liar el petate y marcharse á veranear al Africa en compañía de su íntima amiga *Poliviria Graca*, que era querida de todo el mundo por su buen carácter.

Regresó con nuevos bríos y con unas babuchas tunecinas preciosas; púsose al frente de los lusitanos y alcanzó grandes triunfos que le permitieron pasearse tranquilamente por toda España de arriba abajo, desde las costas del Cantábrico hasta las del Mediterráneo, que ya por entonces era navegable.

Roma envió contra Sertorio á *Metelo* (ó *Mételo*, según otros historiadores), y después á *Pompeyo*, esposo de *Pompeya*, que quedó hecha una pura ruina, como todo el mundo sabe.

Tanto *Meteyo* como *Pompelo*, afiliados al partido del célebre *Mario*, eran generales de gran importancia; pero Sertorio triunfó de ellos, primero en el sitio de *Lauron* (hoy Liria según unos, y Laureana según otros), y después á orillas del Júcar, en donde cayeron todos los romanos al agua de ca-

beza, salvándose únicamente dos rancheros y una perra coja.

Sólo sufrió Sertorio un par de descalabrós, que por cierto no fueron personales, y mientras sus lugartenientes, *Hirteneyo* y *Perpenna*, eran revolcados en *Itálica* y *Chamberí* respectivamente, Sertorio decía tan fresco: "Ahí me las den todas", y seguía paseando por toda la Península y fumando pitillos de Susini sin cesar.

Pompeyo, llamado así porque era muy aficionado á las pompas, telegrafió á Roma pidiendo refuerzos y uvas de cuelga. Aun con esto y todo, los generales romanos creyeron imposible vencer á Sertorio y no se les ocurrió otra cosa que poner precio á su cabeza, precio respecto al cual no tenemos uniformidad de pareceres los historiadores de más nota, pues mientras unos opinan que por la cabeza de Sertorio llegó á ofrecerse un millar de pesetas, otros creemos que aquel tarugo no valdría más de treinta reales, con casco y todo. Mas esto de la cabeza no pudo tener efecto, pues se anticipó el sinvergüenza de *Perpenna*, tan traidor como su amigo y correligionario *Judas Iscariote*, mandando quitar de enmedio al pobre Sertorio. Y una tarde fresca de Mayo del año 12 antes de Jesucristo, en *Etosca* (hoy *Antonia*), ciudad famosa por sus pastillas de chocolate, fué asesinado el infeliz con la mano de un almirante.

¡Ya le habían profetizado que una *mano* traidora le mataría!

Pero donde las dan las toman. Pompeyo cogió á *Perpenna* por su cuenta y después de suicidarlo con una navaja de afeitar y dejarle vacío completamente, se lo entregó á su cocinera para que le pusiera en escabeche.

Desde entonces todos fueron triunfos para el

general romano, salvo alguna pequeña excepción, como la valiente resistencia que le opuso *Calahorra*, cuyos moradores hicieron no pocas bajas á los romanos, arrojándoles una verdadera lluvia de pimientos morrongos desde las murallas de la ciudad.

Sertorio había sido lo que se llama un tío vivo; á fuerza de ser campechanote había sabido captarse las simpatías de los españoles, pues lo mismo se dejaba besar la mano por un obispo, que echaba unas copas con cualquiera de sus palafreneros. Tenía como resortes políticos la invocación á la libertad y una conducta siempre noble; pero más que con nada supo camelar con la superstición á los papanatas de los celtíberos, pues valiéndose de cierto animalito, que según unos era una cierva blanca, y según otros una gata negra, que le seguía á todas partes y le lamía de arriba abajo, les había hecho creer Sertorio que se comunicaba con todos los dioses del Olimpio, especialmente con Diana y con Retreta.

No aspiraba Sertorio á destruir el poder de Roma ni á proclamar la independencia de España; así es que cuando un tal *Mitrídates*, rey de los calomelanos del Ponto, le propuso una alianza contra Roma, le mandó á freir espárragos, y si no le dió un par de tortas fué porque se interpuso una vecina y lo evitó.

Sertorio no pensaba más que en dos cosas: en robustecer su partido aristocrático de Roma mediante el aceite de hígado de bacalao, y en enseñar frases picantes á una cotorra que le habían traído de Méjico, frases que ésta no pudo aprender porque estaba disecada.

Dividió á España en dos regiones: la *Luisita Ana* y la *Calcetiberia*. En *Evora*, capital de la pri-

mera, formó un Senado en el que los romanos más distinguidos tenían asiento, y es de suponer que también tuvieran respaldo; y en *Oscá*, capital de la segunda, creó un matadero de estudiantes y una universidad para la instrucción de los cerdos, ó viceversa. En suma, la política, la administración, todos los organismos españoles, funcionando al estilo de Roma, hicieron de nuestra Península una gran nación, que hubiera subsistido si Sertorio no se hubiera echado el alma atrás desde que supo que le iba á mandar al otro barrio una traidora mano de almirez.

Como ya habíamos matado á Sertorio, es decir, habíamos referido su muerte violenta, y después nos hemos puesto á relatar diversos hechos suyos, podría creer algún lector que estábamos locos de remate. Nada de eso: todos los hechos últimamente referidos fueron realizados por Sertorio antes de su fallecimiento. Ocurrido éste, sólo se consagró el infeliz al descanso eterno, que buena falta le hacía, porque habrá pocos generales que dancen tanto como Sertorio danzó, y eso que generales danzantes jamás han faltado en la historia del mundo.

### **Prosigue la misma dominación.**

Dividida la república de Roma entre *Pompeyo*, á quien ya hemos tenido el gusto de conocer, un tal *Don César* y el bueno de *Craso* (inventor del betún que lleva su nombre), y formado por ellos el primer triunvirato, correspondió España al primero de los mencionados señores. Pero muerto Craso, de resultas de la tos ferina, y robustecido el poder de Don César con las victorias que se traía embotelladas de las Galias, dijo un día:

“Vaya, vaya, dejémonos de pamplinas y hagámonos dueños de Roma entera. ¿Que hay que pasar el Rubicón? Pues se pasa. ¡Hay que pasar tanto en este mundo!... Nada, nada, el que tenga coraje que me siga”.

Pasar el Rubicón equivalía á declararse en rebeldía, y Don César le pasó al frente de sus tropas y al compás de la marcha de Cádiz, y después de atravesar la Italia y la parte del Japón que se interna por el valle de Pas, llegó á España, donde ya le conocían hasta las ratas.

Cerca de Lérida derrota á *Petreyo*, á *Afranio* y á *Varrón*, que eran tres figuras de estilo Pompeyano, puesto que los tenía colocados Pompeyo; vuelve á Italia, dejando encomendado el gobierno de España á *Lépido*, de la familia de los lepidópteros, y á *Casio*, primo de Santa Rita de Casia; vence en Farsalia á los farsantes de Pompeyo, y con el título de *dictador* se mete en el bolsillo, no sólo á Roma, sino al mundo entero. Puede calcularse por esto el tamaño de los bolsillos que gastaba el gachó.

Como era natural, lo primero que hizo Don César al sentirse dictador fué dictar una carta para cierta pelindusca de quien estaba enamorado como un animal.

Entretanto los chicos de Pompeyo (*Cneo* y *Sexto*) empezaron á jugar á los conspiradores y Don César tuvo que venir de Italia á darles cuatro azotes. Al verle los españoles se echaron á temblar y se dividieron antes de que Don César los *dividiera*. Unos abrazaron la causa del dictador, porque Don César era tan generoso con los hombres como dicharachero con las mujeres; otros abrazaron á sus criadas respectivas, y otros, agradecidos á Pompeyo porque los había convidado á

cerveza en muchas ocasiones, se pusieron enfrente del gran caudillo romano, que se había echado el mundo á la espalda como el más vulgar de los mozos de cuerda y que destruyó á los pompeyanos en la batalla de *Munda* (hoy Montilla, Ronda, Osuna... ó sabe Dios qué), poniendo término á esta campaña, que duró hasta el año 45 antes de J. C., según hemos oído referir á más de cuatro testigos presenciales.

Sin embargo de esto, Don César tenía un sobrino que no era *Quinto* ni *Sexto*, como otros muchos personajes de que hemos tratado en el curso de la época romana; el tal pariente era *Octavo*, ú *Octavio Augusto*, según rezaba su correspondiente cédula personal.

Asesinado el tío dentro del Senado (porque fuera corría un aire de mil demonios) y habiendo recibido la puntilla nada menos que al pie de la estatua de Pompeyo (según unos historiadores) ó al pie de la de Espartero (según otros), cogió las riendas del gobierno Octavio Augusto, y después de haber formado triunvirato con Antonio y Lépido, se quedó él solito dirigiendo el cotarro.

Los pompeyanos aún intentaron sacar los pies de las alforjas; pero fueron vencidos y entró España en un período de paz que daba gusto verla. Paz más famosa que la llamada *octaviana* no se ha conocido jamás, exceptuando á Paz Gutiérrez, la *Descosía*, y á Paz Martínez, la *Incórruta*.

Inauguróse por entonces la *Era hispánica*, ó de *Augusto* (año 38 antes de J. C.), era que estaba situada enfrente de la renombrada Era del Mico.

Los cántabros y los astures se sublevaron trece años después, y aunque Octavio vino á meterlos en cintura, tuvo que regresar á Roma en una calesa, víctima de una enfermedad que no precisan

los historiadores si fué congestión cerebral ó dolor de ijada.

Confió la dirección de la campaña á *Antistio* y *Carisio*, que ganaron las batallas de *Vellica*, *Medullio*, *Lancia* y *Trafalgar*, y poco después *Agrippppa* (que era una especie de Weyler con circunstancias agravantes) terminó la guerra cortando, rajando, destruyendo y no dejando títere con cabeza.

Desde este momento España entra realmente á formar parte del imperio romano, identificándose con Roma en todo. Sombrero de señora que se ponía de moda en Roma, sombrero de señora que se implantaba en España inmediatamente.

El primer emperador, ó sea el gran *Augusto*, dividió las provincias en *senatoriales* (de gente bonachona y pacífica) é *imperiales* (de gente levantisca y malhumorada). Provincia senatorial en España fué la *Bética* (Andalucía), y en la otra clase figuraron la *Lusitania* y la *Tarraconense*, que comprendían el resto de la Península, con animales y todo, y estaban gobernadas por militares sumamente severos, de gran energía y no pequeño bigote, que tenían á los pueblos en un puño, en uno solo, sin que podamos precisar en cuál.

Había también otra clasificación dentro de la expresada: la de los *conventos jurídicos* y la de las *ciudades*. Los primeros eran tribunales que administraban en ciertas regiones justicia seca, excepto en tiempo lluvioso, y eran ciudades agregaciones de pueblos próximos unidos entre sí, como Jerez, que con Mondoñedo, Tortosa y Vicálvaro formaban apiñado grupo bajo un común... régimen.

En tiempos de Augusto hubo catorce mil conventos jurídicos y ochocientos millones de ciudades, de las cuales unas gozaban de los privilegios

de la misma Roma y olían muy bien, por lo cual se llamaban *colonias*; otras se denominaban *inmunes*, es decir, que no pagaban tributos ni á tiros; otras, por el contrario, eran *tributarias* ó *estupendarias* y pagaban contribución hasta por suspirar, y otras, en fin, llamábanse *confederadas* ó independientes y estaban ocupadas por los individuos más *desahogados* de la Península.

Las *curias*, llamadas también *curianas*, eran lo que hoy son los ayuntamientos, es decir, corporaciones encargadas del gobierno interior de los pueblos y de otras cosas más feas que aún subsisten en vigor, según malas lenguas.

Estaban constituidas las curias por decenviros (alcaldes) *curiales* ó *decuriones* (concejales) y guardias más ó menos urbanos de infantería, de caballería y aun de artillería, destinados estos últimos á la vigilancia de las alcantarillas y á la conservación del orden entre las verduleras y los vendedores de rompecabezas y lapiceros de cuatro usos. Mas no todo era satisfactorio para los curiales, pues, aumentados los tributos de un modo brutal y resistiéndose á pagarlos infinidad de gentes, el Estado les dijo á los decuriones: "A mí no me la dais; vosotros responderéis del pago". Y no pudiendo sufrir semejante carga, más de cuatro curiales, que estaban cohibidos á la vez por no pocos arrendatarios de impuestos capaces de sacar los hígados á cualquiera, murieron de concejalía aguda ó se quedaron flacuchos y hechos una lástima para toda su vida, ni más ni menos que lo que sucede con sus dignísimos sucesores los concejales de hoy.

Augusto extendió á todas las esferas de la vida la organización de su imperio. Fundó ciudades como *Legio Séptima* (León), que entregó á los

maragatos, y *Emérta Augusta*, de donde procede la Guardia civil, llamada por eso *benemérta*.

Engrandeció con el nombre de *César Augusta* la antigua *Salduba* (Zaragoza), mandando construir el Ebro y los gigantones. Erigió monumentos como *el templo de Jano* en Ecija, *la torre de Hércules* en la Coruña, la estatua de *Colón* en Barcelona y los kioscos de necesidad en Madrid. Abrió vías de comunicación, pues en España sólo se conocían hasta entonces la Vía láctea y la *Gran Vía*. Estableció escuelas de agricultura, de artes, de instrucción general y hasta de tauromaquia, llegando nuestra Península á un estado tan próspero que todo se volvían fuentes de progreso y de riqueza, aquí donde no había habido más que fuentes de vecindad.

Pero todo tiene sus alternativas en este pícaro mundo, y como la suerte de España estaba íntimamente unida á la de Roma, mientras ésta no fué de capa caída subsistió la prosperidad de aquélla (años 26 a. d. J. al 193 d. d. J. s. e. ú o.)

Breve va á ser el record que vamos á batir por el campo de la historia para referir lo que ocurrió durante el mando de los emperadores que sucedieron á Augusto, presentándoselos uno por uno á los lectores.

1.º *Tiberio*.—Continuó las reformas iniciadas por su padre adoptivo; pero había nombrado unos gobernadores que no conocían la vergüenza, y como los españoles protestaran violentamente contra las rapacidades de aquéllos, fué Tiberio y metió el resuello para adentro á los sublevados, tan despiadadamente, que alguno quizá se estará acordando todavía. Por lo demás, este emperador era un infeliz en el seno de la familia. Prueba de ello es que por la mañana salía á secuestrar bienes y

por la tarde se metía en casita y al calor del brasero aguantaba con resignación los terribles pellizcos de su mujer.

2.º *Claudio*.—Después de inventar las ciruelas que llevan su nombre, mejoró la condición de los esclavos, concediéndoles esclavinas, é hizo que se cumpliera la ley de Augusto, en virtud de la cual los gobernadores no podían ser reelegidos hasta que llevasen doscientos años al frente de su provincia, tiempo suficiente para ver lo que podían dar de sí como administradores.

3.º *Nerón*.—En el sitio de las entrañas tenía un nido de víboras y era envidioso como él solo. No podía ver á quien supiera más que él, ni al que fuera más afortunado en amores, ni al que tuviese pie más pequeño. Su carácter bilioso y atravesado le llevó al extremo de mandar asesinar á tres ilustres españoles: al filósofo *Séneca*, que había sido su maestro de bandurria; al poeta *Lucano*, que por ripioso se lo tenía b'en merecido, y al orador *Junio Galion*, antecesor de Julio.

4.º *Othón*, emperador impuesto por las provincias, sucedió á Nerón (que murió rabiando) y todo lo que hizo se redujo á incorporar á la Bética el territorio africano de la *Mauritania* con el bonito título de *Hispania Tingitana*. Después de incorporarla sentóse á descansar y se quedó dormido.

5.º *Flavio Vespasiano*, conocido también con el nombre de *Américo Vespucio*, fué más activo y más vespasiano que su antecesor. Extendió á toda España el derecho romano y construyó entre otras obras públicas el viaducto de la calle de Segovia, gracias á un cuestor que atendía por *Plinio el Mayor* y quería á los españoles como á hijos de su vientre; y en suma, fué tan bondadoso que con-

sintió que muchos judíos expulsados de Jerusalén se estableciesen en la Península, no haciendo lo mismo con las judías expulsadas porque llegó á tomarlas asco.

6.º *Domiciano*.—Se concretó á dar con la badi-la en los nudillos al procónsul de la Bética, que administraba muy mal y hubo que secuestrar-le los bienes, entre los cuales se hallaban dos ho-teles, una piel de tigre y una máquina fotográfica. Plinio intervino en las denuncias contra el procón-sul, y no pasó más.

7.º *Trajano*.—Este fué español y muy resalao. A él se deben (y por cierto que ya va siendo hora de que se le paguen) obras públicas de gran im-portancia, tales como la *Columnata de Zalamea*, la *Torre dan Barra*, el *Monte Furado* (hoy Monte de Piedad), el *Circo de Itálica*, el *Puente de Alcántara* y la *Estación de las Pulgas*.

8.º *Adriano*.—También de la tierra, visitó á Es-paña, perdonó tributos á la Bética y dividió la Península en cinco provincias: *Tarraconense*, *Cartaginense*, *Gallaica*, *Lusitania* y *Bética*, des-pués de lo cual murió tranquilo, testando á favor de una tía suya, que era alegre de cascos y un poco tarraconense.

9.º *Marco Aurelio*.—Fué también español, na-tural de Loeches, según unos, y de Carabaña, se-gún otros, distinguiéndose por su escrupulosidad en el cumplimiento de las leyes y por su rigor para enderezar á los gobernadores torcidos, tan-to que algunos de éstos, al oler que iba á ser denun-ciado, prefería suicidarse á sufrir el castigo del emperador, y ora se colgaba de un veneno, ora se bebía un árbol, ó viceversa.

10.º *Cómodo*.—Heredó cómodamente á su padre Marco Aurelio; pero no le igualó en condiciones

y dió lugar á que comenzara en el imperio la anarquía más espantosa.

Roma estrenaba emperador cada tres ó cuatro días, y llegó á ser éste un cargo tan al alcance de todas las fortunas, que cuando los romanos creían tener, por ejemplo, un emperador del gremio de ultramarinos, éste había sido ya asesinado por un sacamuélas que se había encaramado al trono inmediatamente. En fin, llegaron á sacar á subasta el trono todos los días festivos, cosa que les hubiera dado muchísima vergüenza si la hubieran conocido. Al propio tiempo los bárbaros enseñaban los dientes desde las fronteras; los cristianos eran perseguidos como alimañas y no se registraba por doquiera más que manifestaciones de lujo desenfrenado, robos y atracos, atropellos y líos de todo género llevados á cabo por los funcionarios públicos, desde el emperador, que era un timador habilísimo, hasta el último limpiabotas, que se quedaba con lo que podía, dando todo esto lugar á que las provincias se inquietaran y se emanciparan en medio de un desorden perfecto.

Sufrió España los efectos horribles del estado anárquico y los pequeños propietarios se vieron absorbidos por los grandes, que se quedaron con los *latifundia*, palabra canalejista que, según unos, quiere decir extensión del territorio desconocido por sus dueños, y según otros, *lata infundiosa*, significación por la cual estamos nosotros, que, dicho sea de paso, valemos más y somos más veraces que todos los historiadores conocidos hasta la fecha.

En tiempo del emperador *Diocleciano* fué España una provincia con la *Bretaña* y las *Galias*, gobernada por *Constancio Cloro*, que era un cuerpo simple si hemos de dar crédito á la química, y en la época de *Constantino* formó la Península un

grupo de siete provincias, las cinco de Adriano, más la *Tingitana* y la *Baleárica*.

España no mejoró nada con esto, ni con lo que hizo por ella el emperador *Teodosio el Grande*, llamado así porque pesaba más de cincuenta arrobas y porque supo contener á los bárbaros.

Ni los esfuerzos de Don Teodosio, ni los de su hijo *Honorio*, que era muy serrano, pudieron evitar la ruina del imperio, pues los bárbaros venían empujando y de ellos nadie podía esperar más que barbaridades.

### **El cristianismo en España.**

Punto tan delicado y de tanta importancia como el extraordinario suceso de donde parte la era cristiana sólo puede ser bien tratado por historiadores del talento y de la discreción que á nosotros nos distingue y nos coloca á incommensurable altura sobre todos los anteriormente conocidos, incluyendo al Padre de la Mariana y á D. Modesto Lafuente del Berro.

Nació Jesucristo estando Augusto en la silla imperial y murió crucificado cuando el emperador Tiberio estaba haciendo de las suyas.

Claro está: los romanos creían en una infinidad de dioses de todos tamaños y hechuras: dioses gordos y flacos, morenos y rubios, seriotos y chirigoteros, dioses, en fin, á gusto del consumidor; y como Jesucristo vino á predicar la existencia de un solo Dios, único y verdadero, el contraste de doctrinas no pudo ser mayor.

En Roma imperaba el lujo desordenado (matrona romana había que cada semana se mandaba hacer cien corsés y pico, todos ellos con piedras preciosas); habíase desarrollado una corrupción de

costumbres que olía á demonios, y ni se respetaba á los polizontes, ni se daba de comer al desnudo, ni se vestía al sediento, ni se pensaba, en fin, en la redención de los esclavos, ni en la abolición de las corridas de toros. En nada de eso se pensaba cuando vino Jesucristo, inculcándonos los más puros sentimientos de amor á la justicia, á la libertad y á la igualdad de los hombres.

Naturalmente, la revolución que se produjo fué de tres pares de bemoles.

Roma, contrariada, se defendió como pudo, crucificando á Jesús y persiguiendo después á los cristianos. Mas los paganos eran muchos y debían de pagarlo todo muy bien.

Aun reconocida por Constantino Gil en el edicto famoso de la Scala de Milán la existencia de la religión de Cristo, los cristianos fueron infinitas veces los paganos; es decir, pagaron el pato, costándoles mucho la propaganda de la fe y mostrando grandes ejemplos de martirio á la faz del mundo, que es toda una señora faz.

Pero el cristianismo triunfó al fin, como era natural, y los dioses del paganismo tuvieron que dedicarse á otra cosa. Dios hubo que se vió precisado á montar una agencia de nodrizas, y de otro sabemos que tuvo que ponerse á dar lecciones de guitarra por cifra.

A España vinieron los apóstoles *Santiago* y *San Pablo*. El primero erigió el Pilar en Zaragoza, á la orillita del Ebro, y el segundo levantó otro templo en *Tarragona*, auxiliado por varios obreros, pues él solo no lo pudo terminar. Siete discípulos de estos apóstoles fundaron iglesias en *Verja*, *Avila*, *Mujacar*, *Illiturgo* y *Elvira*.

Entre los santos mártires que sucumbieron en España recordamos á San Fructuoso, á San Loren-

zo (patrón de las cocineras), á Santa Leocadia Alba, á los niños Justo y Pastor, y á los *innumerables* mártires de Zaragoza, que fueron muchos.

Se propagó el cristianismo de tal modo que el emperador Constantino tuvo necesidad de ir creando á ratillos perdidos varios obispados en España, celebrándose un concilio en *Elvira*, antes del ecuménico de *Nicea*, y después otros no menos importantes.

Dicho sea entre paréntesis, esta *Elvira* de que tratamos era una población; no hay que confundirla con Elvira Sánchez, la cambiante de la plaza de los Mostenses.

Distinguiéronse en la defensa de la fe varios sujetos sumamente apreciables, entre los cuales merecen ser citados *Osio*, Obispo de Córdoba; *Paciencio* y *Limpio*, de Barcelona; *Mesopotamio*, de Lisboa; nuestro colega el historiador *Paulo Orosio*; el poeta *Juvenco*, especialista en seguidillas gitanas; *Sangre Gorio*, *San Dámaso*, *Rubau Donadeu*, *Luis Morote* y otros muchos que no recordamos en este momento.

De lo que podemos vanagloriarnos los españoles, cuando buenamente tengamos un rato disponible, es de que no tuvieran jamás arraigo en nuestros tiernos corazones las herejías profesadas por hombres de verdadero mérito, pero algo *chalupes*, sobre los cuales descargaron no pequeña rociada de anatemas los concilios españoles de diversas épocas, concilios que sentimos no haber podido honrar con nuestra asistencia.

### **Efectos de la dominación romana.**

Suponemos que los lectores no se incomodarán mucho porque antes de cerrar y lacrar este

período histórico, disertemos un si es no es acerca de los efectos de la dominación romana en España.

Gran influencia ejercieron los romanos sobre los españoles en todo, en civilización, en política, en ciencias, y en el arte de la guerra, tanto como en los ramos de pasamanería y quincalla. Sobre esta influencia ya hemos hablado en diversas ocasiones; sin embargo, ahora volvemos á insistir en ello, porque se nos ha puesto en las historiadoras narices el hacerlo.

Vamos por partes.

Los labradores se oían un descalabro con la competencia que les hacía Italia, pues á ésta no se le obligaba á tributar de un modo bestial, como al suelo español, y claro está, se veían los españoles precisados á esmerarse en el cultivo de granos, legumbres, alcachofas y cebolletas; y cuando Italia quedó arruinada, porque las tierras que habían producido cereales fueron destinadas exclusivamente al cultivo de los macarrones, tuvieron los españoles que desprenderse de sus granos con verdadero dolor y mandarlos á Roma certificados, para que allí los devorasen con ansia los descendientes de *Romualdo* y *Romo*, fundadores de la ciudad.

Y lo mismo que decimos de los ciriales podemos decir de los melones, del champagne Codorniu, de la cera virgen, del aceite mártir, de las lanas, de las carnes alabastrinas, de los metales preciosos y del jarabe de higos chumbos, comestibles todos que en Roma se llegaron á cotizar á precios elevadísimos, hasta el punto de venderse las botellas de Rioja clarete á diez sextercios cada una, que en la moneda nuestra (es decir, del que la tenga) vienen á ser unas cuatro mil pesetas, sobre poco más ó menos.

La actividad agrícola trajo consigo la actividad

mercantil. Los puertos de Cádiz, Málaga, Cartagena y Guadalajara se hallaban en continuo movimiento; y respecto al comercio interior, parecían hormigueros las célebres *vías romanas*, pues era incesante el ir y venir de carretas, furgones y caballerías de todos tamaños, desde la mula pretoriana hasta el procónsul garañón, sobre todo por aquella famosa *Via Augusta*, que cruzaba la Península de Norte á Sur y estaba toda cubierta de cristales por arriba y entarugada por abajo, de lo cual se deduce claramente que la existencia de los tarugos en nuestra patria es cosa muy antigua.

Las industrias progresaron también por idénticos motivos. Tratar de ellas una por una sería para nosotros tarea sumamente larga y no menos ancha, aunque no difícil, puesto que para historiadores como nosotros no se concibe dificultad alguna.

Sin embargo, apuntaremos ligeramente algunos productos del trabajo humano que alcanzaron verdadera fama. Las armas la lograron por su perfecto temple: bastaba ponerlas un ratito á la lumbre para templarlas. Las monedas también fueron muy notables, pues acuñábamos desde la onza hasta la perra con pasmosa habilidad. Los tejidos merecen también mención: la tela de Penélope podría servir de modelo, y respecto á géneros de vestir, podemos citar la invención de la lana dulce, debida á un reputado confitero en tiempo de Viriato. Lo mismo puede decirse de los metales de nuestras minas, desde el oro purísimo hasta la modesta hojalata; de los grandes barcos y los estrechos barquillos y de otros artículos, en fin, como los frezaderos, en cuya construcción se reunieron el capricho romano y la destreza española. Así se explica la protección que dispensaron á los indus-

triales de España algunos emperadores. Solamente Diocleciano encargó á las alfarerías de Alcorcón para su uso particular 50.000 botijos de los más caros.

A la época de Augusto corresponde la mayoría de los monumentos notables que los romanos dejaron en España. Citarlos todos sería el cuento de nunca acabar. Diremos únicamente que aún existen en *Tarragona* (Andalucía), *Mérida* (cerca de Lugo), *Segovia* (costas de Levante) y *Sagunto* (junto á Badajoz) circos de piedra (el de Parish, por ejemplo), pirámides de mazapán en Toledo, acueductos para el agua, puentes con su correspondiente caída de ojos, torres, estatuas y modestos guardacantones, obras todas que revelan profundos conocimientos científicos, destreza en la ejecución, sentimientos estéticos y, sobre todo, que la piedra andaba entonces muy barata y que para su acarreo no estaban tan elevadas como ahora las tarifas de los ferrocarriles.

De las distintas escuelas romanas que hubo en España, y especialmente de la de *Córdoba* (que debió de ser escuela de tauromaquia), salieron poetas como *Silio Itálico*, especialista en endechas; *Marcial*, cultivador de letrillas picantes; *Lucano*, vate llorón, y *Vaconio*, fundador de *El Cascabel*. Salieron también profesores de acordeón, como *Porcio Latrón* y *Quintiliano*; geógrafos y fonógrafos, como *Pomponio Fauno* y *Anastasio Floro*; filósofos como *Séneca* (que además era un ventríloco muy notable), y muchos más, en fin, que en concepto de oradores, literatos, artistas ó peones camineros lograron colocar á España á muchos metros de altura sobre el nivel del mar de confusiones en que se hallaba sumido el resto del mundo.

Donde más se advierten los efectos de la influen-

cia romana es en el *derecho*, en la *organización municipal* y en el *idioma*. La lengua latina, aun convertida hoy en lengua fiambre, fué siempre una señora lengua. La castellana es hija suya y en ella hablaron y escribieron los españoles hasta que, modificándose el idioma latino y mezclándose con otros, no ha quedado en uso más que media docena de frases, como *vade-mecum*, *ipso facto*, *totum revolutum*, *nosce te ipsum*, *vade retrato* y *laus tibi Cristi*.

Y con esto damos por concluído cuanto se nos había antojado decir acerca de la época romana y de la Edad antigua en general.

Comienza la Edad llamada Media por unos y Mediana por otros, con el advenimiento del gran Ataulfo y sus secuaces, bárbaros como ellos solos. Mas como no queremos exponer ni juzgar barbaridades, dejamos la tarea para que la prosigan plumas menos cansadas que la nuestra; no mejor cortadas, porque eso es imposible. En fin, Dios ilumine á nuestros sucesores para que continúen estas narraciones con toda exactitud, aun cuando carezcan de nuestra brillantez de estilo y, sobre todo, de nuestra indiscutible seriedad.





## PARTE TERCERA

---

LOS BÁRBAROS Y LA MONARQUÍA VISIGÓTICA

POR

**Sinesio Delgado.**

---

### **La invasión.**

Bajo el brillante sol del mediodía,  
que difunde el placer y la alegría  
y cubre la pradera  
con alfombras de flores  
y alumbra unas mujeres de primera  
y excita á la pereza y los amores,  
se enervan los espíritus, la raza  
decae y se afemina  
y adquiere con el vicio que domina  
musculatura de papel de estraza.

Y siempre ha sido así. Pero un resorte  
movido por extraña y hábil mano  
arroja sobre el monte y sobre el llano  
las hordas de los bárbaros del Norte,

rudos, fuertes, salvajes,  
 que se alimentan con la carne cruda  
 y llegan sin más armas ni equipajes  
 que toscas mazas y la piel desnuda.

Pelean como el viento que se lleva  
 las hojas lacias del jardín florido  
 y presta al viejo tronco carcomido  
 gérmenes nuevos con la savia nueva.

No queda ni una piedra donde estaba;  
 pero callan clarines y bocinas,  
 y sobre el pueblo débil que se acaba  
 surge un pueblo viril entre las ruinas.

Poco tiempo después, los invasores  
 se dejan dominar por los sentidos,  
 se entregan al placer y á los amores  
 y quedan como estaban los vencidos..

Yo no entiendo estas leyes  
 que rigen á los pueblos y á los reyes...

Porque esas invasiones  
 que vienen á dar vida á las naciones,  
 necesarios *injertos*  
 que, aunque traigan rigores excesivos,  
 fortalecen la sangre de los vivos  
 con la sangre caliente de los muertos,  
 pueden tener objetos diferentes.

¿Cuál se logra alcanzar de estas dos cosas:  
 vigorizar las razas decadentes  
 ó afeminar las razas vigorosas?

Siempre han sido inescrutables, y digamos esto  
 en prosa vil, ya que tantas veces se ha dicho lo  
 mismo en versos no menos viles, los designios de  
 la Providencia. No se ha podido saber, efectiva-  
 mente, qué es lo que se proponen los hados con es-

tas irrupciones periódicas, si dar nueva energía á los pueblos que se hunden en la decadencia ó domar el vigor excesivo de los que rebosan salud y fuerza.

Esto último parece un desatino á primera vista, pero ¡vaya usted á saber! Desde la irrupción inesperada de los vándalos, suevos, godos, alanos y... gozques, hasta la desastrosa batalla de Guadalete, transcurrieron trescientos años. En esos tres siglos, ¿qué se propuso la mano misteriosa que sobre la faz de la tierra mueve los insignificantes muñecos? ¿Que los bárbaros acabaran con la corrompida civilización romana, ó que la civilización romana acabara con los bárbaros? ¡Ay! ¡moriremos con la duda!

\*  
\*\*

Las hordas salvajes que habían de dominar el mundo se formaron en Asia, porque en Asia nació la humanidad, y del Asia estaba escrito que surgiera de pronto y por generación espontánea, la colosal lanceta destinada á hacer una salvadora sangría al cuerpo social, que se moría por plétora de vicios.

Esparcidas andaban las numerosas tribus nómadas de bárbaros por el norte de Europa, como andan los comparsas sucios y con barbas postizas detrás del telón, esperando que el segundo apunte los mande salir á escena á resolver entre alaridos y contorsiones el conflicto dramático.

Dióse en la altura

por donde los astros van

la voz de ¡fuera! y todos aquellos bestias que pululaban sin saber qué hacer por la Escandina-

via y la Dinamarca, por la Germania y la Rusia, ateridos de frío y calentándose las manos á cachetes mutuos, se juntaron en un solo haz por arte de birlibirloque, y cayeron como una tromba sobre las descuidadas y anémicas legiones del imperio romano.

La tarea de la destrucción fué coser y cantar. Ardieron los pueblos, se arrasaron las mieses, las mujeres quedaron como botín de guerra y los hombres fueron pasados á cuchillo antes de que volvieran de su asombro. La hecatombe fué de las de órdago á la grande, y la misión encomendada á aquellos pedazos de brutos se cumplió en un abrir y cerrar de ojos.

Hecho esto, sucedió lo que ocurre siempre en semejantes casos. Los vencedores empezaron á reñir, disputándose la presa, y los vándalos contra los suevos, los alanos contra los suevos y los vándalos y los godos contra todo lo que se ponía por delante, dieron á la escasísima parte de la humanidad que había quedado de pie un espectáculo lamentable.

Chocaban unas contra otras incesantemente grandes masas de caballería, corría la sangre nueva á torrentes y por el capricho inexplicable del destino quedaron dueños del campo los menos bárbaros, cosa que no ha vuelto á suceder desde entonces.

Concibió Ataulfo, que mandaba como dueño y señor de la España Tarraconense, el atrevido plan de establecer en la Península, bajo una sola mano, el imperio visigótico; pero no pudo llevar á cabo su pensamiento, porque aquellas razas, versátiles por naturaleza, se cansaban pronto de las cosas estables y no podían resistir un mismo rey durante mucho tiempo. Y para no molestarse

mucho en pensar la forma de transmitir la herencia, acordaron tácitamente dejarse de músicas de elecciones y apelar al asesinato para que el poder cambiara de mano siempre que fuera conveniente. Este sistema lo aprendieron de los romanos sin duda, y no se les olvidó tan pronto como fuera menester, según se irá demostrando más adelante.

Ataulfo murió asesinado en Barcelona por Sigerico, que tampoco logró calentar el sitio, porque fué sustituido de la misma manera á los siete días justos. Es decir, que ni siquiera pudo enterarse de lo que pasaba. Los que mandaron al otro barrio á este rey semanal, como los periódicos ilustrados, eligieron á Walia (cuyo nombre simbólico significa baluarte, para que ustedes lo sepan), y baluarte fué efectivamente el buen hombre, porque resultó un político y un diplomático de primera fuerza para proseguir el plan unificador de Ataulfo.

Comprendiendo que los romanos se hundían solos hizo las paces con Honorio, devolviéndole á su hermana Placidia, y la emprendió con los vándalos feroces que asolaban el país y no llevaban trazas de civilizarse. Después de unas cuantas palizas, de las que se daban entonces, los obligó á replegarse en Galicia. Por cierto que parece mentira que aquella raza de fieras indomables, sanguinarias y crueles, se haya dulcificado en el tamiz de los siglos, hasta convertirse actualmente en la más dulce, pacífica y simpática del orbe.

Walia, cansado de sus victoriosas correrías, y después de haber puesto la primera piedra en el edificio del imperio, murió tranquilamente por casualidad, en Tolosa, donde había fijado la residencia oficial de la corte.

Sucedióle Teodoro, que todavía tuvo que luchar con los vándalos atrevidos, que de vez en cuando hacían excursiones para coger lo que se pudiera buenamente. Pero tenía la suerte de cara y vino la Providencia á librarle de una vez y para siempre de tan peligrosos vecinos.

He aquí lo que pasó. Era gobernador de las posesiones de Africa el conde Bonifacio, el cual, resentidillo porque Aecio, consejero de Placidia, le dió la orden de abandonar el gobierno, llamó en su auxilio á aquellas hordas, ofreciéndolas pingüe botín y extensos territorios. Tentó á los vándalos la oferta, dispusieron sus naves y allá se fueron todos, en número de ochenta mil, dejando libre á España de su molesta presencia y permitiendo al tercer rey godo cerrar contra los suevos, que ya habían tenido la precaución de exterminar á los alanos.

Quedamos, pues, al concluir este capítulo, con el imperio romano agonizante, sin posibilidad de salvación é insensible á los reactivos; los godos convertidos al cristianismo y en pleno brote de la civilización nueva; los alanos sumidos en las sombras; los suevos maltrechos y á punto de supeditarse á la raza más fuerte, y los vándalos cruzando el estrecho, llamados por un conde traidor para acabar con la dominación de los romanos en Africa.

Y nótese ¡oh, Dios! la extraña y maravillosa coincidencia. El imperio visigótico se forma y unifica gracias á un conde ofendido que llama en su auxilio á las turbas indisciplinadas y rabiosas, y el mismo imperio se deshace tres siglos después por otro conde ofendido que lanza sobre las campiñas andaluzas otras turbas con cimitarras y turbantes.

¡Oh, la filosofía de la historia y la influencia deletérea de los condes malévolos!

### Atila.

Se armó un barullo de mil diablos en todo el mundo conocido. Del desconocido, por lo mismo que lo era, no se sabe absolutamente nada.

Entre el imperio romano que se derrumbaba, los pueblos bárbaros del Norte y los no menos bárbaros del Mediodía, se luchaba sin cesar en todas partes de tal modo y con saña tal que los sabihondos de la época, ¡ay! en todas las épocas ha habido sabihondos, llegaron á vaticinar que la humanidad se acababa de una vez. Los poetillas decadentes de ahora, con sus barbas lacias y sus cabellos sueltos en artístico desorden, dirán, como si lo estuviera oyendo, que no se hubiera perdido mucho.

En fin, ello fué que Teodoredó, que, en medio de la barbarie propia de los tiempos, era hombre contemporizador y que entendía de política mucho más que López Domínguez, aunque ha sido Presidente del Consejo de Ministros y todo, Teodoredó, repito, empezó por casar á sus dos hijas con los reyes de los suevos, que dominaban aún en Galicia, y de los vándalos, que se habían ido á freir espárragos al Africa, y tranquilo por estas dos partes la emprendió con los romanos descaradamente. Pero le salió la criada respondona. Todavía el general Aecio, que representaba la civilización antigua, pegó un par de zurras á la civilización nueva, representada por el rey de los godos, y le obligó á estarse quietecito en Tolosa. Y en estos dimes y diretes de pueblos y razas pue-de que estuviéramos todavía, derramando sangre,

arrasando pueblos y violando doncellas, si una nueva tromba, más formidable que todas las anteriores, no hubiera amenazado de nuevo por el septentrión decidida á resolver con su violento empuje todas las cuestiones menudas.

Vencedor en todas partes, dominando la tierra que á su paso iba dejando estéril, sembrando el terror con las espadas de sus huestes aulladoras apareció Atila, á quien los demás bárbaros llamaban el bárbaro por antonomasia, con lo cual está dicho todo.

Pasma la asombrosa facilidad con que entonces surgían unos pueblos de que no se tenía noticia. Cuando vándalos, suevos, alanos, ostrogodos y visigodos invadieron los dominios de Roma, todo el mundo creyó que llovían del cielo; cuando contra los invasores avanzó Atila, ¿quién había oído hablar de los hunos con hache?

Y sin embargo eran tantos, se habían multiplicado de tal manera y en tan poco tiempo, que en un tris estuvo que dieran al traste con todo lo creado, quedándose solos. Por fortuna, ante el peligro común se unieron los que se entretenían en hacerse trizas mutuamente, ni más ni menos que contra los alguaciles de la ronda se juntaban los espadachines que en el siglo xvii alborotaban las callejuelas, y al mando de Aecio corrieron á detener el huracán violento á los *campos cataláunicos*, donde se dió la batalla mayor y más sangrienta que han presenciado los siglos.

No faltarán infelices que se figuren que estos campos cataláunicos eran terrenos de labor propios de los catalanes, y que para su tranquilo aprovechamiento se inventó después lo del concierto económico... Pues no; hay que desengañarse, los susodichos campos están en Francia, cerca de

Chalons-sur-Marne, y tienen cien leguas en cuadro...

En este inmenso tablero se encontraron todos los peones. Los hunos decididos á arrollar cuanto les estorbara y pasar adelante; los *hotros*, es decir, los romanos, godos, francos, bretones, borgoñones, sármatas y alanos, resueltos á impedir que Atila, acostumbrado á alimentarse con carne cruda calentada bajo sus propias posaderas, se los comiera vivos.

Tomaron parte en la *escaramuza* más de un millón de combatientes. Ni antes ni después se ha visto tanta gente junta con el propósito de romperse la crisma. Toda la humanidad estaba pendiente del choque. Si vencían los coligados podría extenderse el Cristianismo para que, andando el tiempo, el Obispo de Barcelona se empeñara en pronunciar en *cataláunico* los sermones de semana santa; si Atila resultaba vencedor... ¡adiós descubrimiento de América, invasión de las máquinas de coser y discursos del Sr. Rodríguez San Pedro! No hubiera habido nada de lo dicho:

Por fortuna, la suerte se puso del lado de Aecio, y después de mucho bregar, Atila tuvo que retirarse detrás de sus carros, donde no le persiguieron los vencedores porque... no les cabía en la cabeza que hubieran vencido.

Chocaban unas contra otras masas de cien mil hombres, y no con la comodidad de las masas de ahora, porque no bastaba ponerse detrás de una peña y hacer ¡pum! con un cañoncito de los que alcanzan á ocho kilómetros, sino que había que habérselas con el contrario á golpe de maza y punta de espada corta...; de modo que era preciso arrimarse y tener buenos puños.

Cuentan las crónicas que un riachuelo creció con la sangre vertida y que quedaron tendidos, para no levantarse más, ¡ciento sesenta y dos mil combatientes!

Esa es una batalla de verdad y lo demás son pamplinas.

Atila desapareció del mapa con tan fausto motivo, y esta es la hora en que no se ha vuelto á saber más de él, ni más ni menos que si hubiera sido un ladrón de alcantarilla; pero quedó en el campo Teodoredo, entre un montón de cadáveres.

¡Lástima fué, porque aquel hombre hubiera dado días de gloria á su patria, como dicen ahora los gacetilleros, cuando se agosta en flor un muchacho que ha estrenado una revistita en cualquier *cine*!

### **Lenta pero segura formación de la monarquía visigoda.**

Heredó el trono Turismundo, que fué sustituido inmediatamente por su hermano Teodorico, previo el asesinato de ordenanza.

Este rey fué de buenas y austeras costumbres, pero batallador como él solo. La época no daba de sí otra cosa. Los emperadores romanos, sumidos en la crápula, acababan de sucumbir bajo los puñales de los legionarios; Genserico, el rey de los vándalos de Africa, estaba en Roma y cargaba con lo que buenamente podía llevarse, rompiendo los objetos de arte y bisutería por el gusto de romperlos; los suevos de Galicia continuaban haciendo incursiones en el resto de la Península y gozando con la sangre y el fuego, y los hérulos que habían seguido la carrera de piratas con el

objeto de educar á los actuales ingleses, desembarcaban de vez en cuando en las costas, asaltaban las poblaciones y arramblaban con los chismes de valor que encontraban á su alcance.

Pues bien, Teodorico

“Contra todos juntos  
tuvo aliento y tuvo manos”;

arreó unas cuantas tundas á los suevos y arrinconó á sus reyezuelos á las orillas de la ría de Arosa, se aprovechó del *totum revolutum* de Roma y fué ensanchando paulatinamente sus dominios.

A pesar de ser tan excelente persona murió á manos de su hermano Eurico, según uso y costumbre de aquellos tiempos, en que no había para qué falsificar votos y volcar urnas, y menos mal que el tal Eurico no era tampoco saco de paja y supo sacar partido de las circunstancias en que subía al trono.

Derrotó en las Galias á cuantos generales iban enviando contra él los emperadores romanos y acabó con los suevos *per soecula soeculorum*. Ni Dios ha vuelto á oír hablar de los suevos. Claro que estas ventajas no se conseguían repartiendo merengues y confitada por las poblaciones, sino destruyendo murallas, quemando bosques, matando niños, jóvenes y viejos y haciendo horrores con las pobrecitas mujeres. Pero la civilización tiene esa contra; no se implanta más que á fuerza de barbaridades.

Dueño absoluto de casi todo el imperio romano de Occidente, mientras Teodorico (otro Teodorico, no el muerto, naturalmente) acababa con el de Oriente y fundaba el reino de los ostrogodos en Italia, Eurico se dedicó tranquilamente á reunir en

un código toda la legislación goda, sin consultar con los fabricantes de alcoholes ni con las Cámaras de Comercio. Y acabada su misión sobre la tierra, murió sin violencia exterior en la ciudad de Arlés el año 484. (De vez en cuando es bueno poner una fecha para dar á entender que no se escribe á humo de pajas.)

Sucedióle su hijo Alarico, que era de carácter dulce y candoroso como el de una paloma, y que á las primeras de cambio se dejó engañar por Clodoveo, rey de los francos, que no podía ver con buenos ojos que los godos dominasen una parte de las Galias, y fingiéndole una amistad y una simpatía que estaba muy lejos de sentir, le declaró la guerra.

Claro está que, aunque bárbaro también, algún pretexto había de buscar el franco para quedarse de buenas á primeras con lo que no era suyo, y le vino de perlas el que desde entonces acá ha servido para una porción de hazañas por el estilo. La religión de Clodoveo era la cristiana pura; la de Alarico era la arriana. Y según el primero era una mala vergüenza que los arrianos tuvieran bajo su poder una comarca tan fértil.

Dicho y hecho: los ejércitos contrarios se encontraron cerca de Poitiers; los godos, con algunos años de paz, habían perdido algo de sus bríos guerreros y fueron derrotados ignominiosamente. Alarico murió en la batalla, según algunos cronistas, atravesado por la lanza del propio Clodoveo, que en esto se pareció á los que llama Moret *nuestros buenos amigos* los yanquis, puesto que, después de muchas protestas de cariño, aprovechó la primera coyuntura para atravesarle como una ensaimada.

Muerto el rey, las tropas se desbandaron y hu-

veron hacia España. Quedó, pues, definitivamente reducido el reino godo á dos dedos de deshacerse.

Porque Alarico había dejado dos hijos: Amalarico, que lo era de legítimo matrimonio, y Gesalico, que lo era de *extranjis*. Como el primero no tenía más que cinco años y el otro frisaba en los diez y nueve, los nobles eligieron al bastardo, suponiendo que la otra pobre criatura no podía manejar las riendas del Estado.

Pero no contaban con la huéspedada. Y la huéspedada, no fué huéspedada, sino huésped. Teodorico, rey de los godos de Italia, se sintió desfacedor de entuertos, y envió á un tal Ibbas, uno de sus mejores generales, á poner las cosas en su lugar. Ibbas cayó sobre Barcelona, donde el bastardo se entretenía en discutir el modernismo, cogió á Gesalico por las orejas y le arrojó del otro lado del Estrecho á caer en los brazos de los vándalos.

Quedó Amalarico de rey, por la fuerza de las armas de los italianos; pero como todo esto había ocurrido en un santiamén, el chico seguía sin saber de gobernación otra cosa que chuparse el dedo. Fué nombrado regente y ama seca, durante la menor edad, Teudis, que era ostrogodo por más señas, y Gesalico, que no podía digerir el amargo pan de la emigración, pidió prestada á los vándalos una cantidad respetable, con el propósito de no devolverla; alquiló unos cuantos soldados, repasó el estrecho y volvió á atacar á Barcelona. Pero el ejército de Teudis le pegó una paliza y tuvo que escapar á las Galias, donde fué alcanzado por un piquete de caballería que le hizo picadillo. Con lo cual los vándalos perdieron la esperanza de recobrar el dinero prestado y se quedaron con la escritura en el bolsillo.

Y aquí vuelven á surgir las cuestiones religio-

sas, que han de dar mucho que hacer hasta Recaredo. Para evitar disgustos con los francos, que habían acabado por apropiarse toda la Galia goda, Amalarico, en cuanto llegó á la mayor edad y salió de la tutela de Teudis, pidió y obtuvo la mano de Clotilde, hija de Clodoveo, que tenía cuatro hermanos como cuatro fieras.

El godo, que seguía sumido en el arrianismo, se empeñó en que su mujer había de ser cristiana, y viendo que no accedía á súplicas ni ruegos, la puso el cuerpo perdido de cardenales, ni más ni menos que un albañil cuando encuentra sosa la comida.

Quejóse á sus hermanos la reina, y uno de los cuatro reyes de la baraja de los francos, no sé si el deoros ó el de copas, que se llamaba Childeberto, llegó con buen golpe de tropas, derrotó á Amalarico, le mató, rogó á Dios por su alma, y rescató á la pobre señora que, por más señas, al volver á París se murió en el camino.

Los godos, agradecidos á Teudis, que según ellos lo había hecho muy bien durante la regencia, le eligieron rey en cuanto supieron la desgracia acaecida á Amalarico. Y Teudis tuvo la desgracia de que el propio Childeberto, siempre con la manía de extirpar el arrianismo, se le metiera hasta Zaragoza, entrando á saco en unas cuantas ciudades y cargando con todo el botín y todo el oro de las iglesias.

Por fortuna, al volver á su tierra se encontraron con unos cuantos godos, mandados por el general Teudiselo, que apostados en los desfiladeros pirenaicos, le dieron el "quién vive", le pasaron á cuchillo buena parte de su ejército y rescataron casi la mitad de lo que se llevaba. Entonces, como ahora, los hombres peleaban principalmente por la

misma razón que los bandidos de Sierra Morena, por desnudar al enemigo.

Murió Teudis asesinado también, por no variar, por un caballero particular que se fingía loco, y subió al trono el mismo Teudiselo, que tan excelente pasada había jugado á los francos.

Pero el nuevo rey salió mujeriego como un demontre y

ni hubo ocasión ni lugar  
por su audacia respetado.

Le tiraban las faldas y se volvía loco por unos ojos garzos ó azules, debilidad muy disculpable que no comprenderán probablemente los jóvenes lánguidos de nuestros días, que no saben á qué carta quedarse; pero este *tiraero*, como hubiera dicho el Sr. Nogales, de Huelva, fué su perdición. Porque como el hombre no se paraba en barras, los nobles del reino acabaron por mosquearse de que el monarca les faltara al respeto en las personas de sus esposas é hijas, y le apiolaron bonitamente, abreviando trámites, y nombraron en su lugar á uno de los suyos, á Agila, que lejos de aprender con el ejemplo, siguió los mismos rumbos que su antecesor, lanzándose á los procelosos mares de la orgía. No se hizo esperar el escarmiento; volvieron á conjurarse los nobles, y volvió á quedar vacante el trono de la España goda, teñido otra vez con sangre. Morir de tercianas en aquella época, era como obtener ahora el premio gordo de la lotería.

Tomó las riendas Atanagildo, que fué modesto, prudente y hábil. En su tiempo la corte, que andaba de ceca en meca por esos andurriales de Dios, quedó definitivamente constituída en Toledo, y este suceso es el más importante de aquel reinado.

Porque las atrocidades á que dió lugar el matrimonio de Brunequilda con un rey de los francos se dejan á los historiadores de las Galias, si los hubiere.

Cuando falleció Atanagildo, los nobles estuvieron más de cinco meses sin elegir sucesor, pues, sin duda porque acostumbrados al medio expeditivo de la daga, no se amañaban para nombrar un rey por procedimientos pacíficos.

Fuélo al fin Liuva, que reinaba en la Galia Narbonense y que, muy hombre de su casa, y poco dado á otras ocupaciones que no fueran la de construir jaulas para loros, coleccionar estampas de las cajas de cerillas y otras de este jaez, renunció generosamente en favor de Leovigildo todo el reino de España, quedándose él con lo poco que á los godos restaba en las Galias.

De este modo se constituyó definitivamente la nación goda en los límites justos y cabales en que ahora se encierra la península ibérica, y que mil años duren.

### **Leovigildo y Recaredo.**

Sepan ustedes que es un poco difícil tomar á broma los grandes y memorables hechos de este par de reyes. Aunque haga un extracto de su historia burla burlando, ustedes han de ver cómo entre las *chirigotas*, según ahora se dice, salta á cada paso la grandeza de los caracteres y de los sucesos.

Leovigildo empezó su carrera, una carrera más brillante que la de perito agrónomo, como se demostrará luego, emprendiéndola á linternazo lim-

pio con los imperiales que había dejado desembarcar Atanagildo en las costas de Levante, y que eran de suyo gente levantisca y poco dúctil. Los acorraló todo lo que pudo, y no los reembarcó como hubiera sido su deseo porque le pasó lo que en momentos difíciles ocurre al Ministro de Marina: se encontró con la novedad de que no la tenía.

Tuvo también que bregar de firme con los cántabros, raza indómita entonces, y ahora y siempre, que se las había tenido tiesas á los cartagineses y á los romanos y no quería hacer excepción alguna en favor de los godos.

Los suevos, aquellos suevos de que al parecer no quedaba ni rastro, volvieron á sacar en este preciso momento la cabeza, no se sabe de dónde, y uniéndose á los cántabros para acoquinar á Leovigildo, estuvieron á dos dedos de dar al traste con la unidad nacional, recién cimentada.

Pero el rey era de una pieza. Tajo por aquí, mandoble por allá, como el personaje alegórico del *Certamen*, apeló al sistema del terror y empezó á cortar cabezas á diestro y siniestro, y tanto gusto tomó al procedimiento, que ya no perdió la afición en su larga vida.

Esta afición maldita fué la que produjo el drama familiar más tremendo que han presenciado los siglos.

Véase cómo.

Leovigildo tuvo dos hijos, Hermenegildo y Recaredo, ambos de su matrimonio con Teodosia, que era católica, y que murió desgraciadamente con la mayor inoportunidad del mundo, puesto que dió lugar á que el viudo se casara con otra viuda, la señora Gosvinda, que era furiosamente arriana. De estas diferencias de religión de las dos mujeres de Leovigildo, aunque parezca mentira, *arrancó*

el nudo del drama que se cortó de un modo horripilante.

Casóse Hermenegildo con Ingunda, hija de un rey franco, y por consiguiente católica á machamartillo, detalle que no podía ver con buenos ojos la madrastra, que á poco de realizado el matrimonio, empezó á usar con la nuera todo género de recursos para hacerla cambiar de opinión. Agotadas las súplicas y los halagos, apeló á los razonamientos contundentes propios de la época, y que consistían en hacer cardenales, tirar del pelo, morder las orejas, etc., etc.

Pero los católicos de entonces no eran *de pan pringao* como los de ahora, y la desgraciada princesa resistió aquellos tormentos con una entereza que ya hubiera querido Silvela para tratar con los catalanistas.

Hermenegildo, indignado acaso por los malos tratos que recibía su mujer, y admirado de la resignación con que los soportaba, se convirtió á la religión católica, que había sido la de su madre. Indignación de la madrastra y rabia profunda del padre. España, que profesaba la doctrina verdadera en secreto, se colocó resueltamente al lado del príncipe, con lo cual acabaron de hinchársele las narices al rey y la tomó por la tremenda.

Un verdadero ejército se reunió en torno de Hermenegildo; pero otro ejército más aguerrido y numeroso reunió Leovigildo en un santiamén, marchó contra su hijo con el firme propósito de castigarle de tal modo, que sirviera de ejemplo á las generaciones subsiguientes.

Asusta aquel rasgo de barbarie. Vencidos los católicos y prisionero Hermenegildo, fué encerrado en un calabozo cargado de cadenas.

Allí intentó el padre hacerle abjurar de su reli-

gión, y envió para que le exhortase á un obispo arriano. Pero el príncipe no había de ser menos que su esposa, y despidió al emisario con cajas destempladas.

Iracundo entonces el rey, sin acordarse de que era su propia sangre la que vertía, ordenó imperterritito el sacrificio. Y la cabeza del mártir cayó bajo el hacha del verdugo...

Los remordimientos de la brutal hazaña, se tradujeron en un recrudescimiento de crueldad contra todo el mundo. Cárceles, suplicios, todo le parecía poco al viejo rey para extirpar el catolicismo y hacer triunfar la herejía... Pero como ocurre siempre en semejantes casos, el resultado fué contraproducente, y cuando cargado de años y de laureles, vencedor de los francos, de los suevos y de los imperiales, murió este gran guerrero y temible fanático, la religión católica regada con la sangre se extendía por todos los ámbitos de la Península...

Y ustedes perdonen estos parrafitos en serio; pero no hay otro modo de contar sucesos de tal magnitud y transcendencia, y no es cosa de ponerse á hacer chistecitos acerca del martirio de un santo.

En estas y las otras, hete que subió al trono Recaredo, el segundo hijo de Leovigildo, que era tan católico como su hermano, pero que tuvo la habilidad de disimularlo mientras vivió el padre para no dar á éste el disgusto de quedarse sin herederos.

Pero en cuanto se vió huérfano y comprendió que la gran masa de la nación no tomaría á mal el cambio religioso, abjuró solemnemente el arrianismo y suplicó á todos sus súbditos que le imitasen.

Salió bien la prueba, y desde entonces es católica España; lo cual no ha tenido más que una contra: que algunos devotos, dueños de estableci-

mientos de bebidas, hayan llegado á exagerar sus creencias, hasta el punto de bautizar los licores que han debido permanecer herejes.

Aunque no hubiera hecho otra cosa Recaredo, me parece que bastaría para que su nombre fuera digno de estamparse en letras de molde, *máxime más* cuando este honor se ha concedido mucho después á *mosen* Morgades, que ha hecho gemir á las prensas más de la cuenta y con más infundado motivo. Pero no hizo Recaredo eso solamente. Después de establecer la unidad religiosa, para lo cual se necesitan agallas, afianzó la unidad política más de lo que estaba al fallecimiento de su señor padre é intentó con buen éxito la unificación legislativa. Como aquí quedaban rastros de todas las dominaciones anteriores, que no habían sido pocas, cada región tenía su Código para andar por casa, y resultaban unos líos de mil diablos.

Poquito á poco, para no chocar con las costumbres, fué dictando leyes comunes á todos los pueblos *de su mando*, y así, insensiblemente, fué implantándose la reforma, que hubiera llegado á concluir con el galimatías, así civil como eclesiástico, si la parca fiera no hubiera cortado el hilo de la existencia de este gran rey, que merecía un par de estatuas, además de la de piedra que le hicieron para adornar una cornisa del regio alcázar, y que á estas horas ya no tiene narices.

Me parece que hay alguna diferencia entre el paletó de Fernando VII y la simpática figura del primer rey católico de nuestra patria. Pues, sin embargo, todo el mundo se acuerda del paletó de D. Fernando, y nadie se acuerda de Recaredo. Ni yo le hubiera tomado en mientes á no ser por este compromiso de hablar en cómico de lo que se debe tratar con el sombrero en la mano.

### **Media docena de reyes.**

Cría cuervos y te sacarán los ojos.

Recaredo, magnánimo de corazón y poco rencoroso, perdonó á los conspiradores que habían intentado darle malos ratos, y su hijo y heredero Liuva (Liuva II, como ustedes comprenderán si cuentan por los dedos), fué víctima propiciatoria de semejante dulzura de carácter. Porque á los dos años de subir al trono, cuando no se podía saber todavía lo que iba á dar de sí, se le sublevó Viterico al frente de un ejército cuya dirección le había encomendado el rey para combatir á los imperiales.

Este Viterico, precursor de Martínez Campos, volvió contra el gobierno constituido las armas que éste le diera para emplearlas contra el enemigo, y sin acordarse de que el padre le había perdonado la picardía de conspirar contra él, derrotó al hijo y le hizo cortar la mano derecha. Inmediatamente, por si trataba de empuñar las riendas del poder con la izquierda, le mandó matar y se quedó tan fresco.

Volvió, pues, á ponerse en boga el sistema favorito de los godos para la sustitución de los monarcas, y el regicida fué rey. Pero en estas cosas no hay nada peor que sentar el precedente, y como sin duda es gótico el refrán de que "el que á hierro mata á hierro muere", se repitió la sangrienta escena que ya se había ofrecido al respetable público en reinados anteriores.

Los oficiales de Viterico le invitaron á un mo-

desto banquete y le trincharon á los postres. El pueblo bajo, que sentía en sus adentros una indignación sorda contra el asesino del hijo de Recaredo, cogió por su cuenta el cadáver, y después de arrastrarle por las calles de Toledo con gran algarazara, le enterró fuera de puertas para que el desprecio fuera mayor.

Los nobles eligieron entonces á Gundemaro, que peleó con los vascos y los imperiales y tuvo la suerte de vencerlos, aunque no definitivamente, como se verá más adelante. Y como si esta fuera su única misión sobre la tierra, falleció de muerte natural á los dos años justos de haber subido al trono.

Y hete que entra en escena Sisebuto, bajo cuya dominación ocurrieron muchas y grandes cosas, á pesar de su prosaico nombre de característico de juguete cómico en un acto.

Empezó nuestro hombre por sujetar á los indómitos astures, que mal avenidos con todo lo que olierá á yugo extraño, no habían podido acostumbrarse á los godos, como no se acostumbraron jamás á los romanos; y deseoso de que en toda la Península no hubiera en lo sucesivo rencillas, ni dimes y diretes, cayó sobre los imperiales, que ya estaban reducidos á las playas de los Algarbes, y los deshizo materialmente en descomunal batalla. Por cierto que todos los historiadores se hacen lenguas de los sentimientos humanitarios del rey, que hacía cuidar y curar á los heridos del ejército enemigo con una solicitud que no han comprendido nunca los ingleses en sus campañas civilizadoras.

A pesar de esta gran derrota de los últimos restos del imperio romano, no hubiera conseguido sus propósitos Sisebuto (Don Sisebuto parece que sueña mejor) porque aquella gente no quería soltar

ni á tres tirones el rinconcito que le quedaba, á no haber acudido para librarse de ellos á los sutiles y enrevesados recursos de la diplomacia.

Ha de saberse que ocupaba el solio de Roma el emperador Heraclio, que era una especie de alcalde de Argel en lo de odiar á los judíos, y consintió en firmar las paces á condición de que Sisebuto expulsara de sus dominios á los que crucificaron á Jesús. Accedió con mil amores el rey godo, y lanzó á los cuatro vientos el primer decreto de proscripción que aún tiene eco y aun ecos en la culta Europa.

Dióse á los judíos á escoger entre bautizarse ó ser azotados y expulsados del reino sin otros bienes que los que pudieran llevar encima. Muchos prefirieron expatriarse, pero los que quedaron, recibiendo á regañadientes el agua del bautismo, pasaron las de Caín con las burlas, las humillaciones y las atrocidades de los cristianos viejos.

En este punto no pasan años por nosotros.

Parecidos espectáculos se repiten en la historia, con frecuencia lamentable... y lo que te rondaré, morena.

Pero el caso fué que los imperiales se volvieron á sus Algarbes y que Sisebuto, domeñados cántabros, astures y vascones, reinó con entera tranquilidad de allí en adelante, y murió de repente, según unos porque tomó mayor cantidad de un medicamento de la que convenía para curarse unas calenturas gripales, y según otros envenenado por los judíos.

Obsérvese que ya entonces existía la manía de colgar á los judíos una porción de cosas malas, manía que ha venido á parar en el proceso Dreyfus.

Sucedió á Sisebuto su hijo Recaredo II, de quien no se sabe absolutamente nada más que el nom-

bre, lo cual prueba que en los tres ó cuatro meses que duró su reinado no ocurrió cosa alguna digna de mención. Verdaderamente ¿qué diablos iba á pasar en tan corto espacio de tiempo, si ahora con ferrocarriles, teléfono y cilindros fonográficos, transcurren años enteros sin tropezar con otra cosa que con un par de discursos de Clemenceau y tres ó cuatro artículos de Nido Segalerva?

A la muerte de este rey relámpago fué elegido Suintila, que tuvo que volver á bregar con los indóciles montañeses del norte, empeñados en sostener su carácter á través de los siglos; empeño noble que había de servir años después para que germinara y fructificara la semilla de la reconquista.

Esta vez fueron acorralados en serio y tuvieron que entregar las armas, y por consiguiente no quedaron á Suintila más huéspedes incómodos que los imperiales algarbeños. Contra ellos fué sin más motivo ni pretexto que sus ganas de quedarse solo, y de tal manera batió el cobre, que los últimos restos de las tropas romanas tuvieron que embarcarse para Italia más que á escape.

Limpio de una vez el territorio de la Península, quedó definitivamente apaciguado el reino, y entonces, siguiendo el ejemplo de todos los reyes afortunados habidos y por haber, pensó Suintila que el cetro quedara vinculado en su familia y declaró por sí y ante sí heredero á su hijo, y se arrojó luego en brazos del placer, como cualquier barítono de zarzuela grande rodeado de un coro de caballeros con copas de *champaña*.

Pero seguían los godos mal dispuestos para bromas de esas, y empezaron á conspirar los desocupados. Menudearon los castigos crueles sobre los que se dejaban sorprender en flagrante delito, y

esta energía acabó de llenar el saco de guijas á los súbditos que no se metían en nada.

El gobernador de la Galia gótica, que se llamaba Sisenando (otro nombre de zarzuela chica), púsose al frente de la sublevación, y con el auxilio de Dagoberto, rey de los francos, pasó decididamente los Pirineos y marchó sobre Zaragoza. Acudió Suintila con otro ejército en socorro de la plaza, pero con gran asombro del monarca fraternizaron ambas huestes enemigas y el rey se quedó solo y tuvo que huir á uña de caballo.

El tierno vástago á quien había nombrado heredero se quedó compuesto y sin corona, lo cual enseña que en tiempo y lugar ni rey ni Roque deben adelantarse á los acontecimientos.

### **Otra media docena.**

Don Sisenando fué un pájaro de cuenta.

Comprendió que allí no cortaba nadie el bacalao más que los obispos y se apresuró á reunir en Toledo un Concilio, que fué por sus resoluciones uno de los más importantes, con objeto de pedir perdón por la calaverada de haber destronado á Suintila y de asegurar la pacífica posesión del trono.

Presentóse ante los ilustres prelados de rodillas y con lágrimas en los ojos y les suplicó que se encargaran de arreglar las leyes del país, no sólo eclesiásticas sino civiles. Contentos los Obispos con la sumisión, y aprovechando la ganga que les caía entre las manos, dijeron que sí; que lo que había hecho Sisenando estaba muy bien hecho, y que quedaría excomulgado el que le pagara en la

misma moneda. Es decir, que se aceptaban los hechos consumados, pero que de allí en adelante, sería condenado á las calderas de Pedro Botero todo el que atentara á la vida ó al poder de los reyes. Implícitamente quedó acordada la supremacía de la Iglesia en la cuestión del gobierno del Estado, y, en efecto, los concilios fueron los que hicieron mangas y capirotos en lo sucesivo.

De aquí arranca la preponderancia de la Iglesia en el Estado español, que dura todavía, no sabemos si por ventura nuestra, aunque sí, al parecer, como firme garantía, que Dios nos conserve, de la salvación de nuestras almas.

Poco tiempo gozó Sisenando la tranquila posesión del poder que debía á la influencia de los mitrados, porque á los cinco años entregó su espíritu al Hacedor y fué sustituido por Chintila.

El cual, en vista de lo bien que le había ido á su antecesor al amparo de la Iglesia, se apresuró á convocar otro Concilio para tener el gusto de oír á los sabios pastores que podía estar en el trono muy á gusto y sin cuidado de que atrevidos usurpadores fueran á molestarle, y otro dos años después para demostrar que no podía dar un paso sin los Obispos.

En este segundo Concilio de Chintila se tomó un acuerdo importante, que fué el declarar *inhábiles para ceñirse la corona gótica á todos los tonsurados ó decalvados*; acuerdo que poco después les vino como pedrada en ojo de boticario á varios nobles ambiciosos.

Cuatro años reinó el devoto Chintila, si se puede llamar reinar á ejecutar lo que le mandaban los clérigos altos y bajos, de modo que lo mismo les hubiera dado á los godos tener sentado en el trono un muñeco de paja.

Agradecida la gente de sotana y hábito á lo dócil que había sido el buen hombre, cuando nobles y Obispos se reunieron á su muerte para nombrar el sucesor, se acordaron de su hijo Tulga, pensando, no sin fundamento, que si es verdad que "de tal palo tal astilla", el muchacho había de ser una pura cera como su padre.

Pero tan de cera salió, tan para poco y tan encogido, que la administración pública quedó por los suelos, y surgió como por encanto la funesta hidra del caciquismo, que tanto molesta á Romanones después de haberla regado cuidadosamente. Tan esquilmados y tan hartos del desorden quedaron los pueblos, que aun á riesgo de caer en excomunión se alzaron contra él, capitaneados por Chindasvinto. Este, viendo que gracias á las decisiones del Concilio no había necesidad de apelar al asesinato, ni siquiera á cortar la mano derecha, se concretó á tonsurar al joven Tulga, con lo cual quedó imposibilitado para reinar y tuvo que meterse en un convento.

Era Chindasvinto un anciano respetable, pero con la energía y el vigor de la juventud, y comprendiendo que los dos reyes anteriores habían venido muy á menos por supeditar los negocios civiles á los eclesiásticos y por supeditarse ellos mismos al episcopado, prescindió de él en los primeros momentos, y se dedicó á zurrar á los díscolos y á moralizar la administración á sangre y fuego, que es la única medicina salvadora para los miembros podridos. Afirmada su autoridad, y cuando temblaba todo el mundo en su presencia, convocó el Concilio de costumbre; pero no como siervo apocado y pusilánime, sino como guerrero que trata de igual á igual con los otros poderes, y más que por otra cosa para que el

clero favoreciera su renuncia en favor de su hijo Recesvinto; renuncia que presentó por motivos de salud, dando un ejemplo que han seguido luego muchos gobernadores de provincias.

Tres años vivió después, cayéndose de viejo, y á su muerte quedó solo Recesvinto, que tuvo que batirse desesperadamente con los vascos, que volvieron á la carga capitaneados por un tal Trola, y cayeron sobre Zaragoza como un torrente.

Tuvo suerte el godo, los venció é hizo prisionero al jefe, á quien por un rasgo de bondad no cortó la cabeza. Lo más interesante del reinado de Recesvinto fué la ley, promulgada previa consulta al Concilio, permitiendo los matrimonios entre las dos razas de godos y romanos y ordenando que todos se rigieran por el mismo código y hablasen la misma lengua.

Este monarca murió en una aldea cercana á Valladolid, donde se encontraba tomando aires (frescos de seguro, porque me río yo de los aires de Valladolid), á los veintitrés años de reinado; y como en uno de los Concilios anteriores se había mandado que no fuera válida la elección de príncipe alguno que no fuese hecha en el mismo lugar en que muriese su antecesor, ¡mire usted por donde el pequeño pueblo de Gérticos se encontró, cuando menos lo pensaba, con una baraúnda de Obispos, nobles y guerreros, que se veían y se deseaban para encontrar alojamiento!

Sin duda la apacible calma de los pelados campos y la dulce bondad de los míseros labradores que albergaban, es de suponer que gratis y á mucha honra, á tan encumbrados personajes, influyeron en el ánimo de los electores para dejarse de recomendaciones y de cábalas y votar por unanimidad al modestísimo y honrado Wamba, persona

de acrisolada virtud y de ejemplares costumbres.

Recibió la noticia con profundo asombro el agraciado, y tan bueno y tan santo era, que se empeñó en no aceptar el cargo por creer que no tenía condiciones para desempeñarle. ¡Primero y único ejemplo de humildad que debieran imitar los que se calzan empleos de ocho y diez mil reales y escriben el verbo haber sin hache y mueren vírgenes de las cuatro reglas!

Ni ruegos, ni súplicas, ni consideraciones, lograban que el elegido apechugara con la corona, y á tal extremo llevaba su digna testarudez en este punto, que no le contaríamos en la lista de reyes si un noble, más bruto que los demás, no se le hubiera puesto delante con la espada en la mano, diciéndole:

—O aceptas ó te pincho.

Ante tan poderosa razón, Wamba cedió por fin y empuñó el cetro entre las delirantes aclamaciones de la multitud, que esperaba de él montes y morenas.

No quedaron defraudadas las esperanzas de todos. El rey fué el mejor rey que ha tenido España, dicho sea sin intención de molestar á Felipe II. ¡Ah, si Grilo hubiera alcanzado aquellos tiempos, qué rotundos sonetos hubiera podido hacer en loor del ilustre y magnífico monarca!

Volvió á sujetar á los vascos, que continuaban haciendo de las suyas; infiltró en la sangre de los godos decadentes el espíritu guerrero, que les iba faltando; entró como una tromba por la Galia Gótica donde se le había sublevado su general Paulo, que se había hecho elegir rey en Narbona por una colección de próceres y obispos que ni escogida con un candil de cuatro mecheros, y después de muchas y sangrientas batallas en que obtuvo vic-

torias y se coronó de laurel, entró en Nimes, agarró al falso rey y á sus satélites y se los trajo á Toledo en una carreta, vestidos de mamarrachos para escarmiento de desvergonzados y traidores.

Afianzada la paz en sus dominios, se dedicó á administrar justicia con tal bondad y criterio tan sano, que el reino visigodo no disfrutó jamás un período de parecido florecimiento y de tan envidiable bienandanza.

Por si esto fuera poco, los sarracenos intentaron un desembarco en las costas del Mediodía; pero Wamba, que por lo visto estaba en todo, organizó de prisa y corriendo una flota, embarcó en ella un buen golpe de soldados y desbarató al enemigo, echándole á pique muchos barcos y trayéndose á casa algunos.

Parece mentira que un rey de este temple, tan amado de sus súbditos y tan respetado en todas partes, tuviera quien deseara suplantarle. Pues así fué sin embargo.

Un conde palatino, llamado Ervigio, favorito de Wamba y granuja de la peor especie, le administró un narcótico que le produjo un sueño muy profundo, y aprovechándose de él y con ayuda de otros pícaros que le ayudaron en el maquiavélico enjuague, tonsuró al rey y le vistió el sayal de la penitencia.

Cuando la víctima de tan repugnante intriga despertó y vió cómo le habían puesto, en vez de incomodarse y cortar la nuez al traidor, que es lo que hubiera hecho otro en su lugar, aceptó el sacrificio que las leyes le imponían, y renunciando la corona se fué al monasterio de Pampliega, dando al mundo otro ejemplo de desinterés y abnegación, que nunca más tuvo imitadores, y llevando su magnanimidad hasta el extremo de recomendar

al propio Ervigio para el trono que dejaba vacante.

¡Alma tan grande no puede menos de estar á estas fechas en el cielo, entre los ángeles y querubines que tocan las arpas!

### **El acabóse.**

Con Wamba puede decirse que se vino abajo el reino de los godos.

Ervigio no hizo otra cosa que reunir Concilios para explicar su conducta pasada y presente, y pasó una vida de perros atormentado por los remordimientos. Todo se le volvía sobresalto y zozobra, temblando á cada paso por el temor de que el pueblo sacara del claustro al recluso de Pampliega, que vivía en paz lejos de las pompas y honores; y con estos temores y esta indecisión, dejó que el edificio levantado por la energía de su antecesor se cuarteara, que los caciques volvieran á esquilmar á los pueblos y que se desmoralizase todo, hasta los curas, que andaban revueltos con las cuestiones del matrimonio y del amancebamiento eclesiástico y no se acordaban de enseñar el verdadero camino de la gloria á los fieles.

Tras él fué Egica, yerno suyo y pariente de Wamba, que siguió la peligrosa senda emprendida y se dejó dominar por la fiebre de los Concilios; y vino á parar, por último, el poder á manos de Witiza, hijo del anterior y el hombre más discutido de cuantos han ceñido corona.

Le pintan los historiadores, la mayoría, como un pillo de la peor especie, depravado, sensual, cí-

nico, sin pizca de decoro ni de vergüenza. Le cuelgan unos cuantos crímenes y le achacan una porción de horrores.

Que permitió la vuelta á España de los judíos, declarando libre la religión; que la emprendió con los obispos, sin hacer maldito el caso de Concilios y anatemas, y que hasta se atrevió á amenazar al papa, que le reprendía tales excesos; que mandó derribar las murallas de muchas ciudades y que mandó fundir las armas de guerra para convertirlas en instrumentos de labranza.

Dicen que á sus dilapidaciones y á su relajación de costumbres se debió el aniquilamiento de los godos, que por eso fueron derrotados con tan increíble facilidad por los árabes, y dicen...

Pero todo eso que se murmura en esos mamotretos roídos por los ratones de las bibliotecas, ¿no podrá ser motivo de alabanza en vez de vituperio?

Porque lo de inclinar al pueblo á las labores de la paz y á cultivar los campos, apartándole de las aficiones guerreras, cosas son que revelan un espíritu superior y que se adelantó á su época. Al cabo de los siglos, ese mismo programa es el de todos los pensadores insignes. ¡Con que atenedes cabos!

Tan escasos datos auténticos han quedado acerca del reinado de Witiza, que no sabe uno á qué carta quedarse respecto á su modo de proceder ni siquiera á su destronamiento. Sólo consta que cayó por una revolución, que ahora llamaríamos *retrograda*, y que subió al trono Rodrigo, en cuyas manos estaba de Dios que había de deshacerse, como la sal en el agua, la dominación goda.

Cumplióse la ley de que se hizo mención en el *Prólogo*; los bárbaros vencedores, en cuanto se vieron en plena y pacífica posesión del territorio

invadido, diéronse á las juergas y á la molicie; fueron cosas corrientes la desmoralización, el concubinato y las borracheras, y degenerada la raza, los guerreros se hicieron frailes y los frailes se hicieron malas personas.

Aquello era el delirio del afeminamiento y del desbarajuste.

Sólo así se explica que en un solo día se derrumbara un imperio de tres siglos, y que vencidos los godos en una sola batalla, otra raza nueva tomara posesión de sus dominios sin obstáculo de ninguna clase.

Es el único caso que se ha dado en la historia de que una nación muera como puede morir un individuo: de apoplejía fulminante.

Y ¿cómo fué ello?

Pues según cuentan las crónicas, porque el rey Rodrigo vió un día á la hermosa Florinda salir del baño, y se le pasó por las mientes una idea endiablada... que se le hubiera pasado á cualquiera en caso semejante. Apeló á todos los recursos imaginables para llevarla á la práctica, y estrellándose las súplicas amantes, las miradas lánguidas, los suspiros entrecortados y los ruegos mimosos en la extraordinaria, inquebrantable é incomprensible virtud de la doncella, al galán se le ocurrió la idea diabólica de conseguir por la fuerza lo que estaba visto que no podía lograr de otro modo. ¿Cómo ocurrió el lance? No se ha podido saber á ciencia cierta; y es sensible este olvido de los historiadores, porque con los detalles hubieran podido componerse algunos poemas verdes, de los que en los cafés se venden *sotto voce* para solaz é instrucción de los estudiantes libidinosos y de los viejos con ilusiones tardías...

Lo probable es que la desdichada aventura, que

ocasionó la caída de la dinastía visigoda, se verificara con la mayor sencillez y la mayor brutalidad del mundo. Ni más ni menos que las que en todos los tiempos han producido la desgracia de una porción de mujeres... y la desesperación de bastantes muchachos atrevidos é impetuosos.

Rodrigo en su cámara; Florinda entrando inadvertidamente, ó viceversa; la chica en su camarín, y el rey que entra de visita, porque pasaba por allí sin saber dónde matar el tiempo. Un momento de ceguedad y de osadía del mancebo, que tranca las puertas, y un instante de angustia de la joven, que chilla desesperadamente pidiendo un socorro que no ha de llegar, porque la servidumbre está advertida de antemano, y luego...

Pero ¡ay! que aquel gustazo le costó al rey buen trancazo. Porque dió la casualidad de que la ofendida dama era hija del conde D. Julián, gobernador de Ceuta, y el conde tenía fama de malas pulgas en achaques de honra.

Cuando recibió una carta de su hija relatándole el suceso, el gobernador se mordió los puños y se mesó los cabellos, como todos los padres deshonorados de todos los melodramas, y ante la imposibilidad de castigar personalmente al monarca enviándole los padrinos, púsose á meditar una venganza cruel, salvaje, épica... tan sangrienta y tan grande como no la habían presenciado los siglos.

La ocasión era que ni pintada. Los árabes, vencedores de cien pueblos, acechaban *con ansia loca*, desde el otro lado del Estrecho, el momento oportuno de arrojarse sobre los fértiles jardines de Andalucía.

¿Que cómo y por qué sabían que eran fértiles? ¡Ahí está el toque! ¡No hay enemigo pequeño! Como dice el adagio, y los judíos, aquellos judíos

expulsados en mal hora por las decisiones de los Concilios, comprendiendo que ellos, por sí y ante sí, no podían tener jamás bastante fuerza para castigar á los expoliadores, se dedicaron, con una paciencia digna de mejor causa, á azuzar y pinchar á los devotos de Mahoma, con una intención de los demonios, describiendo el territorio de España como una imagen del paraíso, con unos árboles frutales que metían miedo y unas mujeres hermosas que estaban diciendo "¡comedme!" y unos hombres afeminados y enclenques que no podían resistir un mal papirotazo.

Añádase á esto que la familia del destronado Witiza, mal avenida con no disfrutar de las dulzuras del presupuesto, y deseando empuñar de nuevo las riendas para romper con ellas las narices á los usurpadores, mandaba á los sarracenos emisarios y más emisarios con halagadoras promesas, á cambio de su auxilio, y se comprenderá fácilmente que cayeron en terreno abonado las excitaciones del conde D. Julián, que les juraba y perjuraba que la empresa no podía ser más fácil por el aniquilamiento moral á que habían llegado los godos.

Las huestes del Korán, como las han llamado algunos años después los poetas de fibra que han necesitado consonantes en *an*, se decidieron por fin á intentar la prueba.

Desembarcó el jefe Tarik cerca de Algeciras con unos cuantos hombres á guía de exploración arriesgada; tuvo la suerte de quemar unos cuantos pueblos sin que se le opusiera nadie y de pasar á cuchillo unos cuantos infelices ribereños, que no sabían de dónde les venía el golpe, y se volvió tranquilamente á Tánger cargado de botín y contando maravillas.

Como era de esperar y de temer, se entusiasmaron de gusto con el relato las feroces hordas de musulmanes, que comprendieron que había caído pieza, y todos, chicos y grandes, quisieron ver en seguida por sus propios ojos aquellos inestimables tesoros que con tal desprendimiento se les brindaban.

Viéronse llenas día y noche las oficinas de los banderines de enganche; las calles de las ciudades del litoral africano estaban á todas horas llenas de voluntarios que pedían barcos y armas para venir á hacer picadillo á los godos, y en cuanto todo estuvo dispuesto por aquella simplicísima administración militar, que no se paraba en pelillos ni en expedientes, se verificó la expedición grande, la definitiva, desembarcando en las costas de España, indefensas entonces, como ahora, una multitud ebria de sangre.

Salió apresuradamente al encuentro de los audaces invasores Teodomiro, que trató de darles el alto con unos mil quinientos jinetes. Pero ¿qué era aquello para los bárbaros, que estaban decididos á quedarse con lo que pudieran? Un merengue pequeño en manos de un niño grande. Los musulmanes se merendaron en un abrir y cerrar de ojos aquellos modestísimos entremeses que se les ofrecían; los mil quinientos soldados y las mil quinientas caballerías desaparecieron en las insaciables fauces del monstruo.

Los vencedores, barrido aquel insignificante obstáculo, se *derramaron* por doquiera, avanzando como un ciclón, emborrachándose con manzanilla legítima, aun á riesgo de disgustar al profeta, y atracándose de naranjas.

Comprendió el rey entonces ¡á buena hora, mangas verdes! que aquello iba de veras y se decidió

á echar toda la carne en el asador para contener el alud que se le venía encima.

Apeló al patriotismo de los obispos y de los nobles; envió gente á los pueblos á enganchar, de grado ó por fuerza, los mozos útiles para el servicio, y así, de prisa y corriendo, y por consiguiente de mala manera, pudo reunir un ejército de cien mil soldados; ¡pero qué soldados! Bisoños y enervados por los placeres; importándoseles un cuerno los sagrados intereses de la patria, y mandados por un rey cazador de doncellas, iban á hacer un pan como unas hostias luchando con un enemigo cuatro veces menor, que hubieran podido desbaratar en un santiamén si les hubiera quedado rastro del vigor de otros tiempos.

Tarik, entretanto, precursor en esto de Hernán Cortés, había tenido la precaución de quemar las naves para que sus contrarios comprendieran que venía decidido á todo y para que sus huestes supieran que en caso de derrota no podrían repasar el Estrecho y que no les quedaba otro recurso que morir como cerdos viles ó cargar con el santo y la limosna.

Encontráronse la cruz y la media luna á orillas del Guadalete.

Iban los dos ejércitos á jugarse á una carta el porvenir de sus naciones respectivas y tal vez el del mundo. ¡Momento supremo de expectación y de ansiedad, comparable sólo á los que se sienten al pie de las urnas cuando está para salir ó para no salir un concejal adicto!

El choque fué tremendo. Los árabes, en la disyuntiva de comerse crudos á los enemigos y volar vestidos y calzados al paraíso de Mahoma, repleto de huríes, apretaban de firme; los godos, que veían detrás de ellos sus casas, sus familias, sus

tierras y sus ahorros expuestos á ser botín de los invasores se defendían como gato panza arriba y no daban paz á las manos.

Dos días ¡días terribles! duró la batalla. Los combatientes, ebrios de furor, no descansaban ni para tomar un bocadillo, así es que el que más y el que menos no podía tenerse de pie. Si D. Rodrigo hubiera tenido la precaución de dejar un cuerpo de tropas de refresco, como cualquier táctico de café sabe ahora que debe hacerse, el éxito se hubiera decidido á su favor necesariamente...

Echaban chispas las espadas godas al encontrarse con los alfanjes agarenos, y todo el mundo sacaba fuerzas de flaqueza. Al tercer día estaban á punto de volver grupas los invasores, con lo cual á estas horas no tendríamos la Alhambra ni el palacio de Sevilla, si al obispo don Oppas y á los señores hijos de Witiza no se les hubiera ocurrido ponerse de parte de Tarik, queriendo castigar con su traición al usurpador del trono.

¡Buena la hicieron los infelices, creyendo que todo se iba á reducir á un cambio de dinastía!

Con esta defección entró el pánico en las tropas de Rodrigo, la victoria se decidió por los árabes y la matanza de godos fué espantosa. Por casualidad quedaron unas cuantas docenas para contarle. Del rey no se ha vuelto á saber nada: unos dicen que se ahogó en el Guadalete, que estaba rojo con sangre; otros, que murió atravesado por la lanza del propio Tarik, y otros que pudo huir y que murió algunos años después en Portugal.

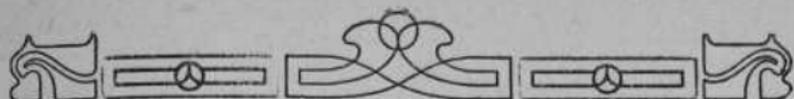
Tampoco de la simpática Florinda, á quien los sarracenos llamaron la *Cava*, que en su lengua quiere decir *mujer de vida alegre*, se han vuelto á tener noticias... Pero no hay duda de que al saber el desastre debió de pasar un buen rato.

Desde aquel punto y hora los mahometanos fueron dueños de toda España, sin hallar la menor resistencia en ninguna parte, hasta que el gran Pelayo...

Pero el interesante relato de la epopeya de la reconquista, la brega de ochocientos años para recuperar lo que se perdió en un día, es tarea dura y difícil, que queda encomendada á mejor tajada péñola.







## PARTE CUARTA

---

### LA INVASIÓN DE LOS ÁRABES Y EL EMIRATO

POR

**Tomás Luceño.**

---

#### **Después de la batalla del Guadalete.**

Ea. Ya tenemos á toda la Arabia dispuesta á trasladarse á nuestra Península, *en virtud* de la derrota sufrida en el Guadalete por D. Rodrigo, seductor de la Cava, ignorándose, hasta ahora, si fué la *Cava baja* ó la *Cava alta* la responsable de aquel sangriento suceso *pernicioso* para las armas *góticas*.

La fama de Tarik, vencedor del Guadalete, corría por Africa de boca en boca. En los cafés, en los teatros, en los frontones, en casa del Roghí, en fin, en todos los círculos de las poblaciones principales, no se oían más que elogios para el caudillo valeroso que, viendo á España resistirse á morir, la echó la medialuna para dominarla después á su capricho y á su antojo.

Picóle á Muza la envidia de las glorias de su lugarteniente, y temiendo que acabara de eclipsar la suya, resolvió él mismo pasar á España, para lo cual se mandó hacer un terno de lana con azúcar, es decir, de lana dulce.

¿Y qué dirán ustedes que se le ocurrió al moro Muza? Pues lo que hacen muchos colaboradores en las obras dramáticas: propalar muy seriamente que ellos lo han hecho todo y que el compañero es un adoquín. Por eso al comunicar al califa el triunfo del Guadalete, calló el nombre del vencedor, como si quisiera atribuirse á sí mismo el mérito de la venturosa jornada.

Y es lo que yo me digo: pero, señor mío, venga usted acá, ¿cómo quería usted echárselas de vencedor en el Guadalete, si cuando se estaba librando el combate se encontraba usted en Africa? Ahora comprendo la copla que cantaban los chicos en Madrid cuando salían de las aulas del Fomento de las Artes:

Dice Muza que ha vencido,  
y quien venció fué Tarik...  
¡Vaya un salero que tiene;  
si Muza no estuvo allí!

Muza dió orden á Tarik para que suspendiera todo movimiento, hasta que llegara él con sus tropas; pero Tarik, que sabía dónde le apretaba la babucha, reunió Consejo de generales y en él se acordó seguir adelante con los faroles, amén de haber dispuesto sobre todo y antes que todo, ascenderse ellos mismos y otorgarse sendas cruces de Isabel la Católica y del Mérito Militar. También determinaron obsequiar á sus tropas con un rancho extraordinario, que consistió en un arroz á la va-

lenciana, una tacita de café para cada veinte soldados y un cigarro habano para cada siete.

Tarik, después del banquete soldadesco, ordenó sus haces para la campaña, nombró caudillos, otorgó premios y arengó á sus gentes, encargándolas que no ofendiesen en los pueblos á los vecinos pacíficos y desarmados, que respetaran los ritos y costumbres de los vencidos y que sólo hostilizasen á los enemigos que se presentasen armados.

Dividió el ejército en tres cuerpos: el primero, bajo la dirección de Mugeiz el *Rumí*, fué enviado á Córdoba. El segundo, al mando de Zaide ben Kesadí, sobrino del general Echagüe, á Málaga. Y el tercero, guiado por el propio Tarik, partió por Jaén á Tolaitola, que así llamaban ellos la ciudad de Toledo.

Muza dejó en Africa de Gobernador á su hijo Abdelaziz, niño de tres meses de edad y en qu'en tenía depositada toda su confianza, y se vino á España por Algeciras, en cuyo puerto desembarcó, con otros dos hijos menores que el nombrado Abdelaziz, en la luna de Regeb del año 712.

Traía Muza diez mil caballos instruídos en todos los idiomas, ocho mil infantes con sus correspondientes amas de cría y varios árabes ilustres, cuyo propósito, al venir á España, no era otro que el de conocer personalmente á Loreto Prado y á Chicote.

Al desembarcar el eminente hombre de Estado á que nos referimos, supo con indignación que Tarik proseguía la conquista, y exclamó:

—¿Sí?... ¡Ya te has *kaido!*... En cuanto halle una ocasión oportuna juro que he de perderte. Esparciré la calumnia por todo el globo, y si, á mano viene, diré que eres cómplice en el crimen de la calle de Tudescos.

Tarik y sus huestes tomaron sin grandes difi-

cultades á Ecija, con sus siete niños y todo. Se posesionaron después de Málaga y Elvira. El segundo cuerpo acampó delante de Córdoba, é intimó la rendición bajo condiciones suaves, como las de tocar las castañuelas todas las señoritas de la capital cuando entrara el ejército sarraceno, y la de que los jóvenes cordobeses anduvieran en calzoncillos por las calles durante dos semanas.

La verdad es que los musulmanes no abrigaban sentimientos de mala índole.

Al principio, los vecinos de Córdoba se resistieron algún tanto. Pero informado Mugueiz—general de los sitiadores—de la poca gente en armas que encerraba la ciudad, y de que el muro tenía un punto de fácil acceso por la parte del río, dispuso pasar éste en una noche tempestuosa, á la cabeza de mil jinetes que llevaban á la grupa otros tantos peones, todos con sus correspondientes vejigas para no ahogarse en el caso de que cayeran al agua.

El pastor que les servía de guía los condujo al lugar de la muralla. Valiéndose del turbante desplegado de Mugueiz, asaltaron el muro, y cuando ya hubo sobre el adarve el número suficiente, degollaron á los centinelas—no sin pedirles permiso para ello,—abrieron la puerta inmediata y entraron todos en la ciudad, derramando en ella el terror con sus gritos y alaridos. El Gobernador y unos cuatrocientos hombres se refugiaron en un baúl mundo; el vencedor mandó prenderle fuego, y acto seguido dispuso que se dijera una misa por el alma de los achicharrados. Lo de las castañuelas y lo de los calzoncillos ocurrió al día siguiente, con lo cual se templaron los terroríficos planes que los invasores concibieron.

Dueño el *Rumí* de la plaza, confió una parte de

su guarnición á los israelitas, que formaron un regimiento, titulándole de Bailén, *en recuerdo* de la batalla que habían de ganar los españoles á los franceses doce siglos después; dejó el gobierno de la ciudad á los personajes principales de ellos, entre los cuales se hallaba el distinguido *sportman* Pancha-ampla, y partió al frente de su ejército á recorrer el país, con el fin de introducir en él provechosas y sabias innovaciones, como la ópera española, el juego de bolos, el cinematógrafo, las patatas fritas al vapor y los zurcidos sin conocerse.

Mientras este príncipe de la milicia se enseñoreaba de Córdoba, los dos ejércitos reunidos de Tarik y Zaide avanzaban hacia Toledo, ante cuyos muros descansaron para prepararse á la toma de la imperial ciudad con campana gorda y todo.

### **La conquista de Tolaitola (Toledo) y la de otras poblaciones importantes.**

Aunque la posición de la ciudad la hacía á propósito para la defensa, fuese terror, falta de provisiones, escasez de guarnición ó todo junto, el caso es que los toledanos pidieron capitulación. No tenían ganas de pelear, porque la víspera se habían atracado de albaricoques y se hallaban tan embarazados y ahítos, que no podían dar un paso: las respectivas barrigas de aquellos habitantes se habían inflado con el agua que bebieron después de la fruta, al extremo de que, llegándoles el abdomen hasta la frente, les impedía ver al enemigo. Por consiguiente, Tarik no tuvo necesidad de hacer el más pequeño esfuerzo para apoderarse de la capital goda, en la cual entró como Pedro

por su casa y yo por la mía, que es muy de ustedes.

El caudillo moro se hospedó en el palacio de los monarcas visigodos, amueblado (el palacio, no el caudillo) espléndidamente; esto es, con cuatro catres de tijera, cinco sillas de Vitoria y tres mesas de noche en muy buen uso, procedentes de una prendería de la calle de Pelayo. Deslumbrado ante estas riquezas, recorrió anheloso el palacio, en busca de nuevos tesoros de que apoderarse, y halló, en efecto, veinticinco coronas de oro fino.

Estas veinticinco coronas representaban los veinticinco reyes godos que había habido en España. Era costumbre que cada uno de ellos, después de muerto, dejara por sí mismo depositada en el archivo de Palacio una corona en que escribía su nombre, su edad, los años que había reinado y la salve que cantan los presos al reo que está en capilla.

Muza, que á la sazón contaba ya más años que el andar con los tacones torcidos, se dirigió á Sevilla; no hizo más que guiñarla un ojo, y Sevilla se entregó como débil doncella á los traidores halagos de su galán. Pasó luego á Lusitania; la guiñó el otro ojo, y toda la Lusitania se echó en sus brazos sin resistencia y sin condiciones.

Muza acampó después delante de Mérida.

No teniendo ya otro ojo que guiñarle á Mérida, se contentó con decirle:

—Mérida, ¿tienes la bondad de rendirte, si no te sirve de molestia?

Muza se enfureció ante la negativa de los meridianos, y empeñado el ataque sin buen éxito por parte de Muza, éste llamó urgentemente á su hijo Abdelaziz, que se hallaba en Africa, previniéndole que viniese con cuanta gente de armas pudiese reclutar.

A los tres años se presentó Abdelaziz al mando de dos guardias civiles, un bombero y un músico del Hospicio tocando el saxofón. Con estas tropas de refresco, atacó de nuevo á la ciudad. ¡Pero ni por esas! Los merideños, con sus disparos, daban muerte, por orden alfabético, á los árabes de más graduación, y recogían sus cadáveres para hacer embutidos en competencia con los de Salamanca.

Muza recibió en su tienda de *champagne* á los mensajeros enviados por los de Mérida para tratar de la capitulación, y no pudiendo terminar la redacción de las bases, porque se echaba la noche encima y Muza quería asistir al estreno de *La Pasionaria*, lo dejaron para el otro día.

Este general, tantas veces nombrado, tenía la barba blanca; pero queriendo en la segunda entrevista aparecer más simpático y más joven á los comisionados, discurrió teñírsela de negro para cuando celebraran aquélla.

Por eso á la alborada siguiente, cuando penetraron en la tienda los mensajeros, uno de ellos, deteniéndose ante Muza, le dijo entrecortado y confuso:

—¡Ah! Usted *disimule*; venimos buscando á su papá.

—¡Qué papá ni qué niño muerto! Soy el mismísimo Muza, á quien Alá, ¡que es grande!, en premio de sus virtudes, ha restituído á la más florida juventud.

Eso es histórico, aunque arregladito y mejorado por un servidor de ustedes.

Muza hizo su entrada triunfal en Mérida el 11 de Julio de 712, el día de Alfitra ó de la Pascua.

Y ¿á quién dirán ustedes que se encontró en aquella ciudad heroica? Pues nada menos que á

la Reina Egilona, viuda de D. Rodrigo, refugiada allí después de la batalla de Guadalete.

Tarik, después de haber hecho una excursión por los pueblos de Castilla, volvió á Toledo cargado de ricos despojos, entre ellos la célebre mesa llamada de Salomón, guarnecida de piedras preciosas. Desde allí se fué á Talavera (Medina Talbera) con objeto de recibir al enojado Muza.

Tarik le ofreció las alhajas que llevaba, y Muza, las aceptó, echándolas en un calcetín que al efecto llevaba en la mano.

Se dirigieron juntos á Toledo, por supuesto, de *morros*, porque durante el camino ni Muza le dijo siquiera "por ahí te pudras, Tarik", ni éste "maldita sea tu alma, Muza".

El resultado de todo esto fué que Muza destituyera á Tarik, ordenando que, atado codo con codo, le condujesen al juzgado de guardia, sito en la Casa de Canónigos.

En sustitución del destituido, nombró Muza á Mugueiz el Ramí, literato eximio y revistero de toros en *El Tío Jindama*, periódico entonces de tanta circulación como *El Eco de los vinos y de los aceites* en nuestros días.

Durante este tiempo, el joven Abdelaziz, pacificado que hubo la ciudad de Sevilla, en la que estalló un motín al grito de "¡viva mi niña!" y "¡olé tu madre!", salió hacia la costa del Mediterráneo, defendida por el cristiano Teodomiro, que quiere decir: *te odio, y sin embargo te miro*. (Tanta erudición me está dejando en los huesos, pero mi deber de cronista me impone el sacrificio.)

Este joven á quien acabo de referirme, fué aquel que hizo tantas proezas en la batalla del Guadalete. Pensionado por la Escuela de Música y Declamación de esta corte, quiso dedicarse á la

carrera del teatro; pero tirándole más la carrera de las armas, se alistó como voluntario en los banderines de Don Rodrigo, y, según queda expuesto, luchó en Guadalete con tal aliento y tal bravura, que le fué concedida una cruz pensionada con tres reales cada dos años. Gracias á esta justísima recompensa, vive hoy con holgura y hasta con aseo y elegancia.

### **Un rasgo ingenioso de Teodomiro, y otras cosas de que se informará el pío lector.**

El joven Teodomiro fué proclamado rey de toda la costa del Mediterráneo, naturalmente con un sueldo anual de bastante consideración, y además una paga extraordinaria por Pascuas.

Llevaba Abdelaziz á sus órdenes, para combatir al *godito* ya citado, varios jóvenes entusiastas de las más nobles familias árabes, entre ellos Otman, Edris, Azulfacin y Martínez Campos, recién salido éste de la Academia de Artillería de Segovia.

Noticioso Teodomiro de lo que contra él se tramaba, apostóse con su gente en los desfiladeros de Cazlona y Segura; pero Abdelaziz, que no era manco, combinó tan diestramente sus movimientos, que obligó á los españoles á replegarse á la provincia de Murcia. Teodomiro, viendo que llovía recio, abrió su paraguas y se encerró, con los pocos amigos que le quedaban, en Orihuela, ante cuyos muros se presentó en seguida Abdelaziz, el cual lo primero que hizo fué llamar al sereno, y viendo que éste se negaba á abrir las puertas de la ciudad á menos que el caudillo moro le

exhibiera un volante firmado por el alcalde de barrio, se preparó á echarlas al suelo de una topetada. Cuando se disponía á tomar carrera desde la acera de enfrente, *para que el impulso fuera mayor*, vió salir de la población á un gallardo mancebo, que dirigiéndose á él le dijo:

—En nombre del comercio, de la agricultura, de la industria, de las artes, del ramo de panaderos y demás artífices de Orihuela, vengo á tratar contigo de la paz.

—¿Y quién eres tú, manso cordero, para traer tan altas representaciones?

—Soy *El Sargento Federico*.

—Dispensa: yo, al observar tu femenino aspecto, te había tomado por *Marcela ó á cuál de las tres*. Preséntame tus proposiciones.

—Pedimos, si hemos de entregarnos, que entréis en la ciudad á *gatas* para no despertar á nuestros hijos; que respetéis nuestra religión, nuestras mujeres, nuestras autoridades, nuestras haciendas, nuestras costumbres, nuestros vicios, nuestras virtudes, nuestros caldos...

—Veo que sois parcos en el pedir.

Dicho lo cual, el joven cristiano se dejó caer la careta de cartón que cubría su rostro, y exclamó:

—Ni soy *El Sargento Federico*, ni *Marcela*: soy el mismo Teodomiro en persona, Emperador y jefe del ejército de la ciudad de Orihuela. ¡Para que te rías llevando el cirial!

—Pues he tenido mucho gusto en conocerte. Reconóceme como un verdadero amigo y ya sabes tu casa.

Desde entonces Abdelaziz y Teodomiro fueron amigos, y estuvieron siempre á *partir un piñón*.

Si fuéramos á citar una por una todas las comarcas, aldeas, poblaciones, capitales y provin-

cias conquistadas, sin esfuerzo alguno, por los intrépidos musulmanes, sería cosa de nunca acabar. Contentémonos con dejar consignado que entre Muza, Tarik, Abdelaziz y los chicos más aplicaditos de la Inclusa, se apoderaron de Aragón, Cataluña, Huesca, Lérida, Barcelona, Valencia, Madrid, Zaragoza y Alicante, y una buena parte de la Guindalera.

Muza era cruel con los vencidos, hasta el punto de que les arrancaba los ojos y se los ponía de pavo real.

Tarik, por el contrario, era suave, dulce, cariñoso: les regalaba *caritas de Dios* y merengues de fresa.

Abdelaziz hallábase poseído de la misma perversidad de su padre, agravada por la fuerza de la juventud y el progreso de los tiempos: les cortaba las cabezas y se las colocaba al revés; es decir, con la nariz hacia atrás.

Muza y Tarik andaban constantemente á la greña; cada puntapié y cada bofetada que se daban respectivamente, era un encanto.

Y es natural, todo esto llegó á oídos del Califa de Damasco (que quiere decir *dame-asko*), y les llamó á su real presencia.

Tarik obedeció al momento, alquiló un *simón* por horas y se dirigió á todo escape á la capital del califato.

Muza pretextó que tenía que tomar antes las aguas de Marmolejo, por prescripción facultativa del doctor Calleja; pero comprendió, más tarde, que su obligación era acatar las soberanas órdenes, y tomando el mixto de Andalucía, partió, ligero como el rayo, acompañado de cuatrocientos jóvenes de las principales familias godas para entretenerse por el camino.

Pero Tarik le había ganado por la mano, y llegó antes.

El Califa se hallaba, á la sazón, gravemente enfermo: se le había retirado la baba, y los médicos más célebres dijeron á la familia y á los ministros que aquello no era de cuidado y que en breve pasaría.

Y, en efecto, pasó pronto, ¡porque á los diez minutos entregó su alma al inalterable Alá!

### **Se da cuenta del fin desastroso que tuvieron Muza, Abdelaziz y Egilona.**

A poco de ocurrir todos estos sucesos que tan fielmente hemos trasladado al papel, puede decirse que España quedó por completo sometida á las armas sarracenas. Lo que costó á los poderosos romanos siglos enteros de porfiada lucha, lo hicieron los árabes en menos de dos años, si bien es cierto que no quedó en toda el Africa un musulmán que no consagrara todas sus aptitudes á la guerra. Los ciegos fueron destinados á exploradores del terreno enemigo; los mancos á manejar la piqueta que destruyera los fuertes de los cristianos; los cojos á transmitir rápidamente, de un batallón á otro, las órdenes del General en jefe; los enfermos del estómago, á revolcarse por el campo, haciendo las veces de *escuchas*, y á las moras que se hallaban encintas, á darse de puñetazos en sus vientres, como sacrificio que hacían al Supremo Alá para que concediese á las tropas musulmanas la victoria apetecida. Y por último, los que no tenían ningún género de alifafes, la emprendían á lanzazos con

los godos, tan arduosamente, que hubo árabe que atravesó con su lanza á diez y ocho y pico.

El encargado del gobierno de España fué Abdelaziz, que fijó su residencia en Sevilla, en donde conoció á D. Antonio Vico, al cual tomó verdadero afecto desde una noche en que le vió representar *El Puñal del Godo*.

Abdelaziz organizó la administración, creó un Consejo con el cual compartió la dirección de los negocios de España, é hizo obispos á los soldados que más se habían distinguido en la guerra.

Desde que conoció Abdelaziz á Egilona, la viuda de D. Rodrigo, le vino escarabajando la idea de hacerla el amor por todo lo alto, no pudiendo entonces declarar la su atrevido pensamiento por falta de recursos. Pero una vez en Sevilla, Abdelaziz discurrió de este modo:

—Ya que tengo una posición que me da lo suficiente para pagar un cuarto modesto y mantener una esposa que coma lo preciso para sostenerse en pie, determino casarme, y quiero que mi dulce compañera no sea otra que la viuda del infortunado D. Rodrigo.

Y quedaron unidos sin otra clase de procedimientos.

Egilona era joven y bella, si á mis lectoras no les sirve de molestia.

Y es claro, trató de barrer para dentro; con lo que quiero decir que influyó cerca de su esposo para que tratase con dulzura á los cristianos, y con rigidez y severidad á los musulmanes. Consiguiólo, en efecto, y los maltratados árabes elevaron quejas amargas y repetidas al Califa de Damasco.

Irritado Suleiman, el ocupante del trono, acogió con avidez la acusación, y resolvió deshacerse

de todos, ordenando que se diese muerte á Abdelaziz donde se le hallase, con ó sin bozal.

Dispuso que fuesen ejecutores de esta sentencia los cinco principales caudillos de Damasco, partieron para Sevilla, llegaron, y con el polvo del camino se dispusieron á buscar al joven, cuyo fallecimiento estaba decretado.

Abdelaziz se hallaba con Egilona tomándose unas cañitas en el café del Burrero, cuando penetraron los asalariados asesinos, uno de los cuales se le acercó, fingiendo amabilidad y cortesanía, y le asestó tres puñaladas traperas que dieron con él en el pavimento.

Cerciorados de que Abdelaziz estaba ya frío, cortáronle la cabeza, la metieron en alcanfor, y envolviéndola en un número del *Heraldo de Madrid*, se la llevaron á Damasco, cuyo Califa la recibió dando muestras de satisfacción.

En el momento en que dicha autoridad estaba jugando con ella y tirándola á lo alto y recogiéndola con ambas manos á manera de pelota, entró Muza, padre, como recordarán mis lectores, del joven asesinado.

—¿De quién dirás que es esta cabeza?—le preguntó friamente el Califa ya nombrado.

—¡Guasón!—respondió Muza.—¿De quién ha de ser sino del hijo de mis entrañas? ¡Permita Alá que las tuyas sean comidas y devoradas por un perro rabioso ó por un concejal suspenso!

Y salió del Palacio, partió para Waltichora—cerca de Garrobillas— y allí murió, según unos, de pena, y según otros, á consecuencia de haberse tragado un botón de los calzoncillos.

Los hermanos de Abdelaziz sufrieron igual suerte, ó mejor dicho, la misma desgracia, aunque con menos aparato y ostentación, porque fene-

cieron en los sótanos del Gobierno civil á consecuencia de sendas palizas que les propinaron, por blasfemos, las celosas autoridades de la corte.

De Egilona no ha vuelto á saberse ni una palabra. Algunos aseguran que la han visto en la Puerta del Sol vendiendo décimos, mientras que otros afirman que se dedicó á jugar al *coin* en un billar establecido en la calle de Jardines.

**Que ustedes lo pasen bien, y hasta otro ratito.**

Fallecido Abdelaziz, de muerte natural, porque entre los árabes la muerte natural era el asesinato, se reunieron en consejo los principales caudillos, y nombraron sucesor á Ayub-ben-Habib el Gahmi, primo hermano de Abdelaziz, guerrero experimentado y oficial quinto de la Delegación de Hacienda en Albacete.

Dividió la Península en cuatro grandes partes: Norte, Mediodía, Oriente y Occidente.

Entre Toledo y Zaragoza, y sobre las ruinas de la antigua Babilis, erigió una fortaleza que se llamó *Calat-Ayub*, desde cuyos muros el tenor Munaín, acompañado del coro de ambos sexos de Parish, cantaba todas las noches la célebre copla que, según ya sabemos, dice de este modo:

Si vas á Calat-Ayub  
pregunta por la Dolores,  
que es una chica muy guapa  
y amiga de hacer favores.

Cuando Ayub se iba soltando en el manejo del Gobierno, fué sorprendido por la lectura del de-

creto de su destitución en la *Gaceta*. Ayub era sumamente pundonoroso, y no quiso permanecer más tiempo en el regio Alcázar, retirándose á vivir á una casa de huéspedes de Córdoba—en donde él había fijado la capitalidad del califato—y á ganarse la subsistencia vendiendo polvos para matar toda clase de insectos.

Sucedióle Alhaurben Abderrahman, llamado comúnmente el Horr, por lo violento y duro, pues jamás llegó á sentarse á la mesa sin que sobre los manteles, mezcladas con otros entremeses y como caprichoso adorno, se viesen catorce ó quince cabezas de árabes cortadas el día anterior con el expresado objeto. Al poco tiempo, el Califa le dió desde Damasco tal puntapié en la rabadilla, que le hizo caer de bruces, inhabilitándole para toda función gubernativa.

Desde este punto hasta la reconquista por Pelayo Menéndez, fueron nombrados y á poco tiempo separados del gobierno y administración de España, la mar de emires, al extremo de haberse formado un escrupuloso escalafón de excedentes para ir colocando á los destituidos, á medida que fuesen ocurriendo vacantes.

El que ha dejado una reputación más sólida de hombre de bien y de liberal consecuente, ha sido Abderrahman el Gafeki.

No pueden figurarse mis lectores con qué cariño y con qué dulzura trataba á los súbditos que llevaba á sus órdenes.

“—Soldaditos—les decía la víspera del combate, —siento molestaros con mi deshilvanada palabra; pero los deberes de mi cargo me obligan á distraer vuestra ilustrada atención durante algunos minutos. Yo os ruego que, si no os sirve de incomodidad, luchéis mañana con ardimiento y disciplina.

Alá os contempla desde su trono de zafiros, y por cada enemigo que tengáis la amabilidad de matar, os concederá desde el Paraíso cien mujeres de las más hechiceras, corriendo á cuenta de El su manutención, su vestimenta y lo que cueste la peinadora. Si caéis heridos ó muertos, hacedme el favor de no quejaros con ayes estruendosos, porque de esta manera entristecéis al amigo y alentáis al adversario; entretened el tiempo con la resignación ó haciendo cigarrillos de papel hasta que acuda en vuestro socorro la *Cruz Roja*. Dicho esto, dignaos de dar media vuelta á la izquierda, concededme la merced de poneros el arma sobre el hombro, acceded al ruego que os dirijo de que marchéis al paso redoblado, y contad siempre con la más cariñosa estimación de este vuestro afectísimo amigo que os besa las manos."

Y era natural, aquel ejército mandado tan dulcemente, no cabía en sí de gozo, y para demostrar su gratitud al general, hacía todo lo que le daba la gana.

Y ahí tienen ustedes: por ser hombre de bien y de educación esmerada, fué destituido este pobre señor, que vióse sustituido por Ambiza, el cual, queriendo vengar el desastre que habían tenido los sarracenos en Tolosa, invadió la Galia Gótica, Carcasona, Beziers, Agda, Magdalena, Nimes, Arroyo del Puerco y la Borgoña, saqueando á Antun. (¿Será Atún?)

Ambiza murió en el fragor de la batalla, de resultas de un aire colado, por dejar abierta una de las ventanas del campo en que tenía lugar el combate.

Y en fin, para no cansar, después de haberse encargado, sucesivamente, de los ejércitos árabes otros cuantos emires, unos tontos, otros rapaces,

y muchos llenos de ambición y de aristocrática vanidad, el Califa de Damasco dijo:

—Vaya, vaya, aquí no hay más remedio que, ó llamar nuevamente á Abderrahmancito para que dirija la guerra, ó cerrar el establecimiento por defunción.

Y optó por lo primero.

La fortuna le volvió la espalda en esta época al simpático Abderrahman, y sufrió un descalabro en la expedición que hizo á la Galia.

El general Munuza, aunque militaba bajo sus órdenes, era enemigo suyo, y Abderrahman dispuso deshacerse de él. Munuza llegó á saberlo, y apeló á la fuga con su esposa Lampegía, quien siguió á su marido, llevando tras sí catorce amas de cría (nueve secas y cinco sin secar), con los correspondientes musulmanitos.

Cuando Munuza, rendido por la fatiga y creyéndose libre de sus perseguidores, se detuvo á reposar en un fresco y frondoso valle, junto á un arroyo que murmuraba de todo el mundo, y mientras su esposa, para adormecerle, le hacía cosquillas en la planta de los pies ó le pre'udiaba la canción del *Vagabundo*, se presentó Gedhi, le cortó la cabeza, le tapó el agujero con papel secante, echó á cuestras con Lampegía y las amas, y se presentó á Abderrahman con aquel botín, que fué rifado á real la papeleta entre todos los que componían el ejército ismaelita.

Ensoberbecidos con estas victorias, atacan y toman á Burdeos, en cuya ciudad entran llevando un pendón que en letras gordas dice: "Especialidad en cortar cabezas á domicilio"; se la cortan á un macero del Ayuntamiento, tomándole por el Conde Eudón; comprenden en seguida el error padecido, y le vuelven á poner la cabeza al macero,

dándole toda clase de satisfacciones y presentándole las más respetuosas excusas. Prosiguen su marcha terrorosa hacia el Garona y el Dordoña; arremeten contra el verdadero Eudón, le hacen prisionero, le condenan á cadena perpetua, que aún está cumpliendo en el presidio de Alcalá, y ebrios por tan repetidos triunfos, se presentan delante de Poitier (puerto de mar cerca de Carabanchel Bajo); penetran en un arrabal, le incendian, óyense las campanas tocando á rebato, y corren de un lado para otro los bomberos, gritando desafortadamente:

Cuatro con la grande,  
con la chica tres...  
¿Dónde será el fuego?...  
¡¡¡Ya sé dónde es!!!

Ocho días duró la batalla, que fué *sangrientísima*, hasta que, por último, Carlos Martell, hijo de Pepino (y es posible que también de Cebolleta), duque soberano de los franco-austrasios, consiguió introducir al principio el espanto y luego la dispersión en el ejército árabe, cuyo jefe, el malogrado Abderrahman, cae del caballo atravesado de infinitas lanzas y exhalando primero el penúltimo suspiro, y acto seguido el último, no sin pronunciar en su agonía estas sentidas y elocuentes frases: "¡Pobre D. Tomás, qué pena va á tener cuando sepa mi desastrosa y prematura muerte!"

Y así fué, mi querido lector. La derrota de los sarracenos en Poitier ocurrió el año 731 y desde entonces padezco de hipocondría.

Doy, pues, mi misión por terminada.

Mas antes permitidme que exclame, por vez postrera, besando el suelo, después de haberme dejado las babuchas á la puerta de la mezquita:

—¡Alá es grande, y sólo El magnánimo y generoso!





## PARTE QUINTA

---

# LA RECONQUISTA

POR

**Vital Aza.**

---

**El señor Pelayo.**

*Cuando se habla de historia es conveniente  
beber en buena fuente:  
y yo para hablar de esto  
he bebido en La Fuente (Don Modesto).*

Según un historiador, "se conoce en la Historia de España con el nombre de *Reconquista* el lapso de tiempo transcurrido desde la invasión de los árabes, en 711, hasta la expulsión de los mismos en 1492".

Este lapso es un lapsus.

Donde dice 711 debe leerse 711.

Ocurre á veces que un error de imprenta á la mejor historia la revienta.

Estamos, pues, en plena invasión de los sarracenos. Es decir, ahora no lo estamos, afortunadamente; pero para el caso como si lo estuviéramos.

Ya recordarán ustedes lo que le sucedió al tri-

gésimoquinto y último rey de los godos, al desventurado D. Rodrigo.

¡No fué paliza la que le dieron al infeliz!

Su desgracia se conoce en la historia con el nombre de "la rota del Guadalete".

Pero aquello fué más que *rota*: fué *hecha pedazos*.

Podrá ocurrir que no todos mis lectores conozcan al dedillo los detalles de aquella desdichadísima batalla; pero no habrá uno, seguramente, que no haya representado en sus mocedades *El puñal del Godo*.

A ese drama, pues, les remito si quieren *empaparse*

"...en el turbión que cae."

Es un hecho que algunos godos salvados de la batalla fueron á refugiarse en las montañas de Asturias.

Y si en aquella época, como creo, la distancia entre el sitio de la derrota y el lugar del refugio era la misma que hoy existe, digo yo si habrán tenido que andar los pobrecitos.

Y cuenta con que entonces no había expreso de Andalucía que enlazara con el mixto del Noroeste.

Lo cierto es que aquellos godos y muchos españoles fugitivos solamente se creyeron seguros en las abruptas montañas de Asturias, donde fueron muy bien recibidos por los naturales del país, uniéndose todos bajo la santa enseña del cristianismo.

Animosos y resueltos á combatir al invasor, ocuparon los picos más elevados de aquellos montes, jurando defenderse como gato panza arriba, ó mejor dicho, panza abajo.

Ningún baluarte mejor que las ingentes montañas asturianas.

Necesitaban los cristianos un caudillo que les guiara en sus nobilísimos propósitos, y reunidos en junta general extraordinaria fué proclamado por unanimidad para desempeñar ese cargo el valeroso Pelayo, hombre de arrogante figura y de sangre noble, compañero de Don Rodrigo en la batalla del Guadalete y uno de los que se habían dado la tremenda caminata de que más arriba hago referencia.

Pelayo aceptó gustosísimo el puesto con que tanto le honraban, y después de pronunciar un discurso elocuentísimo, interrumpido varias veces por el grito de *ixuxú* con que los astures demostraban su sangre belicosa, lanzó un ¡Viva la Religión! y otro ¡Viva España!, que el eco fué repitiendo por valles y montañas.

—¡Abajo los moros!—gritaron á una los cristianos vencidos. Y el eco exclamó:—¡Mueran!

Y no faltó quien, adelantándose al reglamento para las corridas de toros, pidiera á voz en cuello que quedara abolida *la media luna*.

El Walí El Horr, que se ocupaba en invadir la Galia Gótica, recibió un telegrama cifrado de su amigo el gobernador Munuza, que estaba de baños en Jijia (hoy Gijón), anunciándole el levantamiento de Pelayo (a) el *Rumí*, como le llamaban los árabes.

El Horr no dió gran importancia á la noticia; pero, por si acaso, ordenó á su lugarteniente Alkamah que fuera á meter en cintura á los asturianos sublevados.

Algunos historiadores hacen subir el ejército de Alkamah á la enorme cifra de ciento ochenta y siete mil cuatrocientos quince hombres y pico.

A los asturianos, que eran pocos pero bien avenidos, no les asustó enemigo tan formidable.

Pelayo dispuso que los ancianos, las mujeres y

los niños salieran de Cangas de Onís y se escondieran en lo más espeso de las montañas vecinas, mientras él y un puñado de valientes se encerraban en la famosa cueva de Covadonga, después de colocar el resto de su gente en las alturas que cierran el estrecho valle del Deva.

Al amanecer de un día nublado y lluvioso—porque en Covadonga, ya por entonces, llovía un día sí... y otro también,—oyeron los asturianos, agazapados entre las peñas, el rodar de la artillería enemiga y el estruendo producido por aquel numeroso ejército que, á marchas forzadas, se dirigía hacia ellos por la carretera de Cangas de Onís.

Alkamah con su gente llegó al pie de las faldas del Auseba (no de la Eusebia) y comenzó entonces la más espantosa sarracina que se cuenta en los anales sarracenos.

Pelayo y los suyos se batían desesperadamente, haciendo rodar enormes bloques, que aplastaban á los enemigos.

Estos disparaban hacia las alturas las flechas, las cuales, al chocar, rebotando en las rocas, herían en su caída á los mismos que las habían disparado.

Esto de las flechas fué considerado por algunos como un milagro de la Providencia.

Yo, con perdón sea dicho, más que á milagro lo atribuyo á las inmutables leyes físicas, por las cuales, todo cuerpo lanzado á lo alto, vuelve fatalmente al suelo por acción de la gravedad.

El combate se hacía cada vez más encarnizado. Las rocas seguían cayendo sobre las huestes de Alkamah. Aquello no era ejército: era una tortilla de musulmanes.

Alkamah, al ver caer muerto á su lado al general Suleimán, gritó lleno de coraje:

—¡Que juegue la artillería!

—¡Para juegos estamos!—contestó el jefe que mandaba la batería de campaña.

De pronto—y esto sí que pudo ser milagro—se desencadenó una horrorosa tempestad. El cielo abrió sus cataratas; los árboles se desgajaron, rodando sus troncos hasta lo más profundo del valle; las rocas bajaban de lo alto con estrépito espantoso; el manso Deva se convirtió en impetuoso torrente, y se armó una de rayos y centellas que aquello era *la fin del mundo*.

Los pocos moros que quedaron con vida huyeron valle abajo como si se los llevaran los demonios.

¡Y sí que se los llevarían!

Y digo que fueron pocos los que quedaron con vida, porque, según datos que tengo á la vista, perecieron enterrados en aquel valle la friolera de ¡ciento ochenta y cinco mil moros!

¡Excelente abono!

¡Así se explica la feracidad de aquel terreno y lo bien que se dan las moras en aquellos zarzales!

A los pocos días de esta batalla no quedaba en Asturias un moro ni para un remedio... suponiendo que los moros puedan servir de remedio para algo.

Munuza, al enterarse en Jijia de que su amigo Alkamah había sido muerto por Pelayo, exclamó lleno de ira:

—¡Maldita sea su estampa!

Y salió de estampía.

Hay quien afirma que Munuza fué alcanzado en la Vega de Ovallá por el mismo Pelayo, "quien le dió muerte en singular combate".

¿En singular combate? Es natural:

uno solo no puede ser plural.

Por supuesto que eso de que Pelayo y Munuza

se encontraran no pasa de ser una opinión muy discutible.

Es sólo una fantasía.  
Yo jamás afirmaría  
que Pelayo le matara.  
¡Con lo que el moro corría  
no había quien le alcanzara!

También tiene mucho de fantasía lo que dice el padre Mariana respecto de los amores de Munuza con la hermana de Pelayo.

Y no es que yo, modestísimo historiador, lo diga. Lo asegura Lafuente, que es el más *Modesto* de nuestros historiadores.

Pero, en fin, Dios le pague al padre la invención de tan interesante fábula;

que aunque fueron mentiras inocentes,  
gracias á las mentiras de Mariana  
escribieron tres obras excelentes  
Moratín, Jovellanos y Quintana.

Reunidos los asturianos, después de la victoria de Covadonga, pensaron en que había que darle algo á Pelayo.

La alcaldía de Cangas les pareció muy poco. El nombrarle gobernador de la provincia no era bastante. Caudillo tan valeroso merecía algo más, y citados en un frondoso campo, no lejos de la famosa gruta, acordaron proclamarle nada menos que rey, levantándole sobre el pavés.

El autor de un prontuario de Historia dice que, "conocido el valor de Pelayo, los asturianos le *empavesaron*".

Lo cual prueba que no es lo mismo conocer el

valor de las personas que el valor de las palabras, digan lo que quieran algunos diccionarios.

Pelayo recibió con marcadas muestras de gratitud tan honroso puesto,

y la reina, su esposa,  
la gentil y bellísima Gaudiosa,

hizo los honores del campo con una delicadeza y una distinción impropias de la época.

Verificóse la ceremonia bajo la sombra de un corpulento castaño.

Este árbol era un símbolo;

pues el castaño indica que en España  
han dado muchos reyes la castaña.

El campo donde se verificó tan solemne fiesta se conoce en Asturias con el nombre de *Re-Pelao*.

Ocurrió esto el año 718 de Jesucristo. ¡Ya ha llovido desde entonces... sobre todo en Covadonga!

Muerta la monarquía goda en Guadalete, empieza con Pelayo la monarquía española.

El rey sentó sus reales en Cangas de Onís, y de toda Asturias y de las comarcas limítrofes acudían las gentes á rendirle pleito homenaje.

Los moros, preocupados con la empresa de apoderarse de la Septimania gótica, no volvieron á acordarse de Covadonga, ó si se acordaron, no creyeron conveniente meterse en más libros de caballería.

Lo cierto es que Pelayo,  
que hizo á España volver de su desmayo,  
tuvo, para su dicha,  
un reinado feliz, de calma chicha;

y el año setecientos treinta y siete  
murió en Cangas de Onís *tranquilamete*.  
(El consonante obliga en este instante  
á comerse una letra consonante.)

### Favila I.

Muerto Pelayo, le sucedió en el trono su hijo  
Favila.

¡Qué cosas le sucedían á Pelayo!

Era Favila un mozo muy robusto,  
alto, fornido, de semblante adusto.  
De gobernar Estados no entendía,  
y dijo á sus ministros cierto día:

—Nada me importan cetros y diademas.

Yo soy un cazador impenitente.

No me vengan los nobles con pamemas  
y déjenme cazar tranquilamente.

El gobernar me causa aburrimiento.

En la caza mayor cifro mi antojo.

¿Que algún noble se opone? ¡Lo reviento!

¡El puntapié que lleve va á ser flojo!

¿Que quieren discutir? ¡Pues no discuto!

¡Y que se anden con ojo!

No hay en el reino quien me gane á bruto,  
porque yo soy más bruto que un cerrojo.

Excuso decir á ustedes, que nadie se opuso á  
sus deseos. ¡Cualquiera se atrevía á recibir una  
puntera de aquel bárbaro!

Pero la Providencia se encargó de arreglar-  
lo todo.

Una mañana subió Favila de caza, según cos-  
tumbre, al lago Enol.

Iba completamente solo. De pronto vió que un oso enorme se acercaba, y en vez de dispararle un tiro... ó una andanada como la que les había soltado á los nobles, se empeñó en esperarle á pie firme y luchar á brazo partido con él, y, naturalmente, por muy bruto que fuera el rey, más bruto era el oso.

Y el rey perdió su vida  
en las garras de un oso regicida.

No hay que decir que sólo le lloró la familia. Los nobles, aunque lo disimularan, se alegraron extraordinariamente.

Y uno de ellos decía con muchísima razón:

Entre osos siempre. ¡Qué majadería!  
Eso no era valor; era... *osadía*.

Dejó Favila dos hijos: uno de ellos lactando y otro en el destete.

Los asturianos pensaron cuerdamente que no era oportuno entregar las riendas del poder á ninguna de las dos criaturas; porque recordando sin duda el cuento del gitano, se dijeron: Para un asunto tan serio, no es cosa de traer un niño, sino una persona mayor.

Y como el cargo había de recaer en alguien de la familia de Pelayo, nadie mejor que el yerno de éste, Don Alfonso, esposo de Emerinda é hijo del duque de Cantabria.

No se trataba, pues, de un cualquiera, sino de un hombre formal y de sangre más ó menos azulada.

Y con esto llegamos al reinado de la yernocracia.

### Alfonso I (a) el Católico.

Estos ya son otros López.

Alfonso se puso la corona, seguro de que pocos sabrían llevarla con tanta arrogancia. Y como estaba enterado por la prensa de las guerras civiles que sostenían los árabes en distintas regiones de España, quiso aprovecharse de la ocasión extendiendo sus dominios, pues para un hombre de su talla eran estrechos los límites de Asturias.

Dió gran impulso á las obras públicas, construyendo muchas iglesias y restaurando otras.

Los curas estaban locos de contentos. No había uno sin su feligresía, y menudeaban las pitanzas que aquello era una bendición de Dios.

Los párrocos dedicaban sus oraciones al culto monarca; él se desvivía por el clero, y de ahí que culto y clero se mantuviesen completamente unidos.

Y vamos ahora con las excursiones que hizo el belicoso monarca.

Revistó todas sus tropas, encomendó á sus ministros el gobierno del interior, y diciendo:—¡Ahí queda eso, que yo vuelvo en seguida!—se puso al frente de su ejército, empezando sus conquistas por la parte de Galicia.

Las vías de comunicación estaban entonces muy descuidadas, y hay que pensar en lo que el buen Don Alfonso pasaría para marchar por entre riscos y malezas.

Al lado del rey iba el ayudante abanderado haciendo ondear con gallardía un hermoso estandarte bordado por las más distinguidas señoritas de Cangas de Onís.

Entraron á tambor batiente en Lugo, Orense y Táy, donde los gallegos, sus primos hermanos, recibieron al católico monarca con grandes muestras de júbilo, saliendo á su encuentro con una banda de gaitas del país y disparando multitud de cohetes.

Pasó luego á Portugal, se posesionó de las hermosas poblaciones Flavia, Chaves, Viseo y Braga.

Los lusitanos, como sus vecinos los gallegos, saludaron respetuosamente el estandarte de la fe.

Los habitantes de Braga—los *bragazas*, como los llamaba Alfonso—fueron los que más muestras dieron de sumisión y de cariño.

Dominados estos pueblos regresó á España y se hizo dueño

de Simancas, Ledesma,  
León, Zamora,  
Sepúlveda, Auca, Clunia,  
Vizcaya, Astorga;  
Osma, Saldaña,  
Toro, los Pirineos  
y Salamanca.

Sin contar con otras regiones que no me han cabido en esta seguidilla.

El Rey Alfonso no se andaba con chiquitas.

Cuando le convenía una población la conservaba, y cuando no, le prendía fuego por los cuatro costados.

Las guarniciones sarracenas eran degolladas sin formación de consejo de guerra. Los hijos y las mujeres de los vencidos eran tratados como esclavos; y en una palabra, ó en varias, “la devastación y el incendio iban señalando las huellas de la marcha de Alfonso”, como dice un historiador.

Pero en cambio, en las poblaciones que conser-

vaba restablecía el culto católico, erigía hermosos templos, nombraba obispos... y váyase lo uno por lo otro.

Los árabes huían aterrorizados ante la presencia de aquel ejército, formado por montañeses barbudos y desgreñados, que agitaban en el aire hoces, guadañas, chuzos y horquillas de dos puntas.

Como ven ustedes, el armamento era algo deficiente.

¿Qué hubiera hecho Alfonso si llega á disponer de fusiles Maüser y de cañones de tiro rápido?

Así y todo, se hizo dueño de media nación.

Los escritores árabes le llamaban *Alfonso el terrible*, el *matador de hombres*.

Pero ya comprenderán ustedes que no iba á dominar á su enemigo haciendo caricias y repartiendo bombones.

Todo esto no fué el trabajo de un mes, sino de los diez y ocho años que duró el reinado de Alfonso I.

Cansado de tanta correría, pero orgulloso de haber extendido sus dominios, retiróse á descansar en Cangas, y allí murió el año 756 á consecuencia de un enfriamiento cogido en una iglesia en construcción.

Su cadáver descansa—y digo yo que ya debe de estar bien descansado—en el monasterio de Santa María de Covadonga, fundado por él, y á donde fueron trasladados los restos de su suegro Don Pelayo.

Cuentan las crónicas que, durante el entierro de Don Alfonso, se oyó á los ángeles cantar un armonioso salmo.

Hay quien dice que las voces que se oían eran de los canónigos, que cantaban como los propios ángeles.

## Fruela I.

Muerto Don Alfonso, los asturianos proclamaron rey á su hijo Fruela.

Era este príncipe un muchacho listo y muy dado al *sport* de la guerra; pero con un genio de todos los demonios.

En la Corte se le llamaba *Su Alteza Casca-rrabias*.

Pero era muy religioso, eso sí.

Y logró conquistar muchos laureles fundando templos y matando infieles.

A los tres años de su reinado, los vascones, hasta entonces sometidos, se rebelaron contra el poder de Fruela.

Saberlo éste y ponerse en camino para la Vasconia fué obra de un momento. Y no se anduvo en contemplaciones. Les dió un pie de paliza más que regular.

¡Pues bonito genio tenía el chico para que le fueran con bravatas!

En la Vasconia conoció á la hermosa Munia, hija de uno de los hacendados más ricos de la comarca.

Pidió su mano y los suegros se la negaron; pero él, que estaba acostumbrado á hacer su santísima voluntad, cogió á la chica, se la llevó á Asturias y allí se casó con ella;

con lo cual demostraba al mundo entero que era además de rey un caballero.

Hasta esta época vivió Fruela respetado y querido de todos, principalmente del clero secular;

pero un día se le ocurrió una idea... iba á decir diabólica, pero no me parece adecuado el epíteto.

Los curas en aquellos tiempos se casaban como los demás mortales y había muchos párrocos cargados de familia.

A Fruela se le ocurrió "prohibir el matrimonio de los sacerdotes y aun obligar á los ya casados á separarse de sus mujeres".

Y allí se armó la gorda.

Las *sacerdotas* ó *sacerdotisas* protestaron, y aunque hubo muchos curas que recibieron con alegría la idea del divorcio, es lo cierto que la atrevida idea del monarca fué causa de grandes disturbios en el reino.

Los curas gallegos, sobre todo—¡vaya usted á averiguar por qué!,—se declararon abiertamente enemigos de una medida tan radical, y dieron la voz de: ¡Abajo Fruela! Pero éste hizo con los gallegos lo que había hecho con los vascones, y más de cuatro curas pagaron con su cabeza (coronilla inclusive) su decidido amor al matrimonio.

De regreso de Galicia se detuvo el rey en Oviedo, es decir, en lo que más tarde había de ser la capital de Asturias.

El abad Fromistano y su sobrino el presbítero Máximo habían erigido un templo en honor de San Vicente, mártir, en un sitio muy frondoso y no lejos de la selva llamada por los romanos *Lucus Asturium*.

Agradóle el sitio al monarca, y llevado de sus aficiones arquitectónicas dió orden de elevar en el mismo emplazamiento de la ermita un hermoso templo, bajo la advocación del Redentor. Y ahí tienen ustedes la catedral de Oviedo, que no me dejará mentir. Todo su celo religioso quedó sin embargo, obscurecido por un crimen horrible.

Tenía Fruela un hermano. Un muchacho muy cariñoso y muy simpático y á quien todos querían con verdadero delirio.

Se llamaba Vimarano. No creo yo que fuera el nombre lo que inspirase tan grandes simpatías.

Fruela tuvo celos de su hermanito, y sin andarse por las ramas le citó á Palacio, y allí, sin que nadie pudiera impedirlo, le pegó una puñalada que le dejó seco.

El rey, que había edificado tantas iglesias, tuvo en aquella ocasión una conducta muy poco edificante. Y como el que la hace la paga, los nobles se la jugaron á Fruela; y según un compendio de Historia, *"el rey sufrió la justa pena del talón"*. Sospecho que el autor del compendio habrá querido decir Talión, porque no creo que los talones tengan nada que ver con la conducta de los monarcas fratricidas.

Es lo cierto que los nobles compraron un asesino, que ya en aquella época se vendían muy baratos, el cual dió buena cuenta del rey, partiéndole el corazón en su propio Palacio de Cangas. La autopsia demostró que la herida era mortal de necesidad. El juez de guardia que levantó el cadáver instruyó el oportuno proceso; pero al rey le enterraron y al proceso también le echaron tierra encima. ¡ Séales la tierra leve á los dos!

### **Aurelio.**

Muerto Fruela, parecía natural que heredara el trono su hijo Alfonso; pero no fué así.

Los nobles se opusieron tenazmente á que les gobernara un chiquillo. Porque era lo que ellos decían:

Queremos una persona  
mayor, que es lo que conviene.  
¡Pesa mucho esta corona  
para entregársela á un nene!

Agreguen ustedes á esto el odio que tuvieron al papá de la criatura y se explicarán perfectamente la decisión de la nobleza.

—Todo puede arreglarse—dijo un personaje influyente.—¿Desean algunos que un hijo de Fruela sea nuestro monarca? Bueno. Pues nombremos rey al hijo del otro Fruela, del hermano de Alfonso el Católico, al joven y linfático Aurelio.

Y dicho y hecho. Aurelio fué proclamado rey.

Seis años duró su reinado. Seis años de una calma verdaderamente irritante para los belicosos astures.

Pero el rey era así. No le gustaba tener disgustos, ni pelearse con nadie.

Con los sarracenos estaba á partir un piñón, y hasta permitió que algunas doncellas de la nobleza se casaran con musulmanes.

Muchos han criticado esta debilidad del monarca, pero lo verdaderamente digno de censura es la poca vergüenza de las señoritas que se casaban con los moruchos.

¡Buena andaba la aristocracia en aquella época!

Llegó el año 773, y el rey Aurelio se dejó morir como un bendito.

¡Dios le haya perdonado!

### Silo.

Nuevo disgusto para el chico de Fruela I.  
Tampoco esta vez consiguió agarrar el cetro.

Los nobles eran rencorosos, y la pobre criatura pagaba las culpas de su papá.

¿A quién nombrar? Ese era el problema. Pero pronto le encontraron solución.

Mangoneaba ya mucho en la Corte un noble llamado Silo, casado con Adosinda, hija de Alfonso I, y todos se fijaron en él.

La yernocracia, que aún perdura, se imponía entonces.

Tenemos, pues, á Silo hecho monarca.

Lo primero que hizo fué trasladar la Corte á Pravia.

Excuso decir á ustedes cómo se pondrían, y con razón, los vecinos de Cangas.

Había que oírlos.

El rey aseguraba que había elegido á Pravia como punto estratégico, pero hay quien afirma que trasladó la Corte á esta villa para dar valor á unos terrenos que había comprado en las orillas del Nalón.

Todo cabe en lo posible.

Lo seguro es que este monarca no hizo nada de particular. Siguió, como Aurelio, en buenas relaciones con los árabes, y á pesar de llevar varios años de matrimonio, no tenía familia.

Por eso digo que no hizo nada.

La reina Adosinda le convenció de que debían traer á su lado á Alfonsito, su sobrino, que, desde la muerte de su padre, lloraba los desdenes de sus paisanos en el monasterio de Samos (Galicia).

Alfonso vivió algún tiempo con sus tíos, interviniendo en los asuntos de Palacio y mirando siempre con malos ojos á sus enemigos los nobles.

A los nueve años de reinado se sintió enfermo Silo, y falleció á consecuencia de unas intermitentes perniciosas.

Se había cumplido la maldición de los canguros. La reina viuda, que era una buena señora, creyó llegado el momento de conceder á Alfonso lo que le pertenecía de derecho, y de acuerdo con unos cuantos palaciegos, hizo proclamar rey á su sobrino.

¡Menudo jaleo se armó en la Corte! Los consabidos nobles, que se odiaban con verdadera nobleza, se unieron para combatir á la reina, y nombraron rey de Asturias á Mauregato.

Este monarca, cuya terminación felina era sospechosa, recibió el nombramiento más contento que unas pascuas.

Los partidarios de Alfonso, siempre que escribían el nombre de Mauregato lo hacían con letra *bastardilla*, con lo cual demostraban el verdadero origen del aspirante al trono.

### **Mauregato.**

Mauregato, en efecto, era un hijo bastardo de Alfonso el Católico, quien por lo visto, en sus ratos de ocio, se dedicaba á algo más que á reedificar iglesias. Sedujo á una esclava mora muy guapa, según noticias, y nació Mauregato.

Era, pues, un rey cruzado de árabe. Un monarca de media sangre.

Decidido á disputarle á Alfonso el cetro de Asturias, se puso al frente de los revolucionarios, y para asegurar más su triunfo pidió auxilio al emir de Córdoba, al Sr. Abderrahmán, quien le mandó un poderoso ejército, ayudado por el cual consiguió el bastardo derribar del trono á su sobrino.

El desdichado Alfonso huyó á Alava, y allí fué recogido por algunos parientes de la línea materna; no de la línea férrea, como algunos creen.

¿Creerán ustedes que Mauregato hizo algo de provecho? Pues no, señor. En los seis años que estuvo haciendo de rey no aumentó un metro cuadrado sus dominios, y en cambio bastardeó los principios religiosos, cosa muy natural en un bastardo.

De él se cuenta lo del *tributo de las cien doncellas*.

Todos los historiadores serios califican de fábula el tal tributo; pero están equivocados.

*El tributo de las cien doncellas* no es una fábula, es una zarzuela.

Y sus derechos no los ha cobrado nunca Abde-rrahmán, sino Santisteban y Barbieri.

Conste, pues, que Mauregato no ha cometido nunca la infamia que le atribuyen los novelistas y zarzueleros.

Los historiadores no dicen si este monarca era casado ó soltero. Yo no he tenido gran interés en averiguarlo. Supongo que á ustedes les sucederá lo mismo.

El año 789 falleció Mauregato de muerte natural.

Lo que no era natural es que le sucediera Bermudo; pero verán ustedes cómo fué.

### **Bermudo I, el Diácono.**

Lo natural hubiera sido que, muerto Mauregato, volviese al trono el desdichadísimo Alfonso; pero los nobles—¡siempre los nobles!—lo arreglaron de otra manera.

Temiendo que éste tomara el desquite de los

desaires recibidos, decidieron entregar la corona, vacante por defunción, á una persona de sangre real.

Y esta persona era Bermudo, hermano de Aurelio y sobrino, por consiguiente, de Alfonso I.

Bermudo era diácono, y á pesar de las leyes góticas que inhabilitaban para el cargo de rey á las personas tonsuradas, le entregaron el cetro; que eso de conculcar las leyes ha sido el placer de todos los tiempos y de todos los países.

Bermudo, á pesar de ser diácono, estaba casado con Numila, de la que tuvo dos hijos: Ramiro y García.

Lo del matrimonio de Bermudo demuestra que el celibatismo de los clérigos, decretado por Fruela, no se observaba con rigor, ó que había bulas para los diáconos.

Bermudo, hombre de gran ilustración y sentimientos generosos, comprendió la ingratitud que con Alfonso se cometía, y decidió cortar por lo sano.

Reunió á los nobles y les dijo: "Están ustedes tocando el violón, y no saben lo que traen entre manos. Aquí no hay más rey ni Roque que Alfonso. Es un chico que vale mucho más de lo que ustedes se figuran.

Y el año 791 dió Bermudo la alternativa al nuevo monarca.

## **Alfonso II.**

¡Gracias á Dios!

Ya era hora de que el hijo de Fruela se pusiera la corona de sus mayores.

Y no hay que decir que le viniera ancha. Le sentaba que ni hecha á la medida.

Los nobles andaban muy escamados, pero pronto se convencieron de que Alfonso no era vengativo.

Ya no se trataba tampoco de un muchacho en cuyas manos pudiera peligrar el cetro de Asturias.

Era Alfonso un mocetón de treinta años, fuerte, sano y robusto.

Se pasaba grandes ratos haciendo ejercicios gimnásticos, y lo mismo daba el doble salto mortal que levantaba pesas de 200 kilos con una mano.

Así se explica que los historiadores hablen del *robusto brazo* de Alfonso II.

Agreguen ustedes á esto que el hombre era completamente *casto*, y se explicarán el desarrollo de su fuerza física.

Algunos suponen que fué casado y que aun dentro del matrimonio guardó castidad.

El Albendense dice, sin embargo, terminantemente: *Absque uxore, castissimam vitam duxit.*

Lo que traducido al romance quiere decir que esos son asuntos de familia en que no debemos meternos.

Un rey en estas condiciones de vigor y de vitalidad no podía ser un Mauregato ni un Aurelio.

Volvió por los fueros de la familia, y comenzó su reinado derrotando al califa Hixem I en la célebre batalla de *Lutos*, llamada sin duda así por las muchas muertes causadas al enemigo.

Penetró luego al frente de su ejército en la Lusitania, hasta muy cerquita de Lisboa, y allí hizo y deshizo á su antojo.

Cuenta la historia que Alfonso volvió á España con un rico botín. Algo más. En aquel viaje se puso las botas.

No sabiendo qué hacer de tanta joya como se había traído de Portugal, pensó en regalarle unas cuantas á Carlomagno, que entonces se hallaba en Aquisgrán. Dos embajadores del rey de Asturias, Basilico y Froya, fueron los encargados de entregar al poderoso rey de Francia dos enormes cajas conteniendo una verdadera riqueza en objetos de orfebrería.

Carlomagno agradeció mucho el regalo; dió dos pesetas de propina á Froya y á Basilico, y les mandó entregar á Alfonso una tarjeta respaldada en que ponía lo siguiente:

“Carlomagno B. L. M. á su *primo* Alfonso, y dándole las gracias más expresivas por su finísimo obsequio, le advierte que su hijo Luis de Aquitania, que está en Tolosa, tiene también muchísima afición á la orfebrería, y aceptará muy gustoso los regalos que se le envíen.”

No hay que decir que á Alfonso le faltó tiempo para remitir al joven Luis, en gran velocidad, un cajón de buen tamaño, lleno de alhajas riquísimas.

Al cajón acompañaba una carta con los siguientes versos:

“Queda tu señor padre obedecido.  
Te mando ese cajón como presente.  
¡Ojalá que te guste el contenido  
que te remite Alfonso el Continente!”

A muchos próceres asturianos no les hizo mal dita la gracia la prodigalidad de su rey, y temiendo que esos regalos significaran servilismo por parte de Alfonso, dieron la voz de alarma diciendo que Asturias no necesitaba la protección de los fran-

cos, que para francos se bastaban ellos, y que un rey que de ese modo mendigaba el favor de un extranjero podría ser muy casto, pero era indigno de su casta...

La proclama de los descontentos halló eco en Asturias, y muy pronto las calles de Oviedo—donde Alfonso había establecido su corte—se llenaron de revolucionarios, que pedían la destitución del monarca.

Y pasando á vías de hecho, entraron en Palacio, se apoderaron del rey y lo encerraron en el monasterio de Abelanica.

Allí hubiera pasado Alfonso los años que le quedaban de vida, si sus partidarios, que eran muchos, aunque mal avenidos, no se hubieran puesto de acuerdo, sacándole de la prisión y devolviéndole la corona que temporalmente le habían quitado.

Pero en honor de la verdad, desde aquella fecha no volvió Alfonso á cartearse con Carlomagno, ni se acordó de mandarle más presentes que los pasados.

Dedicóse pacíficamente al engrandecimiento de Oviedo, dotándolo de iglesias y reedificando la de San Salvador, fundada por su padre, que quedó convertida en lo que es hoy: en una hermosa catedral.

Construyó un acueducto, edificó palacios, hermoseó el Campo de San Francisco y adoquinó las calles de la Rúa y de Cimadevilla...

Finalmente, el rey Alfonso, que todavía en sus últimos años—¡y vivió ochenta y dos!—siguió guerreando con los infieles, falleció en Oviedo, de muerte natural, ¡y tan natural!, el año 842.

El hijo de Fruela tardó en empuñar el cetro, pero luego se agarró á él como una lapa.

¡El pobrecito no reinó más que cincuenta y dos años!

¡Una *fruelera*!

### Ramiro I.

Muerto Alfonso *el Casto*, sin hijos, como era de esperar, decidieron los nobles, de acuerdo con los obispos, nombrar rey de Asturias á Ramiro, hijo mayor de Bermudo *el Diácono*.

Ramiro no estaba á la sazón en Asturias; había ido á Bardulia (Castilla) á casarse con una señorita, hija de uno de los personajes más notables de la comarca.

Un conde palatino  
llamado Nepociano,  
queriendo aprovecharse  
de la interinidad,  
de acuerdo con los suyos  
nombróse soberano  
sin pizca de vergüenza  
ni de formalidad.

Ramiro que lo supo, exclamó:—Ese tío me va á amargar la luna de miel; pero yo le ajustaré las cuentas.

Y se encaminó en seguida á Galicia, donde contaba con muchos partidarios; formó en Lugo un cuerpo de ejército bastante numeroso, se puso á su frente y se dirigió á Asturias en busca del usurpador.

Encontráronse los dos competidores en las orillas del río Narcea, y fué tal la paliza que Ramiro dió á su contendiente, que éste echó á correr y no paró hasta Cornellana. Aquí le alcanzaron dos

condes, partidarios de Ramiro, que le iban pisando los talones, y atándole codo con codo le llevaron á presencia del legítimo rey.

—¡Hola!—le dijo éste.—¿Con que eres tú el que quiere birlarme la corona? Ahora sabrás tú quién soy yo. Sé que me odias con toda tu alma; pero desde este momento estará justificado que no puedas verme.

¡Y mandó que le sacaran los ojos!

Después de este rasgo de generosidad marchó tranquilamente á Oviedo y se sentó en el trono.

Al poco tiempo de esto, otros dos próceres muy conocidos, Aldroito y Piniolo—(¡qué bonitos nombres usaban los nobles de aquella época!),—conspiraron para destronar á Ramiro.

Este no se anduvo en contemplaciones. Cogió á Piniolo con sus siete hijos y los arrojó á una hoguera. Con Aldroito fué más compasivo. Se contentó con sacarle los ojos, como á Nepociano. Ramiro, *el de la vara de la justicia*, como le llamaban los cronistas, las gastaba así.

¿Que le delataban á alguno como mago ó agorero? Pues á la hoguera con él. ¿Que caía preso algún ladrón? Pues á sacarle los ojos.

Lafuente exclama indignado: “¡Espantosa crudeza la de aquellos tiempos!”

No tiene razón Don Modesto.

Ramiro era enemigo de la crudeza. Por eso mandaba asar vivas á las personas.

Durante los primeros años de su reinado trataron de desembarcar en Gijón unos cuantos piratas normandos, que se dedicaban á saquear los puertos del litoral.

Los gijoneses los rechazaron con energía, y fueron entonces con rumbo á la Coruña. Desembar-

can en este puerto y empiezan á hacer de las suyas; pero Ramiro, que ya estaba prevenido, cae sobre ellos, y excuso decir á ustedes el número de ojos que se entretendría en extirpar Su Majestad cristiana...

Valiente, sí lo era. En eso están confomes todos los historiadores.

Sólo tuvo dos encuentros serios con los árabes, pero en los dos se batió con verdadero valor, derrotando á sus enemigos.

Y este es el momento de referir a ustedes lo de la famosa batalla de Clavijo .

Es el caso que, indignado Ramiro porque Abde-rrahman le reclamaba el tributo de las cien doncellas, reunió en León á todos los obispos y principales nobles del reino, y les dijo:—Señores: ¡Esto no se puede aguantar! Pedirme que le mande cien doncellas de lo mejorcito de mis Estados, es como llamarme... lo que el decoro no me permite decir á ustedes. Esa falta de vergüenza y de respeto merece un correctivo. ¿Quieren ustedes que le declaremos la guerra?

—Sí, sí,—dijeron á una los congregados.

—Pues andando, y sea lo que Dios quiera.

Y á la mañana siguiente se puso al frente de sus tropas y se dirigió á la Rioja. Pero ¡ay!, cuando estaban cerca de Logroño se encontraron con un numerosísimo ejército de musulmanes que los obligó á correr á la desbandada.

Ramiro y los suyos fueron á llorar la derrota al vecino cerro de Clavijo.

Allí los sorprendió la noche. Sorpresa que no me explico, pues la noche tenía que llegar forzosamente.

El rey, cansado de tanto correr, se quedó profundamente dormido. En compensación de las

amarguras del día, tuvo un sueño delicioso. Se le apareció el Apóstol Santiago, y le dijo amistosamente:—"Ramiro, no te preocupes por la derrota que acabas de sufrir. Estaba previsto. Es preciso que reunas tu gente y te prepares á una nueva batalla. Yo mismo me pondré al frente de tus tropas, y poco he de poder ó no va á quedar títere con cabeza en las huestas enemigas."

Cuando despertaron al rey para darle el chocolate todavía estaba Santiago en el uso de la palabra.

Ramiro, atónito, contó á su gente lo que acababa de soñar, y todos, locos de alegría, se aprestaron á buscar la revancha. Y digo revancha y no desquite, porque ya entonces se usaban mucho los galicismos.

Fueron en busca del enemigo, y apenas avistaron á los moros lanzáronse sobre ellos como leones, gritando: *¡Santiago y cierra España!* Y comenzó la batalla.

En lo más encarnizado de la lucha se apareció en el cielo el propio Apóstol Santiago, montado en un brioso caballo blanco que galopaba en las alturas y empuñando una brillante espada. Ante un general tan inesperado el terror de los moros se hizo general; los cristianos los atacaron con denuedo, y á las pocas horas quedaban sobre el campo la friolera de sesenta mil infieles, sin contar los que perecieron en las cercanías de Calahorra, mechados por los botes de lanza que les daban sus perseguidores. Calahorra fué famoso en aquella época por los botes de lanza; hoy lo es por los botes de pimientos.

Esta fué la memorable batalla de Clavijo.

Los historiadores serios la califican de leyenda.

Lo dicen sin ambajes ni misterios.  
Pongamos unos puntos suspensivos...

.....  
Si así la juzgan los autores serios,  
¿cómo la juzgaremos los festivos?

Fué el monarca Ramiro muy aficionado también á la arquitectura, y por cierto que con mejor gusto que sus antecesores. Erigió varios templos que todavía hoy admiran por su solidez y belleza, y entre ellos es sin duda el más notable el de Santa María de Naranco, á media legua de Oviedo.

En el año 850 exhaló su último suspiro. La historia no dice cuándo exhaló el primero.

### Ordoño I.

Era hijo de Ramiro y heredó la corona.

Referiré en aleluyas  
algunas hazañas tuyas.

Aunque monarca bisoño,  
empezó muy bien Ordoño.

Pues era un rey muy prudente,  
muy cristiano y muy valiente.

En Alava los vascones  
dieron varias desazones.

Hechos todos unas furias  
gritaron: ¡Abajo Asturias!

Enterado Ordoño de ello  
pronto les metió el resuello (1).

Era *Muza el renegado*  
nombre de mucho cuidado.

(1) En el cuerpo.

Hizo Muza-ben-Zeyad  
más de una barbaridad.

Ordoño se incomodó  
y contra Muza marchó.

Y le pegó en la Rioja  
una paliza, y no floja.

Esta sí que fué de fijo  
la batalla de Clavijo.

Nuevamente los piratas  
volvieron con sus bravatas.

Pero Ordoño nuevamente  
se portó como un valiente.

En distintas ocasiones  
tomó varias poblaciones.

Dos de ellas, según la historia,  
fueron Salamanca y Coria.

Recorrió en marcha triunfal  
casi todo Portugal.

Y se llevó á España vivos  
unos cuatro mil cautivos.

Como sus antecesores  
hizo templos superiores.

Y era muy hermosa, ¡múy!  
una iglesia que hizo en Túy.

En una tarde de otoño  
se murió en Oviedo Ordoño.

Y allí descansa muy bien  
por siempre jamás, amén.

### Alfonso III.

Es este Alfonso, hijo de Ordoño, tercero de su nombre y persona de toda mi consideración y aprecio.

Tenía diez y ocho años cuando se encargó del gobierno.

Las señoritas asturianas le llamaban el *rey pollo*. Más adelante le llamaron el *Grande*. Grande por sus virtudes, no por su talla; pues, según los retratos de la época, tenía una estatura regular y era bastante feo, dicho sea sin ánimo de ofender su memoria.

Cuando apenas había tomado Alfonso el gusto al poder, el conde Fruela, un galleguito que era el mismo demonio, se fué sobre Asturias con unos cuantos batallones y destronó al joven monarca, que marchó más que de prisa hasta los confines de Castilla.

Repuestos del susto los partidarios del *rey pollo*, asesinaron una noche á Fruela en su propio Palacio, y entonces ya pudo Alfonso regresar á Oviedo relativamente tranquilo. Y digo relativamente, porque al hombre le salían enemigos por todas partes.

Los vascones se declararon en rebelión. Alfonso, que lo supo, exclamó muy decidido:

—Un gallego me la dió,  
pero los vascones ¡no!

Marchó á Alava y zurró de lo lindo á los amotinados. Pilló al conde Eilón, jefe de la conjura, y se lo llevó á Oviedo y lo metió en un calabozo, cargado de cadenas. Allí acabó sus días el desgraciado conde, completamente oxidado.

Una flota musulmana mandada por el almirante Walid ben Abdelhamid trató de apoderarse de Galicia, pero una horrorosa tempestad echó á pique á toda la flota.

Y á ver si hay quien me lo explique,  
 porque yo no entiendo jota.  
 Si una escuadra se va á pique,  
 ¿por qué se le llama flota?

Y volvamos á Alfonso. Alentado el rey con los desastres de los moros atrevióse á pasar el Duero; y en un encuentro que tuvo con los walíes de la frontera, que no *walían* gran cosa, hizo una terrible matanza de sarracenos y regresó en seguida á Oviedo.

Deseando el rey atraerse á los vascones navarros, que desde lo de Roncesvalles se mantenían en una agradable independencia, pidió la mano de Jimena, hija de un tal García, gobernador de Navarra. Con esto demostró Alfonso que era un verdadero rey demócrata.

¡Y vaya si lo era!  
 A ver si hay en el día  
 un monarca cualquiera  
 que se case con la hija de un García.

Lo cierto es que consiguió reunir todas las fuerzas cristianas contra el común enemigo.

“Desde esta época—dice un historiador—los caudillos, condes ó soberanos del Pirineo, comenzaron á obrar como reyes”. ¡Obrar como reyes! Sin duda se refiere al enemigo común.

Tenía Alfonso cuatro hermanitos que eran de oro y piedras preciosas: Fruela, Nuño, Bermudo y Odoario. Los cuatro reunidos trataron de echar del trono á su hermano mayor; pero éste, que cuando se le atufaban las narices tenía un genio del diablo, cogió á los conspiradores y, siguiendo el ejem-

plo de su abuelo Ramiro, les sacó los ojos á los cuatro y los encerró en los calabozos del Palacio.

Bermudo, ciego como estaba, logró fugarse de la prisión y se dirigió á Astorga, supongo que con algún lazarillo. Allí se dedicó á cantar coplas y á vender mantecadas.

Por entonces tuvo Alfonso varias victorias sobre los sarracenos, haciendo una verdadera carnicería en los campos de Sahagún.

El príncipe Almondhir le retó diciéndole: ¡En Sahagún te espero! ¿Vendrás?

—¡Sahagún y conforme!—dijo Alfonso. Pero se decidió á ir y no dejó títere con cabeza.

Almondhir puso cerco á Zamora. Alfonso lo supo y corrió en auxilio de los sitiados. Durante el sitio, y ya previsto por un Flammarión de la época, se verificó un eclipse de sol. Los soldados moros, que no entendían una palabra de eclipsés, creyeron que ese era un signo de mal agüero y se negaron á batirse con los cristianos.

Vinieron por fin los dos ejércitos á las manos en las orillas del Ombligo, cerca de Zamora, y allí se repitió la función que tanto gusto había dado en los campos de Sahagún.

Alfonso sometió luego á Astorga, obligando á su hermano Bermudo á marcharse con las mantecadas á otra parte.

Acordóse entonces una tregua de tres años. Al terminar el armisticio, el año 831, ocurrió en el Mediodía y Occidente de España un temblor de tierra espantoso, que no estaba previsto por ningún Flammarión. Los moritos se echaron á temblar involuntariamente.

—¡Caracoles!—dijeron.—Esto se pone feo. Antes nos faltó el sol y ahora nos falta la tierra. Estamos dejados de la mano de Mahoma.

Almondhir, con sus tropas, trató de apoderarse de León; pero "Alfonso III—dice un historiador—se opuso á ello con su espada."

Supongo yo que Alfonso no iría solo, porque me parece demasiada temeridad para un rey, por muy *Grande* que sea.

Desde este tiempo quedaron incorporadas al reino de Asturias, Zamora, Toro, Simancas y otras muchas poblaciones. Encargó Alfonso al Sr. Rodríguez (Don Diego) la fundación de Burgos, y se dedicó en Asturias á fabricar, no iglesias, como sus antecesores, sino castillos y palacios fortificados con todos los adelantos que ya entonces había en la artillería de plaza.

Tenía Alfonso III cinco hijos de legítimo matrimonio: García, Ordoño, Fruela, Gonzalo y Ramiro. El mayor, García, se había casado con una hija de Fernández. Tal para cual. Ambos vivían en Zamora. El suegro le instó á que destronara á su padre; pero el padre lo supo á tiempo y prendió á García, cargándole de cadenas.

Ya estaba Alfonso tranquilo, cuando ¡oh sorpresa *inesperada!* sus otros hijos se pusieron de parte de García y se alzaron en armas contra su padre. Doña Jimena, la reina consorte, se puso también de parte de los chicos, y el pobre Don Alfonso, cansado de batallar contra los infieles, no quiso luchar contra los ingratos, y abdicó solemnemente en favor de sus hijos el año 909.

Los jóvenes se repartieron el reino como pan bendito y Alfonso se reservó Zamora, población á la que tenía gran cariño.

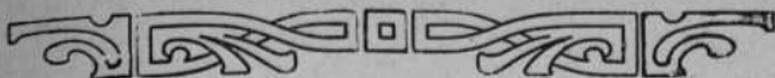
Decidido á acabar en ella sus días, quiso antes visitar al Apóstol Santiago, al que, sin duda, había contado las ingratitudes de la familia. De regreso de Santiago, encontró en Astorga á su hijo

García y le pidió como favor que le dejase luchar por última vez contra los moros. Y así fué. Alfonso, que tenía todavía las energías de la juventud, salió en busca de Ben-Hafsún el de Toledo, y le arreó una paliza monumental.

—¡Así! ¡Para que aprendan los chicos!—dijo después de la batalla, y se retiró tranquilamente á Zamora, donde murió, no sé de qué, el 19 de Diciembre del 910, rodeado de todos, menos de los individuos de su respetable y simpática familia.

¡Descanse en paz el magnánimo rey!





## PARTE SEXTA

---

### EL CALIFATO

POR

**Melitón González.**

---

La palabra *califato* proviene de *cal* y de *facio facis, fácere* (*hacer*). Así, pues, *califato* y *fábrica de cal* vienen á ser una misma cosa, salvo la diferencia.

El *califato* de Córdoba no podía sostener la competencia del de Damasco, y se hizo independiente, proclamando director de la fábrica de cal (*califa*), á Abderrahmán I, príncipe, de la familia de los Omeyas; si bien algunos historiadores respetables están en duda de si Abderrahmán I califateó antes que Abderrahmán II, ó viceversa.

Pero volvamos á Abderrahmán I, el Ben-Omeya, como pudiéramos volver un calcetín, y nos lo encontraremos envidiado por *Yusuf* (*Yesero*), de la familia de los *abasidas* (*albañiles*), pretendiendo que sólo se emplease yeso en las construcciones, proscribiendo la cal en absoluto. A la greña anduvieron omeyas y abasidas (*caleros* y *yeseros*) durante algunos años, hasta que los dependientes de

Yusuf fingieron una reconciliación y convidaron á los omeyas á una paella, que, haciendo olvidar rencillas pasadas, sellase la paz entre la cal y el yeso.

Cuchara en mano estaban ya los de la cal y dispuestos á meter mano al arroz, cuando precipitóse sobre ellos una turba de yeseros, que molió á palos á todos los omeyas, excepto á Abderrahmán, que se salvó por pies corriendo hasta el Mediterráneo, y por agallas atravesando este mar para ampararse entre los de su familia.

Durante algún tiempo se dedicó á los aristocráticos pasatiempos del desierto, hasta que recibió invitación de los mahometanos españoles, hartos de luchas entre sí. Aceptóla y desembarcó en Almuñécar después de una travesía feliz.

Tuvo que pelear repetidas veces contra Yusuf y sus hijos, y hasta siete años después de volver á España, no consiguió desterrar el yeso de los andamios. Tal incremento tomaron las caleras, que con la cal sobrante ordenó la construcción de la Mezquita de Córdoba, llamada así por estar situada en Córdoba y por la *mezquindad* que supone en todo un Ben-Omeya estar cobrando una subvención de las fábricas de cal, como si fuese un político de los de hoy día.

Las obras de Abderrahmán I fueron muchas, ya dramáticas, ya de mampostería.

Dispensó gran protección á la cultura intelectual, é introdujo, entre otras cosas, la costumbre de *derramar* un poco de manzanilla antes de beber el contenido de la caña; costumbre flamenca que le valió el nombre de *Aben-Derrama* ó *Abderraman*.

Pero si bien tranquilizó á los yeseros españoles cortando cuantas cabezas tuvo al alcance de su mano, no pudo evitar que los abasidas, con-

chabados con los de Damasco, abrieran las puertas de España á Carlomagno, rey de los *francos* y campechanos; y hubiese corrido grave riesgo la dominación sarracena, si este rey no se hubiese visto precisado de ir á Zaragoza á la inauguración de la estatua del Villita, con el cual diestro le unían á Carlomagno vínculos de muy estrecha amistad.

En su retirada, al pasar por Roncesvalles, Carlomagno sufrió una gran derrota, que unos atribuyen á los cristianos, otros á los árabes, otros á ambos y otros á ninguno de los dos, llegando las exactitudes de nuestra historia á poner en tela de juicio si se verificó tal batalla, si ha existido Carlomagno y si hubo *siglo octavo*, cosa, esta última, un tanto dudosa.

Abderrahmán se llamó *primero* por ser el primero de los *Abderrahmanes*, pero, principalmente, por haber plantado por su propia mano en Sevilla la primera palmera. Cuando el árbol estuvo incrementado le compuso, á manera de abono, unos versos muy sentidos y de estilo flamenco. Al dar cuenta de aquellas coplas, dice un escritor árabe:

“Loado sea Dios, que hace lo que quiere y todo lo transforma; que hace nacer el género flamenco en un príncipe Ben-Omeya y lo hace acabar en el cante distintivo de la gentuza inmunda”.

Mermado el poder del califato de Damasco, quedó tranquilo el de España, y entonces fué cuando vino con sus manos lavadas á tomar posesión del Califato de Córdoba Hixem I, hijo de una tiple del género chico, y, por lo tanto, vaya usted á averiguar quién sería su padre. Peleó contra los cristianos en la batalla de Lutos, la cual perdimos, porque no se apareció Santiago. Los vencidos se retiraron mohínos y cantando:

“Vinieron los sarracenos  
y nos molieron á palos,  
que Dios protege á los malos  
cuando son más que los buenos.”

Dedicóse, como su antecesor, á las artes, á la ciencia y á la literatura, siendo los poetas que más florecieron Flores-Alí-García y Ramos-Ben-Carrión.

Al-Hakein I fué el refinamiento de la crueldad; por su mandato su walí Amrús invitó á los nobles toledanos á una recepción; en ella estaban cuando fué y me los degolló á todos.

Otra vez va y manda pegar fuego á todo un distrito, por donde había sido derrotado en las elecciones. En esta época, y bajo el reinado de Ludovico Pío los francos resultan con más valor que las pesetas, y, naturalmente, entran en Barcelona.

Abderrahmán II fué cruel y sanguinario con los cristianos, persiguiéndolos y quemando tantos miles, que fué este Califato la era de los mártires españoles. A este Califa se le conoce con el dictado de *padre de los pobres*. ¡Ya tiene dátiles el dictado!

Dicen que regularizó las calles de Córdoba, hoy todavía irregulares. ¿Cómo estarían entonces?

Dotó á la ciudad de agua de lluvia algunos días del año, y fundó dentro de la Mezquita un asilo para huérfanos del toreo.

Mohamet I se vió envuelto por el levantamiento del espíritu cristiano dirigido por varios moros renegados, entre ellos el Moro Muza, Morón, Mora, Modán, Moratilla, Moratín, Moratinos, Morés, Morata, Moral, Moraleda, Morales, Moras, Morera, Moreira, Moreda, Morella, Morente y Morote.

Muza se llamó á sí mismo *tercer rey* de Espa-

ña, nombró su limosnero á Moret y se estableció en Zaragoza (Albardería, 4), en donde murió por haber equivocado la medicina en la farmacia. Otros renegados, como Omar, se dedicaron al lucrativo *sport* de levantarse en armas y posesionarse de los territorios que mejor les parecía, declarándolos preliminarmente bienes mostrencos. Y aquí me tienen ustedes al pobre Mohamet I luchando contra todas esas aves de rapiña. Lo mismo le sucedió á Almondhir y Abdalah después de Mahomet. Omar fué el prototipo de nuestros políticos actuales; unas veces con los cristianos, otras con los moros, el hombre iba viviendo. Tantas fueron sus travesuras y gitanerías, que cogido prisionero por Mohamet, éste le perdonó la vida al oír la frescura y repoquísima vergüenza con que relataba sus picardías, llamadas hoy travesuras políticas.

Esta era fué muy feliz para los habitantes de España, pues la mayor parte de ellos, inspirándose en la política de Omar, no quisieron oponerse abiertamente á las doctrinas cristianas, moras y judaicas, y prefiriendo adoptar uno de esos temperamentos medios tan cómodos en los tiempos presentes, aceptaron la poligamia de los moros, el uso del vino de los españoles, y de los judíos el préstamo con elevada usura, que aún conservamos. Aquello era vivir.

Vino Abderrahmán III, y fué vencido por Ordoño II, que le echó roncás en el Roncal, y por el no menos manco Ramiro II en Simancas; pero así y todo extendió su dominación hasta Túnez, en donde quebrantó el poder de los fatimistas (descendientes de Fátima, hija de Mahoma, á la cual conoció Abderrahmán I en una casa de Túnez).

En su largo gobierno de cincuenta años hizo cosas muy provechosas: prohibió los revendedo-

res; hizo cerrar los garitos; metió en la cárcel á cuantos se peinaban á lo chulo; creó astilleros en Tortosa, de los cuales, á pesar de ser del Estado, salieron barcos que servían, y puso en los paseos aguaduchos y naranjos y palmeras.

Nuevos engrandecimientos alcanzó Córdoba en el califato de Hixem II, el cual empezó su gobierno siendo un niño y bajo la tutela de su madre la sultana Sobeya y la dirección de su primer ministro Almanzor. (Victorioso.)

Varios fueron los incidentes desagradables que ocurrieron en Córdoba durante la menor edad de Hixem II, siendo uno de los más repugnantes el hecho de que, habiéndose concedido permiso á varios traficantes en especiería para entrar en palacio y presentar un mensaje á Sobeya, la sultana, uno de los mercaderes, falto de educación y desconocedor del respeto á que obliga el bello sexo, se permitió eructar, otro se hurgó las narices, y todos, en fin, con sus maneras y palabras, enseñaron la oreja.

Los caudillos cristianos se reunieron y vencieron á Almanzor cerca del Búrgo de Osma, y herido de una perdigonada se retiró á Medinaceli, en donde murió.

Continúa *Hixem II* contemporizando con algunos walfes que querían nombrarse independientes; esta benignidad le mata y cae.

*Hixem III.* Así como la podredumbre de la madera se conoce por los agujeros de la carcoma, y la existencia de un cadáver por los cuervos que en el espacio aparecen, asimismo hay detalles característicos y perfectamente definidos que indiquen la muerte de un Estado. Mientras el jefe es un ser medio inculto y ocupa el solio por riñones, la nación se engrandece; después viene la

paz y la protección á la cultura intelectual, y luego el período de la carcoma ó aparición de los estetas, signo precursor de la desaparición de un Estado.

Así sucedió en el Califato de Córdoba en su último período.

Aparecieron una colección de sinvergüenzas llamados modernistas unos, estetas otros, y muchos de ellos con costumbres altamente execrables; y en vez de ser perseguidos como alimañas, se les dispensaba amistad por personas, al parecer, bien nacidas, y hasta se les toleraba en los saloncillos de los teatros, en donde llegaron á tener algún ascendiente.

Los individuos de esta ralea formaban á modo de una secta para alabar sus propias obras y procurarse orgías abominables.

Durante este desdichado califato vieron la luz en Córdoba libros como *Psiquis infundis*, con un *vestíbulo* (prólogo) de *Ben-Aben-El Marimón*, y *Alma pamplística* con una *puerta trasera* (epílogo) de otro que tal.

Cuando esta clase de tipos no son perseguidos por las autoridades y llegan á tener alguna notoriedad entre las personas que alardean de decentes, la podredumbre del Estado es un hecho, y como consecuencia, no tarda en llegar la desmembración.

Así lo demuestra la historia de Judea, de Roma, del Califato de Córdoba y de todos los Estados habidos, presentes y por haber.







## PARTE SEPTIMA

---

### SIGUE LA RECONQUISTA

POR

**Manuel del Palacio.**

---

**La familia del Melero,  
digo, de Alfonso tercero.**

Generalmente, por lo menos en nuestros días, se suele pasar de la cárcel al presidio. Don García, el mayor de los chicos de Alfonso el Magno, pasó, por el contrario, desde el calabozo de un castillo de Asturias, al trono del nuevo reino de León.

Una vez instalado en su corte Don García, se dedicó á embellecerla y restaurarla, y si por falta de agua no pudo establecer la luz eléctrica, logró, en cambio, en una de sus salidas á provincias, talar y quemar los campos y la ciudad de Talavera, con el pretexto de que había moros en la costa.

Sin que yo crea, salvo el respeto que me mere-

ce la señora Mariana, *que el poder adquirido generalmente no suele ser duradero*, ello es que, bien por disgustos domésticos, bien por unos dolores reumáticos contraídos en la prisión, húmeda y poco ventilada, según costumbre añeja de este país, el pobre García apenas llegó á reinar tres años, falleciendo el mes de Enero de 914 en Zamora, donde había ido á inaugurar una fábrica de aguardiente anisado, cuyo olor ha llegado hasta nosotros.

Tocóle á su hermano Ordoño reemplazarle, pero desde Galicia, región que gobernaba, hasta León, tardó la friolera de cinco meses, no siendo ungido y coronado sino á fines de Junio. Verdad es que el viaje fué en tren mixto, y teniendo que detenerse en varias estaciones del tránsito, mientras se registraban y se robaban los equipajes.

Una vez instalado en el trono, arrancóse Ordoño imponiendo á sus pueblos una contribución extraordinaria por medio de libranzas del Giro mutuo. Y como estas libranzas las firmaba el Rey, y el buen señor escribía bastante mal, las gentes dieron en leer *Yo Ordeño*, allí donde decía *Yo Ordoño*, siendo ésta, en opinión de muchos eruditos, la etimología del verbo ordeñar.

Conviene advertir que, aunque adquirido por tales medios el dinero de los contribuyentes, no sirvió, como en tantas otras ocasiones, para mantener barraganas ni recompensar aduladores; gran parte de él se empleó en el adoquinado de las calles, en la reparación de palacios y templos y en hacer trajes de maragatos á la reina Doña Munia ó Doña Elvira, pues ambos nombres constan en sus cédulas de vecindad, y á sus cinco hijos, Sancho, Alonso, Ramiro, García y Jimena; el resto, y más que hubiera habido, se gastó en combatir

á los moros, los cuales llevaron una soberbia tunda en Santisteban de Gormaz; menor, sin embargo, de la que recibieron en Mindonia las posaderas cristianas. Este percance, y el que también sufrió Ordoño en Val de Junquera, por meterse á farolero, acudiendo al socorro de Sancho Abarca, no le quitaron el humor de embestir de nuevo al enemigo, al que volvió á sentar las costuras en la Mancha; pero sí le puso triste la muerte de su querida esposa; que Dios sabe á qué extremo le hubiera conducido, á no tropezar con Asgonta, gallega linajuda que le consoló dándole su mano, si bien hubo de repudiarla después por sospechas de que no se lavaba, casándose por tercera y última vez con Sancha, hija, hermana ó sobrina (pues en esto no andan conformes los historiadores) de García Iñiguez, rey de Navarra, y que, á juzgar por la fotografía, debió de ser una doncella de P. P. y doble V.

Hasta entonces, y salvo pequeños deslices, la vida del monarca leonés había sido lo que corresponde á una persona bien educada y bien mantenida; pero un arrebató funesto, de que no hay noticia se arrepintiera en la hora de la muerte, ha dejado en su limpia historia la señal que deja un borrón de tinta en un manuscrito ó una gota de aceite en un pantalón blanco.

Mas ¿para cuándo, sino para estos casos, hemos inventado los doctos el capítulo aparte?

Aquí la lógica lo aconseja, la necesidad lo impone.

No se deben servir en la misma copa el vino de Jerez y el agua de Loeches.

**Cómo el rey haciendo gala  
de facer desaguisados,  
fizo matar con entuerto  
á condes non condenados.**

Una de las instituciones más antiguas en Castilla, y que mejor ó peor conservadas (pongámonos en lo peor) subsisten aún, y lleva trazas de subsistir mucho tiempo, es la de los Condes.

Los hay de oro y de similar; históricos y novelescos; de vieja cepa y espontáneos como los hongos; Condes que deben y Condes que pagan, los cuales son, según el vulgo, los verdaderos Condes. De los que pegan, el último fué Villamediana, que acabó como ustedes saben, pegado por un estoque á la pared de casa de Oñate, sin más delito que el de haber puesto en verso lo que todos contaban en prosa.

Ahora bien; este era un Rey que tenía cuatro Condes...: uno de procedencia árabe, á quien decían el Blanco, acaso por lo que tuvo de negro; otro, hijo de éste, llamado Didaco, como si dijéramos Diego; otro que respondía por Fernando Ansúrez, progenitor sin duda de aquel famoso Peranzules, el de las bragas azules, y otro que apenas se llamaba Fernández.

Hallábanse los cuatro en Burgos, á donde tal vez irían al olorcillo del queso, y Ordoño que lo supo y que no los podía tragar, les mandó un *chascue* citándoles para tratar asuntos de interés común á un pueblecillo situado á orillas del Carrión. Los Condes, inocentes de suyo, acudieron allí con toda la rapidez de sus cabalgaduras, que eran cuatro hermosos mulos facilitados por la Comunidad

de San Pedro de Cardeña; pero cuando esperaban recibir en recompensa de su actividad cualquier obsequio, aunque no fuera más que un reloj cada uno, lo que recibieron fué una cadena, con cuyo adorno entraron poco más tarde en León, y del cual y de la vida les despojó el verdugo, que en aquellos tiempos reemplazaba al peluquero en eso de arreglar cabezas.

Claro es que felonía semejante no llegó á obtener el beneplácito de todo el mundo; los Condes en particular se apresuraron á inscribirse en la Equitativa, y hasta los mismos árabes domiciliados en la vecindad tuvieron palabras enérgicas de protesta contra el hecho, palabras en que abundaba la jota, letra principal de su alfabeto, y que también aquí se usa y se baila.

Pero Ordoño, al creerse en peligro, volvió una vez más á dar el grito de ¡acá García!, y ayudado por el Rey de Navarra metió en cintura á murmuradores y rebeldes, que no sólo pagaron los vidrios rotos, sino los gastos de su boda con la princesa Sancha, á quien había visto y requebrado en los baños de Fitero.

Esta y la otra fueron las últimas campañas del monarca leonés. Antes de terminar su viaje de novios y después de haber pasado por Toro falleció en Zamora, se supone que de pulmonía, pues era el mes de Enero de 924 y él acostumbraba dormir con poca ropa. En la misma arca que sirviera para sus galas de desposada llevó Sancha á León el cuerpo de su Ordoño.

¡Sí que fué un capricho!

### Tute de reyes.

Sucedió á Ordoño Don Fruela,  
el cual, según lo que de él  
me contaron en la escuela,  
si fué tigre en lo cruel,  
fué en lo cobarde gacela.

De cólera en un acceso  
mató á los hijos de Olmundo,  
que era un señor muy obeso  
con voz de bajo profundo  
y en cada pie un sobrehueso;  
y hasta á Fruminio, su hermano,  
obispo muy campechano  
que le aludió en un sermón,  
le puso con mucha unción  
el pasaporte en la mano.

Por fin, comido de ingleses  
y de lepra, que es igual,  
murió á los catorce meses,  
odiado por los leoneses  
como era muy natural;  
dejando su monarquía  
tan embrollada y obscura,  
que se ignora todavía  
si existieron algún día  
Lain Calvo y Nuño Rasura.

¿Quiénes eran estos peces?  
¿procuradores ó jueces?  
¿políticos ó guerreros?  
Por el nombre pienso á veces  
que fueron dos peluqueros.

Mientras Rasura afeitaba,  
Lain el pelo cortaba,  
y entre *diretes* y *dimes*  
más cada vez se ensanchaba  
el poder de los musulimes.

Pero volviendo al *cuento* de los Reyes, como dice un historiador serio, ello es que, pasado el paréntesis judicial, subió al trono Don Alonso el IV, hijo, según unos, del propio Fruela; según otros, de Ordoño *bis*, y, según cronistas anónimos, de un cartero del interior, por lo cual quedó establecido, y continúa siendo axioma, el cuarto... del cartero.

Poco ó nada hizo de notable el pobre Don Alonso, tan malquisto de sus vasallos que, no sabiendo dónde meterse, acabó por meterse fraile en el monasterio de Sahagún; y este período histórico sería uno de los más aburridos si no viniera á darle animación con sus hazañas el titulado Conde Fernán González, inventor de los capeos á la navarra, y que hizo á los moros retirarse á la otra parte del Pisuerga, razón por la que se llama las Moreras á un paseo de Valladolid, situado al margen de aquel río.

Por ausencia de su dueño, quedó al frente de los negocios reales un cierto Don Ramiro, hermano del exclaustrado, que, á fuer de buen creyente, no tardó en cerrar contra la morería, sobre todo cuando, apaciguada la rebelión que leoneses y asturianos habían promovido en favor del exfraile y de los hijos de Fruela, pudo encerrarlos á los cuatro después de hacerles sacar los ojos, sin duda para que no vieran lo mezquino y destartalado de su alojamiento.

Una vez desojados los parientes, entró Ramirito

por el reino de Toledo como Pedro por su casa; saqueó y quemó á Madrid, pasando á cuchillo sus habitantes, con la única excepción de Florencio Moreno Godino, y, tras nuevas campañas y nuevas victorias, con más despojos que un matadero y más botines que el duque de Tamames, preparóse á morir cristianamente yendo en peregrinación á Oviedo, donde en aquella fecha se guardaban muchos cuerpos de santos que ya no existen, tornando á León enfermo á consecuencia del abuso de la sidra y muriendo en brazos de doña Urraca, que, fiel á la costumbre de estas aves, escondió su cadáver en la iglesia del Salvador, fundada por él con el producto de los ahorros del vecindario.

Si la grandeza de un monarca se midiera sólo por el número de sus enemigos muertos en el combate y por la importancia de los robos y desafueros cometidos en poblaciones, casas y bolsillos más ó menos abiertos, Don Ramiro sería efectivamente un gran monarca. Por tal pasa en la historia, y yo me guardaré bien de molestar ni desmentir á esa respetable anciana, que es, en definitiva, la que nos ha de juzgar á todos.

**Fernán González, precursor de Fernández y González.—Identidad de su literatura.—Argumento de menos y cuchilladas de más.**

Todos los historiadores y cronistas, desde Sampiro hasta Ibo Alfaro, al llegar á este período de la Edad *sin medias*, entre aquel cúmulo de monarcas bígamos, princesas andariegas, soldados de fortuna y presbíteros de mandoble, hacen desta-

car poderosa y altiva la varonil figura del conde Fernán González, tomando por gracias gitanerías como la venta del jamelgo ó el cambio de ropa con su mujer para escaparse de la prisión, y queriendo disculpar á veces la facilidad con que mudaba de opinión y de bandera, pasándose de un Rey á otro, ni más ni menos que se pasa de uno á otro cacique cualquier diputadillo primerizo.

Todo hubieran sido satisfacciones para el buen Conde, aquí y en la otra vida, si á dos escritores liberales no se les ocurre hacer una obra dramática de esto que más bien parece una tarjeta: "El conde Fernán González"; cuyos autores, anticipándose cerca de seiscientos años á los sucesos, hacen decir á un soldado que con sus compañeros discurre sobre la próxima batalla:

—Va á haber la de San Quintín.

Y la hubo; ¡vaya si la hubo!

.....

Volviendo á la historia, no holgará advertir que con una hija del conde Fernán González estuvo casado Ordoño VI, que reinó también en León, y que sin ser muy bueno fué bastante mejor que Ordoño IV, el Malo, una de cuyas menores charranadas fué destronar á Sancho, el Gordo, que de resultas enflaqueció.

Alma de todas estas intrigas y fautor principal de estos desavíos era el susodicho Conde, que, en el afán de colocar ventajosamente á los hijos, planteando las bases de la yernocracia, alternaba las hazañas con las trapisondas, llegando hasta sacar de su apoteosis al Mira Mamolín y no desistiendo de sus ambiciosas miras hasta el día en que, sin que Castilla lo sospechara, pudo hacerse más dueño de Castilla que lo es en la actualidad Santiaguito Alba.

Y envuelto en el polvo que había recogido en cien combates, fué enterrado en Medinaceli aquel pedazo de héroe, cumpliendo cierto precepto del Korán, que dice, hablando de los muertos:—*No los lavéis...*, lo cual, con perdón de Mahoma, considero una porquería.

**Tales padres, tales hijos.—Moras de zarza.  
Ó flechazo ó pulmonía.— Los Velas en fanal.**

Hemos llegado al año mil, y aquí terminaríamos nuestra labor de benedictinos alegres, si no nos hicieran señas con la mano, no pudiéndolas hacer con la cabeza, los siete Infantes de Lara, á quienes también hemos conocido en el teatro.

Y vino Mudarra. Y sucedió lo que tenía que suceder.

Educado desde chiquitín en los sanos principios de "el que la hizo que la pague" y "garrotazo y tente tieso", apenas llegó á los catorce años y previas cariñosas excitaciones de su mamá, se apresuró á escabechar á Ruy Velázquez y á su mujer, doña Lambra, por cizañera y entrometida; pero teniendo en consideración sus circunstancias de parienta y señora, se contentó con hacerla morir quemada, después de vaticinarle que la iba á arder el pelo.

Esto le valió á Mudarra, pobre bastardillo habido por Gonzalo Gustios en su prisión de Córdoba, donde iba á menudo á consolarle, á pesar de sus canas, la propia hermana del rey moro, no solamente ser bautizado y armado caballero por el conde de Castilla, sino que su madrastra doña

Sancha le adoptara por hijo y heredero del señorío de su padre.

Respecto á si Mudarra fué ó no el fundador del linaje de los Laras y si desciende ó no de él mi amigo Manolo Manrique, allá ellos.

Proseguía mientras tanto lenta y tenaz la campaña dominadora de los árabes, amenizada con las peloterías que entre sí mismos armaban, dando ocasión á luchas, destronamientos y algún que otro rasgo de nobleza, como el del walí de Toledo Abdallah, que teniendo cautiva con otras cristianas una hermosa joven, hermana nada menos que del rey de León, y enamorado de ella, como se enamoraban aquellos bárbaros, se la pidió en matrimonio, concediéndosela el hermano á cambio de la paz. Pero llegó la noche de bodas, y después del festín consiguiente, y ya los novios solos, viendo Teresa que el moro la contemplaba embelesado, le dijo: "¡Mírame cuanto quieras, pagano, pero no me toques, porque mata Dios!" Y como efectivamente el walí se murió, pues *walía* la pena de hacer la prueba, al sentir acabársele la vida mandó devolver á su hermano la linda desposada, enviándola á León por gran velocidad, cargada, ya que no de otra cosa, con ricos dones de oro y plata, joyas y vestidos preciosos. Y que Teresita fué fiel al infiel lo demuestra el hecho de haber profesado en un convento de Oviedo, donde entró casi niña y se pasó de vieja.

Después de largo y calamitoso reinado, que hubiera sido calamitoso aun siendo corto, sucedió á Bermudo el Gotoso en el trono de León su hijo Alfonso V, que no contaba más que cinco años, y de cuya tutela se encargaron el conde de Galicia, Menendo González, y su mujer, doña Mayor, de nombre muy propio para tutora de un menor.

No se ocupó Alfonso por entonces más que en crecer; pero la verdad es que al paso que él crecía los moros menguaban, y que el conde Sancho de Castilla, por un lado, y por otro los de Barcelona y de Vagell, les atizaban cada pellizquito que me río yo de los de monja. Hombre ya el monarca leonés y casado con la chica de los condes, sus ayos, se dedicó en primer término á reconstruir su capital, muy deteriorada por las irrupciones de Almanzor y de Abdelmelik, y en seguida, sin salir de la albañilería, á reparar y fundar iglesias y monasterios, recogiendo de aquí y acullá los restos de príncipes y reyes que andaban dispersos y que todavía se guardan almacenados con bastante vilipendio en el panteón de San Isidoro.

Algunos disgustillos daba al buen Alfonso su tío el conde Sancho, no siendo de los más flojos aquel de que fueron causa los Velas, sujetos algo levantiscos, que expulsados no sin razón de Castilla, habían peleado contra ella unidos á los sarracenos, y que al ver el pleito de éstos muy dudoso se refugiaron en León, donde tenían protectores y amigos y medios de vivir holgadamente. Pero como el tío Sancho no pasaba de ser un tío, y al sobrino le tenían sin cuidado sus arrechuchos, hubiera seguido viviendo en paz Dios sabe hasta cuando, si con motivo de la guerra de fronteras, emprendida por el último califa Omniada Hixem, no hubiera Don Alfonso cruzado el Duero, yendo á poner sitio á Viseo.

Y aun allí nada de particular habría ocurrido, pues la plaza estaba á punto de rendirse, si una tarde de Mayo, excitado el rey por insufrible calor, impropio de la estación, y después de quitarse la coraza y demás prendas de abrigo, quedándose sólo con una almilla de franela fina, no se lanza

á caballo, seguido de su escolta de hulanos á reconocer la muralla, y una flecha, disparada desde lo alto de una torre por hábil musulmán, no viene á atravesarle el cuerpo. dando con él en tierra.

Así acabó á los treinta y tres años de edad Alfonso V, el de los buenos fueros, según le llamó por aquellos días *La Epoca*, decano ya de la prensa periódica.

### **A más señores...—Compuesta y sin novio. Los Velas en candelero.**

Era conde de Castilla por defunción y sepelio de Don Sancho, su hijo García II; una hermana de éste era mujer de Sancho de Navarra, y otra hermana fué pedida en matrimonio por el joven Bermudo al suceder á su padre en el trono de León. Tenemos, pues, á los tres soberanos de León, Navarra y Castilla emparentados, y acaba de remachar el parentesco la solicitud que los condes de Burgos hacen á Bermudo para que conceda la mano de su única hermana á Don García, concediéndole á la vez que cambie el título de conde por el de Rey. Accede éste á la demanda de los caballeros burgaleses, y por haber en León cierre de tiendas, parte á Oviedo para preparar los regalos de la hermanita y el del cuñado, ó sean la corona y demás chirimbolos. Mientras tanto, García llega á León, ardiendo en deseos de ver á la novia; se ven los muchachos, se gustan, y el amor y la galantería se dividen sus horas.

Aquellos Velas, arrojados de Castilla por el Conde Sancho, reúnen á sus parciales y á gran número de maragatos descontentos, y á la misma puer-

ta del templo de San Juan, donde acaso habría ido á dar gracias á Dios por la felicidad que le aguardaba, cae el infeliz García herido por cien golpes, siendo el primero el de Rodrigo Vela.

En García concluye la ilustre prosapia de Fernán González, pasando el condado de Castilla á poder de Sancho de Navarra, que se lo reparte para él solo, á cuenta de lo que ha de tomar más adelante: el reino de León, las Asturias y el Vizcaya, no llegando á Galicia, por la misma razón que no llegaban las noticias por el telégrafo óptico: interrumpido por nieblas.

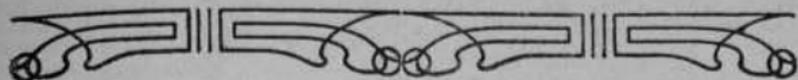
Después viene la unión de ambos reinos, cimientto de uniones futuras y verdadero preludio, un poquillo desafinado, de nuestra historia nacional.

Tomando por asalto el castillo de Monzón, don Sancho de Navarra degolló á cuantos había dentro, exceptuando á los tres Velas. Y consistió la excepción en que en vez de degollarlos dispuso que los quemasen vivos.

Y vivos ardieron los tres.

Eran *Velas*: tenían que acabar así.





## PARTE OCTAVA

### CONTINÚA LA RECONQUISTA

(Desde Fernando I á Pedro el Cruel).

POR

**José Estraña.**

**Los fusionistas del siglo X.—Fraternidad regia.—Conquistas y cólicos.—La ley del más fuerte.—Donde las dan las toman.—Ó juramos ó no reinamos.—El Cid y sus conquistas.—¡Viva el mazapán!**

Asesinado el Conde de Garcia por los Veias, como dejó maravillosamente narrado el historiador que me ha precedido, no se pudo casar con Doña Sancha, bien á pesar suyo; y entonces ésta, hermana del rey de León, que no quería quedarse en el mundo para vestir imágenes, se casó con Fernando, hijo del Rey de Navarra, y por efecto de esta boda y de la distribución de territorios que dicho rey hizo al ver próxima su muerte, quedaron fusionadas las coronas de León y Castilla.

Don García, hermano mayor de Don Fernando, estaba echando chispas porque su papá, Sancho de Navarra, le había designado la peor parte de la herencia. Tal era su inquina contra Don Fernando,

que al ir éste á Navarra á visitarle porque supo que estaba enfermo de un atracón de judías, le recibió arrojándole á la cabeza todos los medicamentos y cachivaches que tenía sobre la mesa de noche. Salió Don Fernando de estampía para sus Reinos, huyendo de aquel bárbaro que tuvo la poca vergüenza de ir á pagarle la visita, así que se vió libre del cólico; pero Don Fernando, que no se mamaba el dedo índice ni ningún otro dedo, le metió preso en el castillo de Cea.

El castillo era una cosa por el estilo de la jaula de los *Ratas* en *La gran vía*; así es que el prisionero entró por un lado y se fugó por otro. Se marchó á su tierra y volvió con un numeroso ejército para poner las peras á cuarto á su hermanito. Libróse la batalla en el valle de Atapuerca y murió Don Sancho de un tiro de revólver Smith que le dispararon á boca de jarro de cerveza.

Ya libre de aquellos cariños fraternales, el Rey de León y Castilla fué á medir sus armas con las de los moros, mientras la pobre doña Sancha entretenía su aburrimiento unos ratos haciendo media y otros leyendo *El Siglo Futuro*...

Don Fernando pasó el Duero, entró en la Lusitania y se apoderó de algunos pueblos. Al año siguiente penetró por tierra de moros en el centro de la Península y tomó plazas, taló campos y destruyó cosechas.

Atemorizados evidentemente los reyes de Toledo y de Sevilla, Alí-El-Mamón y Ebu-Abeel, le hicieron ricos presentes—entre ellos una cesta de moras—para que no se metiera con ellos. Tanto le gustaron las moras que se atracó de ellas y enfermó, siendo esta la causa de que se quedara él á la luna de Valencia, porque no pudo entrar en dicha plaza, como era su, más vehemente deseo.

La enfermedad se fué agravando y tuvo al fin un desenlace fatal. Murió después de reunir las Cortes y de repartir, con aprobación de éstas, sus Estados entre sus hijos, adjudicando á Sancho, Castilla; á Alfonso, León; á García, Galicia; á doña Urraca, el Señorío de Zamora, y á doña Elvira, el Señorío de Toro. Un periódico de aquella época censuró mucho esta distribución, principalmente por lo que se refiere á la adjudicación de Toro á Doña Elvira. Tuvo, sin duda, el presentimiento de que ello había de dar margen algún día á la aparición en España de las señoritas toreras.

Sancho II el Fuerte, así llamado porque parecía una torre blindada, quiso cargar con toda la herencia, y declarando la guerra á sus hermanos, les arrebató Galicia, León y Toro. Pero puso cerco á Zamora, para quitársela á Doña Urraca, y le costó cara la zamorana empresa.

Valiéndose de un ardid  
que evitar no pudo el Cid,  
mató al rey Bellido Dolfos,  
y se indignaron los golfos  
y las golfas de Madrid.

Su indignación no tuvo límites cuando leyeron la noticia del asesinato en un extraordinario de *Los Sucesos*.

Correspondía la corona de Castilla, por falta de sucesión del interfecto, á su hermano Alfonso; pero los burgaleses creyeron que éste había tenido parte en la muerte de aquél, y antes de darle posesión del destino, le obligaron á jurar tres veces que sus acciones habían sido siempre elevadas, como las de *la Tabacalera*.

Un chico de buena familia, que empezaba á descollar entonces por sus grandes agallas, Rodri-

go Díaz, llamado el Cid Campeador, se atrevió á recibir el juramento del rey en la iglesia de Santa Gadea de Burgos. Alfonso VI le desterró por haber tenido aquella osadía, y el Cid, que había estudiado el arte de la guerra en los artículos de Burguete, se encaminó á Valencia, la conquistó, la empaquetó y se la facturó al rey Alfonso en pequeña velocidad, para que viese que no le guardaba rencor por el destierro.

El Rey, movido por la generosidad del Cid, le devolvió su gracia torera, y desde entonces Rodrigo se hizo invencible. Al rey de Marruecos, al Conde de Barcelona, á los Almoravides, á los moros de Valencia y Aragón, á todos los enemigos, les vence en cien batallas, les derrota, les tritura, les hace polvo y se queda tan fresco.

Le salió al fin al Cid Campeador la contraria y quedó derrotado en una batalla cerca de Alcira, muriendo de pena el año 1099.

El acontecimiento más notable del reinado de Alfonso VI fué la toma de Toledo. Se le ocurrió al monarca cristiano ganar dicha plaza, atraído por la fama del mazapán; pero necesitando reforzarse con una alianza, buscó la del rey moro de Sevilla. Fué allá el hombre, y al ver á la hermosa Zaida, que estaba al lado de su papá tocándole un garrotín en la guzla, cambió de idea, y en lugar de aliarse con el padre se lió con la hija, haciéndola el amor por lo fino. El efecto fué el mismo, porque Zaida se dejó bautizar recibiendo el nombre de Isabel, y se casó con Don Alfonso, que obtuvo por este medio la doble satisfacción de llevarse una buena moza y la amistad de su papá político el rey moro sevillano.

Con estos elementos emprendió el sitio de Toledo, en cuya plaza entró el día 25 de Mayo

de 1085, y murió el año 1109, dejando dos hijas casadas, una Urraca y otra Teresa, á las cuales acompañó en el sentimiento.

**Frase célebre de un arzobispo.—Regicidio. El sucesor de Sancho.—Berengueres y Berengueritos en Cataluña. — Madrastricidio horrible —El sistema constitucional en estado de canuto.—Otro Caín.**

Quedamos en que falleció Alfonso VI, el cual ejerció el poder real ilimitadamente, según la famosa frase que se atribuye al arzobispo D. Rodrigo: "*Quo volunt reges, vadunt leges.*" (Cuando vuelan las rejas, se van los legos.)

Posesionados de sus respectivos tronos, en Navarra Sancho García, que sucedió á García IV, cadaverizado en Atapuerca; en Castilla Don Fernando y en Aragón Don Ramiro, no tardaron estos tres monarcas en tirarse á la cabeza los chirimbolos, por cuestión de intereses, aliándose contra Fernando, Sancho García y su tío Ramiro de Aragón. Este tío ayudó á Sancho en su empresa de recobrar las tierras que Fernando había agregado á Castilla. Fernando se las arrebató de nuevo y colocó en ellas una pareja de la Guardia civil para su custodia, y de este modo las pudo retener hasta que falleció.

Sancho García como buen navarro, era todo un carácter. Dió grandes palizas á los árabes, obligando al Rey de Zaragoza á pagarle su tributo, y al mismo tiempo estuvo dando coba con promesas y aplazamientos que nunca se cumplían (siste-

ma Sagasta) á los monjes cluniacenses, los cuales pretendían nada menos que la abolición del oficio gótico, abolición que hubiera constituido nuestra desgracia.

Dejó Sancho dos niños de corta edad, y los navarros, que sabían bien lo que le sucede al que con niños se acuesta, eligieron por rey al monarca de Aragón, Sancho Ramírez, y á los pobrecitos bebés los echaron á la Inclusa, para que las amas de cría, aunque no las pagaba la Diputación, cuidaran de ellos.

Pasemos á Cataluña, cuya historia se concreta en este período al Gobierno de un Berenguer y unos Berengueritos sucesivamente.

El primer Berenguer, llamado *el Viejo*, tuvo grandes disensiones con su abuela, que, siendo *viejo* el nieto, debía de ser ella una especie de *Urganda la Desconocida*. Así y todo, tales trifulcas armaba, alegando derechos á varios condados catalanes, que se vió obligado Berenguer á pactar con ella para que renunciara á sus pretensiones, mediante la entrega de mil onzas en títulos de la Deuda exterior.

Apaciguadas estas discordias, se dedicó este conde catalán á arrebatarse plazas á los musulmanes y á comer butifarras, que eran su manjar predilecto.

Pero su vida doméstica fué terrible.

Entre su hijo Ramón, habido de su primera esposa, y su segunda mujer Almodis, armaban cada pelotera, que raro era el día en que no intervenía el Comisario del distrito.

Llegó á tal punto el odio que se profesaban, que un día Ramón, exasperado, fué madrastricida. Mató á la mujer de su padre, tirándola el almirez de hacer el *ali-oli*, y el pobre viejo se dobló al pe-

sar... al pesar una carga de carbón, y falleció completamente.

Este señor Berenguer,  
que fué un conde liberal  
y hombre de mucho saber,  
hizo surgir el primer  
albor constitucional.

Determinó con buen fin  
que los condes no pudiesen  
ni mover un adoquín,  
ni promulgar leyes sin  
que las Cortes concurriesen.

Pero aquellos diputados  
lo eran sin que una peseta  
les costara ser votados,  
porque eran todos nombrados  
por medio de la *Gaceta*.

Gente de arraigo y de peso,  
mas de poca ilustración;  
vamos, *congrios*, y por eso  
se dió á aquella reunión  
el título de *Congreso*.

Se puso allí en vigor el  
Código de los *Usages*  
contra el feudalismo cruel;  
pero ¡ay! al Código aquél  
siguió el de los *Abusages*.

Rindo, sin embargo, honor  
á aquellas gentes bizarras  
y felicito al señor  
don Ramón Berenguer, por  
su amor á las butifarras.

Sucedieron á este conde soberano de Barcelona sus dos hijos, Berenguer y Ramón Beren-

guer III, para que gobernaran juntos, como dos buenos hermanos; pero duró poco la concordia. A consecuencia de su disconformidad respecto al concierto económico, se empezaron á odiar de tal manera, que el primero buscó asesinos para que le rompieran la fraternidad al segundo, y así sucedió. Los asesinos le sorprendieron en una horchatería, adonde le llevaba todas las tardes la pasión que sentía por una camarera muy guapa del establecimiento, y le asesinaron con la complicidad de ella, dejando caer sobre la cabeza del pobre Berenguerito un bloque de hielo artificial. El Caín quiso borrar la huella de este crimen dando palizas á los moros; pero aunque se las dió muy grandes, y les arrancó la importante ciudad de Tarragona, no le valió la martingala.

Los catalanes se declararon por el hijo del muerto, Ramón Berenguerito el IV, y aquél tuvo que ir á Palestina, donde murió destrozado por un proyectil de cañón Snelder, según carta que él mismo escribió al conde de Chestre, y que se conserva en el archivo de Simancas.

Esto se llama, lectores,  
restablecer la verdad  
y rectificar errores  
de antiguos historiadores  
de poca formalidad.

**Aragón: Fraternidad regia.—Ramiro primero y Sancho Ramírez después.—Un obispo famoso.—El sitio de Huesca.**

A Ramiro de Aragón le salieron mal todas las cuentas, menos la anexión de los condados de Sobrarbe y Ribagorza, cuando su hermano Gonzalo

fué asesinado por los anarquistas. Invadió las tierras de su hermano el rey de Navarra, y le dió á éste la paliza *H*. Después entró por tierras de Castilla contra su otro hermano Fernando; pero al saber por telégrafo que á García de Navarra, que también había entrado por uvas, le habían dejado seco en las viñas de Atapuerca, exclamó:—¡Zape! y volvió grupas á todo galope, dirigiéndose á su hogar paterno.

Como se ve por lo referido, en éste y en anteriores anales de la Historia todos los reyes eran parientes próximos, profesándose un cariño puro á carta cabal, sin perjuicio de arrebatarse unos á otros sus fincas á estacazo limpio con la mayor fraternidad posible.

No se sabe que Ramiro, después de su último fracaso, hiciera otra cosa que reunir un concilio en Jaca, el cual careció de interés en absoluto, por falta de oradores de punta, pues no había nacido todavía el popular obispo D. Antolín Peláez.

Murió Ramiro I de muerte natural, en el catre del dolor, cosa muy rara en aquellos tiempos, en que casi todos los reyes morían *ab intestato*, como decía cierto diputado queriendo decir *á la intemperie*.

Ascendió al trono el primogénito de Ramiro, Sancho Ramírez, que ya había manifestado desde chiquitín sus cualidades guerreras tirando del moño al ama de cría que le amamantaba, y como ese espíritu belicoso persistió en su organismo durante toda su existencia, comenzó su reinado haciendo una irrupción por el campo de los árabes, á los que arrebató la ciudad de Barbastro, trasladando á ella después la butaca episcopal de Rada... y Delgado (Juan de Dios de la).

Tal fué el ascendiente que tuvo este notable

obispo y escritor en la corte de Sancho Ramírez, que las huestes cristianas acometían á los moros cantando con música del Himno de Riego:

Juan de Dios de la Rada y Delgado  
nos infunde vital frenesí...

No dejemos ni un moro empinado...

¡Guerra, guerra al infiel marroquí!

Como ya queda consignado en su lugar oportuno, los navarros ofrecieron su reino á Sancho Ramírez, y de este modo, fortalecido con la unión de Aragón y Navarra, arreció el señor Ramírez su hostilidad á los moros, arrebatándoles varias plazas, plazuelas, cerrillos y boulevares; pero en el sitio de Huesca murió atravesado por una *saeta* de Leopoldo Cano, que le emocionó mucho. Antes de morir, no después, como afirmaba un corresponsal del *New York Herald* de Londres, hizo jurar á sus hijos que no abandonarían el bloqueo de la plaza hasta rendirla; inútil juramento, porque los chicos estaban ansiosos de entrar en Huesca, desde que habían visto con los anteojos de campaña, asomados á un ajimez, dos señoritas muy guapas, que les quitaban el sentido.

**Castilla: Doña Urraca y Don Alonso cónyuges.—Su luna de miel.—El primer emperador.—Duelo de familia.**

Ocupaba el trono castellano Doña Urraca, hija de Alfonso VI y viuda de un tal D. Raimundo de Borgoña, cuando al rey de Aragón se le ocurrió alegar que por derecho de sangre y por cualidad de varón le pertenecía la corona de Doña Urraca. ¡Qué falta de galantería y qué poca vergüenza!

Como Alfonso I echó á volar la especie falsa de que contaba con una poderosa escuadra de grandes acorazados, se intimidó la nobleza castellana y, para conjurar el peligro, concertó la boda de su reina con el monarca aragonés.

La erró de medio á medio. No se vió jamás un matrimonio más desavenido. El primer día de casados inauguraron su luna de miel tirándose los platos á la cabeza, espectáculo que se repitió diariamente, porque si Doña Urraca tenía un genio endemoniado, Don Alonso era un hombre de muy malas pulgas.

—Repásame este par de calcetines,—decía el Rey.

—No me da la gana,—contestaba la Reina.

—Yo lo mando.

—Como si lo mandara el aguador.

—¡Estúpida!

—¡Morrall!

Y ¡cataplum! bofetadas, arañazos, mordiscos y escándalo gordo. Esto era el pan de cada día por motivos semejantes al de los calcetines.

Estas desavenencias conyugales pasaron al Estado y se rompió la armonía entre castellanos y aragoneses. Hubo entre ellos una batalla cerca de Sepúlveda y fueron los de Aragón los vencedores; pero luego los *urracos* obligaron á los *alonsinos* á ahuecar el ala mientras el Papa y el Concilio de Palencia declaraban nulo el matrimonio de ambos reyes por ser parientes en tercer grado. ¡A buena hora!

Muerta Doña Urraca, subió al trono de Castilla Alfonso VII, que se casó con la bella y elegante señorita Doña Berenguela, soltera de nacimiento é hija del Conde de Barcelona, un señor *més catalá que Deu*, según decía él mismo muy

frecuentemente, y lo demostraba no quitándose la barretina ni para dormir.

Alfonso VII, con los elementos que le trajo esta unión, con las plazas que arrebató á los moros, con la desmembración del reino de Navarra y con un premio gordo que le tocó en la Lotería de Navidad del año 126, adquirió tanta preponderancia que hasta recibió del Pontífice Inocencio II el título de Emperador en papel sellado de á peseta. Alentado con tales honores y poderío, la emprendió de nuevo contra los moros de Andalucía y les saqueó los campos de Jaén y Baeza; pero después intentó tomar á Coria y no le resultó la combinación, porque el célebre bobo, que era entonces guarda rural al servicio de los árabes, le *vió de venir* á lo lejos, por la carretera, y dió la voz de alarma á los vecinos.

Los últimos triunfos de Alfonso VII fueron contra los moros almohades, llamados así porque llevaban en la cabeza una almohada para aminorar la violencia de los garrotazos. Algunos historiadores destruyen esta explicación, asegurando que dichos moros no se llamaban *almohades*, sino *almorroides*. Es difícil averiguar ya lo cierto entre una y otra afirmación, porque de las pesquisas que hemos practicado resulta evidente que no queda ya ningún veterano de aquellas campañas. Todos han ido desapareciendo poco á poco.

El Rey Alfonso VII, con ser emperador y todo, no pudo evitar que los almohades ó almorroides recuperaran la ciudad de Almería.

Y no lo pudo evitar, porque se murió del dengue.

Los dos hijos del difunto, que allá nos espere muchos años, se repartieron como buenos hermanos el reino de papá, quedándose uno con Castilla y el otro con León. En aquella época las

familias reales se repartían los pueblos como si fueran rebaños de ganado cabrío, que es el más sufrido que se conoce.

Sancho III, llamado "el primer Deseado", porque el segundo lo fué, siglos después, un tal *Narizotas*, se encargó de reinar en Castilla, durándole poco la breva, porque se murió en la flor de la juventud. Lo único digno de mención que hizo este monarca, durante su corto reinado, fué un chico, que heredó los chirimbolos de reinar con el nombre de Alfonso VIII.

Grandes contrariedades tuvo Alfonso en los primeros años de su reinado, siendo una de las más sensibles que, después que conquistó á Cuenca, se confederaron contra él los reyes de Portugal, León, Navarra y Aragón, sin motivo justificado.

Lejos de achicarse por la actitud hostil de sus colegas, el rey Alfonso invadió la Andalucía y dirigió al jefe de los Almohades Aben Yussuf, que estaba veraneando en Africa, un arrogante cartel de desafío, con el sello del Congreso en el sobre para ahorrarse los quince céntimos del franqueo. Recibió Aben Yussuf la carta, se le calentó la sangre, y aprovechando el primer hervor, que debió de servir para dar impulso al navío, sin sospechar que en ese principio se había de basar más tarde el descubrimiento de la locomotora, desembarcó en España con gran muchedumbre de guerreros, que dieron una paliza colosal á las huestes de Alfonso, á la vista de Alarcos, no contentándose con menos que con cortar veinte mil cabezas bautizadas, que envió el bárbaro Yussuf á su amigo el Califa de Córdoba, en carros de bueyes, para que las repartiera entre las ciudades musulmanas, haciendo creer que eran quesos de bola.

Desde entonces no pensó el rey más que en

devolver á los moros la paliza, á cuyo efecto pidió gente de guerra á la Palestina, Francia, Italia y Alemania, que le enviaron multitud de guerreros; pero éstos, á pesar de que el Rey Don Alfonso les proveyó de sombrillas, no pudieron soportar la elevada temperatura de aquel mes de Julio, y, llenos de horror al ver que los soldados españoles cocían el rancho poniendo al sol las marmitas, huyeron de este clima terrible, á sus respectivas tierras, llevando termómetros de España para justificar ante sus respectivos gobiernos los motivos poderosos de su desertión. Pero se operó un milagro que les dejó corridos y estupefactos á la vez. Al mostrar los termómetros españoles, se vió que no marcaban ni más ni menos temperatura que la que reinaba en aquellos países. En vista de esto fueron fusilados todos los desertores desde sargentos para arriba.

No se intimidó el Rey Alfonso porque le abandonaron los extranjeros, y sin más tropas que las suyas y las de Navarra, acometió al ejército de Aben-Yussuf en los campos de las Navas de Tolosa, teatro de una de las batallas más formidables y más gloriosas para la cristiandad que se han visto en el transcurso de los tiempos.

Fué tremenda la lucha: los cristianos, que llevaban la Santa Cruz por guía, eran valientes; y á los mahometanos tampoco les faltaba bizarría.

Formáronse lagunas y pantanos con la sangre y el suero que corría, y cinco horas ó seis, según la Historia, estuvo muy indecisa la victoria.

Sediento el rey Alfonso de venganza por la, de Alarcos, colosal paliza,

al centro de los árabes se lanza  
con furia tal que les aterroriza.  
Ya vencidos, empieza la matanza  
de aquella raza mora advenediza,  
que los turbantes pierde en el encuentro  
con sus cabezas mahometanas dentro.

Los moros de canguelo se llenaron  
y hasta perdieron de comer las ganas,  
pues por el suelo de la lid rodaron  
doscientas mil cabezas musulmanas.  
Varios corresponsales las contaron  
con el fin de evitar disputas vanas,  
y que fueron, afirman con ahinco,  
doscientas mil trescientas veinticinco.

Allí quedaron célebres guerreros  
de la árabe legión exterminados;  
los moros más valientes, los más fieros,  
los más á guerrear acostumbrados,  
por nuestros valerosos caballeros  
en ese día fueron afeitados.

Yussuf sólo, el mejor de sus caudillos,  
de allí pudo escapar ¡en calzoncillos!

La dorada trompeta de la fama, como dice un historiador, anunció al mundo que la causa de la civilización se había salvado, y hubo en toda Europa grandes fiestas, solemnizándose en toda España con fuegos artificiales, batallas de flores, concursos de aviación y otros regocijos públicos.

Poco después de la batalla de las Navas, que no tienen nada que ver con las Navas de los botijos de leche, murió el rey D. Alfonso VIII, que santa gloria haya por todos los siglos de los siglos. ¡Amén, Yussuf!

**Otro reyecito.—Vuelven los Laras al poder.  
¡Olé, Doña Berenguela!—Fernando el Bon-  
dadoso.—Dos Alifonsos y una fundición.**

Muerto Alfonso VIII hereda el trono de Castilla el chiquitín de la casa, Enrique I, bajo la tutela de su hermana Berenguela, la cual, si hemos de dar crédito á sus biógrafos, era una notabilidad guisando callos y caracoles.

Los Laras ¡otra vez los Laras! se sintieron poseídos del demonio de la ambición de ser los amos del cotarro y promovieron grandes disturbios, principalmente en las aguas del Lozoya, hasta que Doña Berenguela, con el noble deseo de poner término á las burradas de aquellos enemigos del orden público, les cedió la tutoría del nene, reservándose únicamente el derecho de leerle las poesías de Chocano para que las aprendiera de memoria.

Dueños los Laras de la situación, pagaron la generosidad de la hermana mayor del chiquitín, cometiendo mil tropelías de mal género contra ella.

El rey murió sin querer en un patio del palacio episcopal de Palencia, jugando al toro con otros párvulos de su edad, y las Cortes del reino, reunidas en Valladolid, reconocieron como legítima soberana á Doña Berenguela, esposa de Alfonso IX de León, la cual renunció la corona en favor de su hijo Fernando, abdicación que le valió muchas felicitaciones.

    Todos con gusto le vieron  
    colocarse el regio manto,  
    porque todos presintieron  
    que había de ser un santo.

Dejémosle estudiar su plan de gobierno, en la seguridad de que ha de ser mejor que los que ahora se forjan, y veamos lo ocurrido en el reino de León desde la muerte de Alifonso VII.

El sucesor de éste, Fernando II, fué bondadoso y liberal hasta el extremo de que, durante su reinado, no se procesó á ningún periodista.

A pesar de su bondadoso carácter tuvo necesidad Fernando II de dar un pie de paliza al rey de Portugal Alonso Enríquez, cansado ya de sufrir sus inconveniencias; pero después él mismo le curó los desperfectos físicos y le pagó el viaje de vuelta á su país, sacándole billete de primera.

En el trono de León sucedió al pobre Fernando, Alfonso IX, que casó con Doña Berengena y sólo dejó, como recuerdo de su reinado, la Universidad de Salamanca, haciendo constar entre las bases de la fundación, su voluntad expresa de que fuera nombrado rector de la misma, en su tiempo y sazón, un sabio que había de nacer con el apellido de Unamuno.

Un historiador dice que á la muerte del monarca leonés su corona se fundió con la de Castilla en las sienes de Fernando III.

¡Asómbrense los grandes y los nenes  
de esa temperatura! ¡Dios *loao*!

¡Vaya un calor el de las regias sienes!

¡Ni el de los Altos Hornos de Bilbao!

### **Fernando III el Santo de los moriscos espanto.**

Fernando III el Santo tenía diez y ocho años, cuatro meses, veinte días y cinco horas, cuando su distinguida mamá renunció en él los chirimbo-

los del trono de Castilla, renuncia que á Don Alfonso IX de León, padre de aquél, le irritó *soberranamente*.

Dos veces acometió la empresa de destronar á su hijo aquel padre desnaturalizado; pero al saber que los mayores contribuyentes de Valladolid se habían reunido en el Círculo Mercantil y habían acordado, por unanimidad, cogerle y encerrarle con su mujer—de la cual estaba divorciado—en una celda del convento de San Benito, se atemorizó el monarca leonés de tal modo, que dejó en paz á su hijo para siempre. La amenaza era terrible y produjo su efecto.

Fernando III se casó con la señorita Beatriz de Suabia, hija del emperador de Alemania, á la cual conoció en un viaje que hizo ella con una tía suya á Valladolid para sacar instantáneas de sus principales monumentos.

Con este enlace robusteció Fernando el poder de su trono y se lanzó á la guerra contra los infieles, que andaban ya de alquicel caído desde la derrota de las Navas, y les arrancó la posesión de varias plazas de toros de Andalucía.

Muerto su papá Alfonso IX, dejó éste por herederas de su trono á sus hijas Doña Sancha y Doña Dulce, hermanas de Don Fernando por parte de padre, porque viviendo aún Doña Berenguela se casó el rey Alfonso con una portuguesa, de la cual tuvo dos pimpollos. Entre los reyes de entonces había cada llo de familia, que ni los jerglíficos de Novejarque.

Fernando echó el testamento de su padre en el cesto de los papeles y se anexionó el reino de León, dejando á sus hermanas con la boca abierta; pero dando un nuevo testimonio de sus cristianas virtudes las indemnizó con una fuerte suma de

acciones del Banco de España, que ya se cotizaban en aquella época al 400 por 100.

Con este motivo Doña Sancha se ensanchó extraordinariamente y Doña Dulce se endulzó tanto, que llegó á ponerse empalagosa.

Dueño ya Fernando de grandes elementos, comenzó las operaciones contra los moros yéndose por los cerros de Ubeda, y después de apoderarse de ellos se retiró á Benavente, donde le sorprendió, algunos días después, la noticia de que sus valientes guerreros habían caído sobre Córdoba apoderándose de los arrabales y entrando los más intrépidos en algunos harenes, en los cuales habían raptado las más preciosas odaliscas, algunas de las cuales buscaron refugio bajo los divanes del *Club Guerrita*.

Viudo Fernando III de la alemana, contrajo segundas nupcias (lo cortés no quita á lo valiente) con Juana de Pouthiese (*le nom ne fait rien a la chosse*) y poco después de verificarse este matrimonio dejó de existir Doña Berenguela de resultas de habérsela parado la respiración, suceso que afligió mucho á su hijo, el cual comenzó á padecer de insomnios sin que acertaran los médicos á suministrarle algo que le hiciera dormir, hasta que un curandero muy afamado le recomendó que leyera en la cama la Biblia de Carulla.

Repuesto ya de sus penas y de sus insomnios, el fervoroso monarca dirigió su pensamiento y sus miradas á Sevilla, atacándola por tierra y por agua. Mientras estrechaba el cerco por tierra, un ejército en cuyas filas militaban el moro Aldhamar y un tío del *Gato*, el consumado marino Ramón Bonifaz organizaba una escuadra de poderosos acorazados en la costa Cantábrica, y tomando el título de almirante, por primera vez oído, se

dirigió con la flota al Mediterráneo, embocó el Guadalquivir á bordo de un torpedero é hizo que fuera decisivo el triunfo de las armas cristianas, en cuyo poder cayó la perla del Guadalquivir.

Tan importante conquista, comunicada por telégrafo á todas las naciones del mundo, fué un acontecimiento grandioso, que hizo subir los fondos españoles en las principales Bolsas extranjeras.

Fernando no sólo brilla  
en la Historia cual glorioso  
conquistador de Sevilla,  
pues también se hizo famoso  
como rey sabio en Castilla.

La formación inició  
de un Código general,  
leyes justas promulgó  
y en sus pueblos fomentó  
la Milicia Nacional.

Quizás en esto fundando  
su aserción, dice un cronista  
que fué en su tiempo, reinando,  
fundador el rey Fernando  
del partido progresista.

Protegió á las Artes bien,  
hizo beneficios sumos,  
siempre sin mirar á quién,  
y fué el inventor también  
del impuesto de Consumos.

Queriendo ser protector  
de la industria castellana,  
cual buen administrador,  
fué Fernando el fundador  
de la primera Aduana.

Y aunque todo lo dispuso  
desde la quilla hasta el tope  
para que no hubiera abuso,  
¡el primer vista que puso  
ya le resultó *miope!*

Sin querer, pues, Don Fernando,  
el que dió al moro el gran tute  
á Sevilla conquistando,  
fué inventor del contrabando  
como también del matute.

Santo le hizo por su fe  
la Iglesia muy justamente  
y en los altares se ve...  
¡Su único pecado fué  
inventar el *expediente!*

Puso Fernando la primera piedra en la Catedral de Toledo y murió, beatísimamente, fuera del catre, haciendo que separaran de su lado los chismes de reinar; porque dicen que dijo:

—“*Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré al seno de la tierra*”, voluntad que no fué rigurosamente respetada por la familia, pues consta en documentos archivados que le enterraron con una camiseta de lana y unos calcetines á rayas azules.

**A rey muerto, rey puesto.—Sabio, pero torpe.  
Sancho el Bravo, pero de poco poder.—Fernando IV y la bola.**

Tras un rey santo, un rey sabio. Alfonso X, hijo de Fernando III, subió al trono de León y Castilla. Como sabio, alcanzó la inmortalidad; como

monarca, "*más le valiera haber estado duermes*", según consta que le dijo Don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya.

Uno de sus primeros actos fué el disparate de alterar el valor de la moneda y tasar el precio de los comestibles, ocasionando con esto un verdadero motín de verduleras, las cuales obligaron al rey á revocar el edicto, después de haberle reventado en la nariz un tomate que, en medio de un diluvio de toda clase de hortalizas, le disparó *Pepa la frescachona*.

Alfonso X estuvo á punto de agarrarse con Jaime I de Aragón por cuestión de dominio en Navarra, y con Alfonso de Portugal, por lo mismo, en los Algarbes. La primera bronca la evitó la intervención del patriarca de las Indias y la segunda el matrimonio del portugués con una agraciada señorita, fruto de un lío del monarca castellano con una *ecuyere* del Circo de Price.

Entonces la emprendió Alfonso X contra los moros y conquistó al Algarbe, á Jerez, á Niebla y á una campesina muy guapa, que entró en el campamento á vender huevos á los sitiadores, los cuales no los necesitaban, porque estaban de ellos asaz provistos. Los moros sitiados en Niebla hicieron uso de la pólvora por primera vez, y de ahí le viene el nombre á aquel pueblo, porque los cristianos creyeron *niebla* lo que era *humo*, resultando que Alfonso X no fué el que inventó la pólvora, y esto menoscababa algún tanto la fama de su sabiduría.

Muere, en cambio, el emperador de Alemania, y le entra á Don Alfonso la chifladura de ceñir aquella corona. Manda allá agentes electorales, bien provistos de billetes de Banco para comprar votos—dando un mal ejemplo, que se ha transmitido

de generación en generación hasta los tiempos de Barroso,—y vuelven los agentes trayéndole, en lugar del acta, un hermoso *mico*, regalo de los alemanes.

Mientras tanto, los moros de Granada y Murcia, confederados, se apoderaron de Jerez, bebiéndose toda la manzanilla que había en las bodegas de Domecq y Misa de once, y los magnates, capitaneados por Nuño de Lara, se sublevaron contra el rey Alfonso por sospechar que estaba contaminado de los principios socialistas de Pablo Iglesias, pues concedía muchos fueros á los pueblos en perjuicio de los nobles.

Como el rey no tenía carácter ni aptitudes para ese oficio, á pesar de ser un sabio para todo lo demás, se achicó ante la actitud enérgica de los nobles, y para complacerles reunió dos veces las Cortes: una en Burgos, presidida por el Papa-Moscas, y otra en Almagro, bajo la presidencia de aquel corregidor que se murió porque á un vecino suyo le habían hecho un chaleco demasiado corto. No bastó lo que el rey propuso ante las Cortes, y tuvo necesidad de comisionar, con amplias facultades para concederlo todo, á la reina y al infante Don Fernando de la Cerda, llamado así porque tenía todo el cuerpo tan lleno de pelos tiesos y ásperos, que parecía un cepillo.

Después de este lastimoso acto de humillación, el rey Alfonso, en lugar de irse adonde se fué el Padre Padilla, se fué á Alemania, dejando por gobernador del reino al hombre-cepillo. Súpolo Yussuf, el simpático Yussuf, y desembarcando otra vez en España entró á sangre y fuego por Castilla, donde se trabó un combate, en el cual murieron Nuño de Lara, el arzobispo de Toledo, con mitra y todo, y el propio Don Fernando de la Cerda,

atravesados los tres por los efluvios de una mirada furibunda que les lanzó el pícaro Yussuf.

Tenían derecho á la corona los cochinitos, ó sea los hijos de la Cerda; pero el hermano de éste, Don Sancho, dijo que él era el heredero del rey, y se dió tan buena maña para derrotar á los moros y libertar de enemigos á Castilla, que cuando volvió de Alemania Alfonso X, los nobles le pidieron que se muriera, para que continuara Sancho reinando, y si no quería morirse, que le nombrara heredero del trono por lo menos. Optó por atrapar una pulmonía y morirse, legando el trono á sus nietos, los hijos de la Cerda, sin importarle un pito de lo que pudiera ocurrir por haber reconocido antes como heredero á Don Sancho.

Esta *partida* serrana de Don Alfonso no figura en el libro de las *Siete partidas*, por las cuales se hizo su fama imperecedera hasta el punto de que nunca pudo eclipsarla con sus *partidas* Don Carlos de Borbón.

A pesar del testamento de Alfonso el Sabio, en favor de los críos de la Cerda, Sancho IV, que se ganó el dictado de *bravo* á fuerza de puños, arrancó el manto real de los hombros de sus sobrinos y se lo puso descaradamente. Tuvo al principio que ser tolerante con los nobles que le habían ayudado á subir, especialmente Haro, por el que tuvo que pasar, y Lara, que le visitaba todos los días á los postres con el pretexto de tomar café y era para llevarse á su casa las cucharillas.

La bravura de Sancho tuvo buen empleo contra los moros, á los que arrebató Tarifa, con arreglo á la cual les ajustó las cuentas; y al embajador del moro Yussuf, que le fué con la embajada de proponerle la paz, le dijo textualmente estas palabras; parece que le estoy oyendo:

—“*En una mano tengo el pan y en otra el palo; al que quiera tomar el pan le doy un palo que le revienta.*”

Y el embajador se fué diciendo para su jaique: —¡Re-Alá! (equivalente á ¡Rediós!) ¡qué bruto es este tío!

Reprimió Don Sancho al partido de la Cerda, que no hacía más que gruñir y engordar, y el infante Don Antonio, despechado porque el rey no le dejaba subir á la Giralda, se fué á Marruecos y volvió con un ejército, sitiando á Tarifa.

Entonces fué cuando el defensor de la plaza Don Alfonso Pérez de Guzmán, al notificarle el infante traidor que si no entregaba la plaza sería degollado un chiquitín, hijo de aquél, que tenían en su poder los sitiadores, contestó Guzmán desde la muralla: “*Si no tenéis cuchillo para degollar á mi hijo, ahí va esa navaja de Albacete.*”

Y le arrojó una que decía en la hoja con letras encarnadas: “*¡Viva mi dueño!*”

Por esta heroicidad, que salvó á Tarifa, le concedió el rey á Guzmán el sobrenombre de “Bueno” y su esposa, la madre del niño, el de “Bárbaro” con todas sus letras.

Sancho IV murió poco después, por efecto de su misma bravura, porque un día se le encendió la sangre, y aunque acudió rápidamente el cuerpo de bomberos, no pudo sofocar el incendio, que le destruyó al rey toda la parte interior corpórea.

Dejó el trono á su hijo Fernando bajo la regencia de su mamá Doña María de Molina y se armó un cisco de doscientos mil demonios de á caballo. Los Laras, los Cerdas, el rey de Aragón, el de Portugal, el infante Don Enrique, todo el mundo se lanzó en contra de la nueva situación para repartirse el Reino.

Doña María de Molina, para engrosar su bando, abolió la *sisá*, y nunca lo hubiera hecho. Se sublevaron contra ella todas las criadas de servicio; arrojándole á la cabeza las cestas de la compra y poniéndola como hoja de perejil.

Pudo al cabo vencer todas las dificultades acallando las ambiciones de los unos y los otros con dinero, honores, empleos, franquicias y cacahuets.

Declarado mayor de edad Fernandito, se erigieron en consejeros suyos los desleales Lara é infante Don Enrique, que le indispusieron con su madre, á la cual exigió cuentas de su administración en las Cortes de Medina del Campo, quedando confundidos los acusadores de Doña María y avergonzado su hijo, cuando ella, acompañada de su secretario, el abuelo paterno de D. Germán Gármazo, presentó sus cuentas tan perfectamente justificadas, que hasta exhibió las papeletas de empeño de un colchón que hubo de llevar al Monte de Piedad para sostener los gastos de la guerra.

Entre otros actos que realizó el nuevo monarca en favor de su reino, se cuenta el de haber *destemplado* á los caballeros *templarios* echándoles del país con cajas *destempladas*.

Luchó más tarde contra los moros, á los que arrancó el Peñón de Gibraltar, y por último, cometió la brutalidad enorme de despeñar á los dos hermanos Carvajales por suponerles autores de un artículo antidinástico que había publicado el *Diario de Barcelona* aquellos días. Los acusados protestaron de su inocencia y *emplazaron* al rey para comparecer ante Dios en el término de treinta días, y, en efecto, á los treinta días justos se murió de aprensión el pobre monarca, que por eso se llamó el *Emplazado*. Así lo dicen las crónicas, pero no es verdad.

No hubo tales desafueros  
ni tan trágicos horrores.  
¡En aquellos tiempos fieros  
todos los historiadores  
eran muy chirigoteros!

FIN DEL TOMO PRIMERO



# Índice del tomo primero.

---

	<u>Páginas</u>
<i>Cuatro palabras del recopilador</i> .....	5
PARTE PRIMERA	
Prehistoria y España primitiva, por <i>Luis Taboada</i> ..	9
PARTE SEGUNDA	
Período cartaginés y dominación romana, por <i>Juan Pérez Zúñiga</i> ... ..	27
PARTE TERCERA	
Los bárbaros y la monarquía visigótica, por <i>Sinesio Delgado</i> .....	67
PARTE CUARTA	
La invasión de los árabes y el emirato, por <i>Tomás Luceño</i> .....	107
PARTE QUINTA	
Comienza la reconquista, por <i>Vital Aza</i> .....	127
PARTE SEXTA	
El califato, por <i>Pablo Parellada</i> .....	161
PARTE SÉPTIMA	
Sigue la reconquista, por <i>Manuel del Palacio</i> .....	169
PARTE OCTAVA	
Prosigue la reconquista, por <i>José Estrañi</i> .....	183

1880















---

HISTORIA  
COMICA  
DE  
ESPAÑA

---



G 44734